

MÁXIMO. (*Más cerca del cadáver.*)

Amar y engañar... ¡No, yo no! Engañado como Caín, engañado como Judas... ¡Vuestro dios es un dios pródigo, galileo! Gasta muchas almas. ¿Tampoco esta vez eras el indicado... tú, víctima de la necesidad? ¿Para qué vale la pena de vivir? Todo es azar y juego... Querer es tener que querer. ¡Oh, mi muy amado!... todos los signos me engañaron, todos los presagios me hablaban con dos lenguas, de modo que vislumbré en ti al conciliador entre los dos reinos. ¡Vendrá el tercer reino! El espíritu del hombre recogerá su herencia... y se celebrarán sacrificios expiatorios por ti y por tus dos comensales en el simposio. (*Vase.*)

MACRINA. (*Se incorpora, pálida.*)

Basilio, ¿has entendido lo que ha dicho el pagano?

BASILIO DE CESÁREA.

No... pero claramente veo que aquí yace roto un magnífico instrumento del Señor (1).

(1) La Chesnais supone con razón que para esta frase Ibsen se ha inspirado en el poema dramático de J. L. Heiberg *Un alma después de la muerte*, donde dice: "Creo que el gran hombre ha sido un instrumento en manos del Señor." Y recuerda, como dice Mefistófeles, que "los grandes poetas van al infierno, y sus obras al cielo".

FIN DE  
"EMPERADOR Y GALILEO"

MACRINA.

Sí, por cierto, un caro y precioso instrumento.

BASILIO DE CESÁREA.

¡Cristo, Cristo!... ¿dónde estaba tu pueblo, que no vió tu consejo evidente? El emperador Juliano ha sido para nosotros un vergajo de disciplina... no para la muerte, sino para la resurrección.

MACRINA.

El misterio de la elección es insondable. ¡Qué sabemos nosotros!

BASILIO DE CESÁREA.

¿No está escrito: "se moldean vasos de iniquidad y vasos de gloria"? (1).

MACRINA.

¡Oh, hermano!, no escrutemos ese abismo. (*Se inclina sobre el cadáver y le cubre el rostro.*) Alma humana descarriada... si hubiste de errar, se te tendrá en cuenta el gran día en que el Todopoderoso venga entre las nubes para pronunciar su Juicio sobre los muertos vivientes y sobre los vivos que están muertos.

(1) San Pablo: *Romanos*, IX-21.

## LAS COLUMNAS DE LA SOCIEDAD

DRAMA EN CUATRO ACTOS

(1877)

### NOTA PRELIMINAR

Las columnas de la sociedad se publicó en Copenhague el 11 de octubre de 1877, haciéndose otras varias ediciones después de esta primera hasta la definitiva, y se tradujo desde luego al inglés, al francés, al alemán, al holandés, al italiano, al ruso, al finlandés, al polaco, al checo, y más tarde al español, lo mismo que a los demás idiomas.

Por lo que atañe a sus representaciones, se estrenó en el Teatro Real, de Copenhague, el 8 de noviembre de 1877, y desde entonces hasta 1880 llevaron este drama por toda Dinamarca las compañías de Rasmussen, Cortes y Petersen; en el Dramatisca Teatern, de Estocolmo, se estrenó el 13 de diciembre de 1877; en el Teatro de Goteborg, en febrero de 1878, y por las provincias de Suecia lo popularizó la compañía de Engelbrecht el año 1892; a causa de estar en pugna Ibsen con la dirección del Teatro de Cristianía, lo estrenó en esa capital una

compañía sueca, el 6 de noviembre de 1878, y aquel mismo teatro lo representó por su cuenta el 7 de marzo de 1879, divulgándolo en toda Noruega aquellos años una compañía danesa; se representó en el Teatro Sueco, de Helsingfors, los años 1878 y 1879, y en el Teatro Finlandés, de 1883 a 1884. En Alemania tuvo un éxito clamoroso, figurando a la vez en cinco teatros, y antes de terminar el año 1878, lo habían representado veintisiete coliseos alemanes; en Austria lo dieron unos sesenta teatros más de mil doscientas veces; también se ha representado mucho en Inglaterra, que lo difundiría por Australia y Africa del Sur, y asimismo en Francia, Italia, Estados Unidos, etcétera.

Por lo pronto, suscitó numerosas críticas en la prensa, favorables la mayoría, así como, con el tiempo, ensayos y análisis concienzudos en revistas y libros.

## PERSONAJES

EL CÓNSUL BERNICK.	SEÑORITA HESSEL, hermanastra de la señora Bernick.	KRAP, apoderado.
SEÑORA BERNICK, su mujer.	HILMAR TONNESEN, primo de la señora Bernick.	AUNE, capataz armador.
OLAF, su hijo (trece años).	EI VICARIO RORLUND.	SEÑORA RUMMEL.
SEÑORITA BERNICK, hermana del cónsul.	RUMMEL, negociante.	SEÑORA HOLTH.
JUAN TONNESEN, hermano menor de la señora Bernick.	VIGELAND, ídem.	SEÑORA LYNGE.
	SANDSTAD, ídem.	SEÑORITA RUMMEL.
	DINA DORF, joven acogida en casa de los Bernick.	SEÑORITA HOLTH.
		Ciudadanos, Forasteros, Marineros y Pasajeros de un vapor, Criados y Doncellas, Pueblo.

La acción se desarrolla en Noruega, en casa del cónsul Bernick, en una pequeña ciudad costera.

## ACTO PRIMERO

*Salón espacioso, con vistas al jardín, en casa del cónsul Bernick. En primer término, a la izquierda, puerta del despacho del cónsul. Más atrás, en el mismo lateral, otra análoga. En medio del lateral derecho, una grande. Al foro, vitral, con puerta abierta a una ancha escalinata sombreada por un toldo. Se parte del jardín, rodeado de verja, con entrada. A lo largo de la verja, una calle, y en la acera opuesta, casitas de madera. Es verano y hace sol. De vez en vez algunos transeúntes se paran a hablar.*

Hay sentadas varias señoras en torno a una mesa del salón. La SEÑORA BERNICK, en el centro. A su izquierda, la SEÑORA HOLTH y su hija, y a continuación, la SEÑORA y la SEÑORITA RUMMEL. A su derecha, la SEÑORA LYNGE, la SEÑORITA BERNICK y DINA DORF. Están haciendo labor. Sobre la mesa, patrones y telas. Más lejos, junto a una mesita con dos búcaros de flores y un vaso de agua, el VICARIO RORLUND lee en voz alta un libro encuadernado lujosamente, de manera tan confusa, que a duras penas se le entiende. En el jardín, OLAF BERNICK corre y juega, lanzando flechas con un arco. Transcurridos unos instantes, aparece el capataz AUNE por la puerta de la derecha, interrumpiendo la lectura. La SEÑORA BERNICK le indica la primera puerta de la izquierda. AUNE atraviesa lentamente el salón y llama un par de veces al despacho. El apoderado KRAP, con el sombrero en la mano y unos papeles bajo el brazo, sale hasta el umbral.

KRAP.  
¡Ah! ¿es usted?

AUNE.

El señor cónsul me pidió que viniere.

KRAP.

Sí; pero no puede recibirle. Me ha encargado que le diga...

AUNE.

¿A usted? Yo hubiera preferido...

KRAP.

...que tiene que acabar usted de una vez para siempre con esas conferencias que da todos los sábados a los obreros.

AUNE.

¡Ah! ¿Sí? Yo creí que podía emplear mi tiempo libre...

KRAP.

No puede usted emplearlo en soliviantar a los obreros, entorpeciendo su labor. El sábado pasado les habló del perjuicio que les irroga las nuevas máquinas y nuestra nueva organización de trabajo en el astillero. ¿Qué pretende usted con eso?

AUNE.

Lo hago en interés de la sociedad.

KRAP.

¡Qué ocurrencia! Pues el cónsul dice que así la arruina usted.

AUNE.

Mi sociedad no es la del cónsul, señor apoderado. Como presidente de la Unión Obrera, tengo que...

KRAP.

Antes que nada, es usted capataz del cónsul Bernick en el astillero, y debe cumplir sus obligaciones con la sociedad de él, que es la que nos da de comer a todos... Bien; ya sabe usted lo que hay.

AUNE.

El cónsul no lo habría dicho de esa manera, señor apoderado. Pero presumo a quién tengo que agradecerse: a los malditos marineros americanos. Se empeñan en que se trabaje aquí a su modo, y eso...

KRAP.

Bueno, bueno; no puedo pararme en detalles. Ahora ya conoce usted la opinión del cónsul, y basta. Tenga la bondad de volver al astillero; seguramente hará usted falta. Yo iré dentro de un rato... ¡Oh, perdón, señoras! (Saluda, atraviesa el jardín y sale a la calle.)

(AUNE se marcha en silencio por la derecha. RORLUND, que durante el diálogo anterior ha continuado leyendo en voz más baja, acaba momentos después y cierra el libro estrepitosamente.)

RORLUND.

Y aquí, queridas oyentes, acaba la historia...

SEÑORA RUMMEL.

¡Qué obra tan instructiva!

SEÑORA HOLTH.

¡Y qué moral!

SEÑORA BERNICK.

Como que un libro así da mucho que pensar.

RORLUND.

Sí, es una compensación a la prensa diaria que, desgraciadamente, padecemos. ¿Y la alta sociedad? Mucha apariencia brillante, mucha ostentación, y luego resulta que detrás de todo eso no queda más que vacío y corrupción. No hay base moral. En fin, la alta sociedad de hoy día no es sino un sepulcro blanqueado.

SEÑORA HOLTH.

Tiene usted razón.

SEÑORA RUMMEL.

No hay más que mirar la tripulación del barco americano que ha llegado hace poco.

RORLUND.

En fin, de esa gentualla no quiero ni hablar. Pero ¿qué me dicen ustedes de las clases dirigentes? Por todas partes dominan la incertidumbre y la inquietud; la discordia y la desconfianza han entrado en todos los espíritus. Se destruye la vida de familia, se desdeñan hasta las verdades más santas.

DINA. (Sin levantar la mirada.)

Sin embargo, también se realizan muchas acciones grandes.

RORLUND.

¿Acciones grandes?... No comprendo...

SEÑORA HOLTH. (Asombrada.)

Pero, por amor de Dios, Dina...

SEÑORA RUMMEL. (Acto seguido.)

Dina, ¿cómo puedes...?

RORLUND.

Por mi parte, no veo qué beneficio iban a producir esas acciones entre nosotros, y creo que debemos dar gracias a Dios de estar como estamos. Claro que, por desdicha, tampoco falta aquí la cizaña entre el trigo; pero, de todos modos, nos esforzamos por arrancarla en la medida de nuestras fuerzas. Señoras, es necesario mantener la sociedad pura y no transigir con las innovaciones que quiere imponernos esta época de impaciencias.

SEÑORA HOLTH.

¡Ya hay más de las que quisiéramos!

SEÑORA RUMMEL.

Bien poco faltó el año pasado para que hicieran pasar el ferrocarril por aquí.

SEÑORA BERNICK.

Menos mal que Ricardo logró impedirlo.

RORLUND.

¡La Providencia, señora Bernick! Puede usted estar segura de que su marido fué un instrumento de la voluntad divina, hasta cuando parecía ésta negarse a prestarnos su apoyo.

SEÑORA BERNICK.

¡Y lo que tuvo él que sufrir de la prensa...! Pero perdón, señor Rorlund; nos hemos olvidado de darle las gracias. Es usted muy amable sacrificando tanto tiempo con nosotras.

RORLUND.

¡Oh! no hay de qué. Estoy de vacaciones...

SEÑORA BERNICK.

Con todo, eso no impide que sea un sacrificio, señor Rorlund.

RORLUND. (*Acercando la silla.*)

No vale la pena hablar de ello, querida señora. ¿No se sacrifican todas ustedes por la buena causa? ¿Y no lo hacen con gusto y alegría? A la gente moralmente arruinada, por cuya rehabilitación trabajamos, hay que considerarla como a los heridos en el campo de batalla. Ustedes, señoras, son las enfermeras, las hermanas de la Caridad que preparan las hilas, vendan y curan a esos desdichados.

SEÑORA BERNICK.

Debe de ser una gracia de Dios poder verlo todo con tan buenos ojos.

RORLUND.

Sin duda, tiene mucho de innato; pero puede adquirirse. Basta con ver las cosas a la luz de una gran misión. ¿Qué opina usted, señorita Bernick? ¿No se siente más segura desde que se consagra por completo a la enseñanza?

SEÑORITA BERNICK.

A fe mía, no sé qué decirle. Muchas veces, cuando estoy en clase, me entran vivos deseos de hallarme lejos de aquí, sobre el mar, durante una tempestad...

RORLUND.

Eso son malas tentaciones, señorita. Ante esos visitantes inquietos hay que cerrar la puerta. El mar tempestuoso de que habla usted—en sentido figurado, claro está—es la sociedad revuelta donde tantos naufragan. De veras, ¿le gusta esa clase de vida cuyo murmullo lejano llega a sus oídos? No tiene usted más que echar una mirada a la calle; todos se mueven de un lado a otro bajo un sol ardiente, preocupados con sus pequeños asuntos. Evidentemente, es mejor estar aquí sentado al fresco, volviendo la espalda a la tempestad.

SEÑORITA BERNICK.

De seguro, tiene usted razón.

RORLUND.

En una casa como ésta, donde la vida de familia se manifiesta en su más alta encarnación, donde reinan la paz y la concordia... (*A la SEÑORA BERNICK.*) ¿Qué escucha usted, señora?

SEÑORA BERNICK. (*Vuelta hacia la primera puerta del lateral izquierdo.*)

¡Están hablando tan fuerte ahí dentro!

RORLUND.

¿Ocurre algo de particular?

SEÑORA BERNICK.

No sé. Debe de haber alguien con mi marido.

HILMAR TONNESEN. (*Fumando un puro, entra por la puerta de la derecha; pero se detiene al ver tantas señoras.*)  
¡Oh! dispensen... (*Hace ademán de retirarse.*)

SEÑORA BERNICK.

No, Hilmar, quédate; no estorbas. ¿Querías algo?

HILMAR TONNESEN.

No. Como pasaba por aquí... Buenos días, señoras. (*A la SEÑORA BERNICK.*) ¿Qué tal va eso?

SEÑORA BERNICK.

¿Qué?

HILMAR TONNESEN.

Bernick ha convocado una reunión.

SEÑORA BERNICK.

¡Ah! ¿sí? ¿De qué se trata?

HILMAR TONNESEN.

Nada: ¡otra vez esas majaderías del dichoso ferrocarril!

SEÑORA RUMMEL.

¿Es posible?

SEÑORA BERNICK.

¡Pobre Ricardo! Todavía va a tener más engorros.

RORLUND.

¿Cómo se explica eso, señor Tonnesen? El año pasado nos dió a entender claramente que no quería saber nada del ferrocarril.

HILMAR TONNESEN.

Yo también lo había creído así; pero me he encontrado con Krap, y me ha dicho que estaba sobre el tapete otra vez el asunto del ferrocarril, y que Bernick tenía una reunión con tres financieros de la ciudad.

SEÑORA RUMMEL.

Ya me parecía haber oído la voz de Rummel.

HILMAR TONNESEN.

Sí, el señor Rummel está ahí dentro; como es lógico, con el señor Sandstad y Miguel Vigeland: San Miguel, como le llaman.

RORLUND.

¡Ejem!

HILMAR TONNESEN.

Perdón, señor vicario,

SEÑORA BERNICK.

¡Ahora que estábamos tan tranquilos!

HILMAR TONNESEN.

Por lo que a mí respecta, no veo ningún inconveniente en que empiecen a discutir de nuevo. Al menos, es una distracción.

RORLUND.

Pues yo creo que muy bien puede-



mos prescindir de semejantes distracciones.

HILMAR TONNESEN.

A la postre eso depende del carácter de cada uno. Hay ciertas personas que necesitan luchas excitantes de cuando en cuando. Porque la vida de una pequeña ciudad no tiene mucho que ofrecer en este sentido. Aunque no todo el mundo puede permitirse... (*Hojea el libro del vicario.*) *La mujer al servicio de la sociedad.* ¿Qué paparrucha es ésta?

SEÑORA BERNICK.

¡Por Dios, Hilmar! ¿Qué estás diciendo? Seguramente, no has leído ese libro.

HILMAR TONNESEN.

No, ni pienso.

SEÑORA BERNICK.

Hoy no estás bueno, Hilmar.

HILMAR TONNESEN.

No lo estoy, efectivamente.

SEÑORA BERNICK.

¿No has dormido bien esta noche?

HILMAR TONNESEN.

He dormido muy mal. Precisamente por mi desazón, di anoche un pa-seño; entré en el club y leí cierto relato sobre un viaje al polo Norte. Creo que esto de seguir a un hombre en su lucha contra los elementos inspira valor.

SEÑORA RUMMEL.

Pero, al parecer, no le ha sentado bien, señor Tonnesen.

HILMAR TONNESEN.

Me ha sentado desastrosamente. He pasado toda la noche dando vueltas en la cama y soñando que me perseguía una morsa.

OLAF. (*Que sube por la escalinata del jardín.*)

¿Te ha perseguido una morsa, tío?

HILMAR TONNESEN.

Lo he soñado, tonto. ¿Todavía andas por aquí jugando con ese arco ridículo? ¿Por qué no te agencias una escopeta de verdad?

OLAF.

Eso quería; pero...

HILMAR TONNESEN.

Una escopeta, al fin y al cabo, es algo. Al dispararla, se experimenta cierta emoción, y...

OLAF.

Sí, y podría cazar osos, tío. Pero papá no me deja.

SEÑORA BERNICK.

Vamos, no le metas esas cosas en la cabeza, Hilmar.

HILMAR TONNESEN.

¡Uf! ¡Qué generación la que se educa hoy día! No se habla más que de deporte y deporte; pero todo son juegos: no hay ningún afán sincero de fortaleza, de dominar virilmente el peligro. ¡Oye, atolondrado, a ver si cesas de apuntarme, que se puede disparar!

OLAF.

No tiene flecha, tío.

HILMAR TONNESEN.

¡Tú qué sabes! Anda, déjalo, te he dicho. ¿Por qué demonios no te habrás ido de una vez para siempre a América con los barcos de tu padre? Allí podrías cazar búfalos o luchar contra los indios.

SEÑORA BERNICK.

¡Hilmar!...

OLAF.

Eso quisiera yo, tío. A lo mejor, me encontraría con tío Juan y tía Lona.

HILMAR TONNESEN.

¡Qué tonterías!

SEÑORA BERNICK.

Oye, Olaf: ya puedes volver al jardín.

OLAF.

Mamá, ¿me dejas salir a la calle?

SEÑORA BERNICK.

Sí; pero no vayas demasiado lejos. (*OLAF sale corriendo por la puerta del jardín.*)

RORLUND.

¿Cómo se le ocurre a usted imbuir al niño esas ideas?

HILMAR TONNESEN.

Según usted, es preferible que se quede aquí en casa hecho un pazguato, como tantos otros.

RORLUND.

¿Por qué no viaja usted, pues?

HILMAR TONNESEN.

¿Yo? ¿Enfermo como estoy? Claro que en esta ciudad no se preocupan mucho de uno; y, a pesar de todo, siempre hay ciertas obligaciones que cumplir con la sociedad en que se vive. Aquí hace falta, cuando menos, una persona que sepa mantener en alto la bandera del ideal. ¡Diablo, cómo grita ese hombre!

LAS SEÑORAS.

¿Quién?

HILMAR TONNESEN.

¡Qué sé yo! Me ponen nervioso esas voces.

SEÑORA RUMMEL.

Debe de ser mi marido, señor Tonnesen. Como está tan acostumbrado a hablar en grandes asambleas...

RORLUND.

Tampoco los otros hablan muy bajo, que digamos.

HILMAR TONNESEN.

No, por cierto. Cuando se trata de defender la bolsa... Todo son intereses mezquinos. ¡Uf!

SEÑORA BERNICK.

Más vale así que como antes; todo eran pérdidas.

SEÑORA LYNGE.

¿Tan mal iban aquí las cosas antes?

SEÑORA RUMMEL.

Sí; créame, señora Lynge: puede usted considerarse feliz por no haber vivido aquí entonces.

SEÑORA HOLTH.

Ha habido muchos cambios. ¡Cuando pienso en mis tiempos de soltera...!

SEÑORA RUMMEL.

Basta con retroceder catorce o quince años. ¡Dios mío, no sabe usted qué vida se llevaba aquí! Había a la sazón una sociedad de baile y otra de música...

SEÑORITA BERNICK.

Y la sociedad dramática; me acuerdo muy bien.

SEÑORA RUMMEL.

Sí; la que representó su obra, señor Tonnesen.

HILMAR TONNESEN. (*Dirigiéndose al foro.*)

¿Mi obra? ¡Bah!



RORLUND.

¿Una obra del señor Tonnesen?

SEÑORA RUMMEL.

Sí; fué mucho antes de llegar usted, señor vicario. Y no la representaron más que una vez.

SEÑORA LYNGE.

¿No fué en esa obra donde me contó usted que había interpretado el papel de querida, señora Rummel?

SEÑORA RUMMEL. (*Mira de reojo al vicario.*)

¿Yo? No recuerdo nada de eso. Lo que recuerdo perfectamente es la detestable vida de sociedad que llevaban las familias en aquella época.

SEÑORA HOLTH.

Yo sé de casa donde daban hasta dos banquetes por semana.

SEÑORA LYNGE.

Y también he oído que había una compañía de cómicos ambulantes.

SEÑORA RUMMEL.

Sí, eso fué lo peor de todo.

SEÑORA HOLTH. (*Inquieta.*)

¡Ejem, ejem!

SEÑORA RUMMEL.

¿Cómicos? No recuerdo.

SEÑORA LYNGE.

Sí, y me han dicho que no hacían más que dar escándalos. ¿Qué fué lo que aconteció, en resumidas cuentas?

SEÑORA RUMMEL.

Pues nada; en el fondo, nada, señora Lynge.

SEÑORA HOLTH.

Querida Dina, dame ese trozo de encaje.

SEÑORA BERNICK. (*A continuación.*)

Oye, Dina, ¿quieres decirle a Catalina que nos traiga el café?

SEÑORITA BERNICK.

Voy contigo, Dina.

(*DINA y la SEÑORITA BERNICK vanse por la segunda puerta del lateral izquierdo.*)

SEÑORA BERNICK. (*Levantándose.*)

Y ahora van a disculparme ustedes un momento. Tomaremos el café ahí fuera, ¿eh? (*Sale por la escalinata que da al jardín y empieza a poner la mesa.*)

(*El vicario se queda a la puerta charlando con ella. HILMAR TONNESEN está sentado fuera, fumando.*)

SEÑORA RUMMEL. (*En voz baja.*)

¡Jesús, señora Lynge, qué susto me ha dado usted!

SEÑORA LYNGE.

¿Yo?

SEÑORA HOLTH.

Sí; pero, francamente, ha sido usted quien ha empezado, señora Rummel.

SEÑORA RUMMEL.

¿Empezar yo? ¿Cómo puede usted decir eso, señora Holth? De mi boca no ha salido una sola palabra.

SEÑORA LYNGE.

¿De qué se trata?

SEÑORA RUMMEL.

¿Qué idea ha tenido usted para ponerse a hablar de...? Piénselo... ¿O es que no se ha percatado de que estaba Dina delante?

SEÑORA LYNGE.

¿Dina? No comprendo. ¿A caso ella...?

SEÑORA HOLTH.

Además, en esta casa. ¿No sabía usted que era hermano de la señora Bernick...?

SEÑORA LYNGE.

¡Cómo! Si yo no sé nada de nada. Acabo de llegar a la ciudad...

SEÑORA RUMMEL.

Luego, ¿no ha oído usted decir que...? Bueno... (*A su hija.*) Hilda, puedes bajar un poco al jardín.

SEÑORA HOLTH.

Ve tú también, Netta, y sé muy amable con la pobre Dina cuando vuelva.

(*La SEÑORITA RUMMEL y la SEÑORITA HOLH salen al jardín.*)

SEÑORA LYNGE.

¿Qué le pasó al hermano de la señora Bernick?

SEÑORA RUMMEL.

¿No sabe usted el gran escándalo que dió?

SEÑORA LYNGE.

¿Que el señor Tonnesen ha...?

SEÑORA RUMMEL.

No, él no; el señor Tonnesen es primo de la señora Bernick, señora Lynge. Yo hablo del hermano...

SEÑORA HOLTH.

De Tonnesen el pródigo...

SEÑORA RUMMEL.

Se llamaba Juan. Se marchó a América.

SEÑORA HOLTH.

Tuvo que huir.

SEÑORA LYNGE.

¿Y fué él quien dió el escándalo?

SEÑORA RUMMEL.

Resultó algo así como... ¿Qué diría yo? Tuvo que ver con la madre de Dina. ¡Oh! ¡lo recuerdo como si fuese hoy. Juan Tonnesen estaba empleado en las oficinas de la anciana señora Bernick. Ricardo Bernick acababa de regresar de París, y aún no se había prometido.

SEÑORA LYNGE.

Bien; pero ¿y el gran escándalo?

SEÑORA RUMMEL.

Verá usted; es el caso que aquel invierno estaba la compañía Moller aquí en la ciudad...

SEÑORA HOLTH.

...y en esa compañía trabajaba un actor que se llamaba Dorf, con su mujer. Todos los jóvenes habían perdido la cabeza por ella.

SEÑORA RUMMEL.

¡Sólo Dios sabe cómo pudieron encontrarla guapa! ¡En resumen, una noche en que Dorf volvió a su casa...

SEÑORA HOLTH.

...y sin que nadie le esperara...

SEÑORA RUMMEL.

...se encontró... No, esto no puede contarse...

SEÑORA HOLTH.

En realidad, señora Rummel, no se encontró con nada, porque la puerta estaba cerrada por dentro.

SEÑORA RUMMEL.

¿Pues qué estoy diciendo? Se encontró con la puerta cerrada. Y figúrese, el que estaba dentro hubo de saltar por la ventana.

SEÑORA HOLTH.

¡Por la ventana de un último piso!

SEÑORA LYNGE.

¿Y era el hermano de la señora Bernick?

SEÑORA RUMMEL.

Sí, nada menos.

SEÑORA LYNGE.

Y después de eso salió para América, ¿no?

SEÑORA HOLTH.

Sí; no tuvo más remedio, como usted comprenderá.

SEÑORA RUMMEL.

Y más tarde, por añadidura, se descubrió otra cosa: que había metido mano en la caja...

SEÑORA HOLTH.

Eso no es seguro, señora Rummel. Sólo hay rumores.

SEÑORA RUMMEL.

Perdone; creo que lo sabía toda la población. ¿No estuvo la anciana señora Bernick en vías de quebrar por eso? Me lo ha contado así mi propio marido. Pero Dios me libre si...

SEÑORA HOLTH.

De todas maneras, la señora Dorf no recibió ningún dinero, porque ella...

SEÑORA LYNGE.

¿Qué sucedió después con los padres de Dina?

SEÑORA RUMMEL.

Dorf abandonó a su esposa y a su hija, y se marchó. Pero la mujer tuvo el atrevimiento de quedarse aquí un año. Aunque, como es lógico, no volvió a aparecer sobre las tablas, se ganaba la vida lavando y cosiendo.

SEÑORA HOLTH.

Antes intentó fundar una academia de baile.

SEÑORA RUMMEL.

Pero no le dió resultado, naturalmente. ¿Qué padres iban a confiar sus hijos a una mujer de esa calaña? La verdad es que tampoco duró mucho la cosa. Se conoce que esa criatura tan bonita no estaba acostumbrada a trabajar, porque al poco tiempo murió de una enfermedad del pecho.

SEÑORA LYNGE.

¡Verdaderamente, qué escandalazo!

SEÑORA RUMMEL.

Como supondrá, fué un trance difícil para los Bernick. Era una nube ante el sol de su felicidad, según dijo muy bien mi marido en cierta ocasión. Por eso le aconsejo que no hable más de tales cosas aquí, señora Lynge.

SEÑORA HOLTH.

Y por amor de Dios, no hable usted tampoco de su hermanastra.

SEÑORA LYNGE.

¡Ah! ¿La señora Bernick tiene una hermanastra?

SEÑORA RUMMEL.

La tuvo... afortunadamente, porque ya se ha acabado el parentesco entre ellas. Era de lo más original. Imagínese que llevaba el pelo cortado, y si llovía, salía con botas de hombre.

SEÑORA HOLTH.

Y cuando su hermanastro, el calavera, se marchó a América ante la indignación de toda la ciudad, ¿sabe usted lo que hizo ella? Se marchó con él.

SEÑORA RUMMEL.

¿Y el escándalo que dió antes de marcharse, señora Holth?

SEÑORA HOLTH.

¡Oh!, no me hable usted de eso.

SEÑORA LYNGE.

¿Conque provocó un escándalo así mismo?

SEÑORA RUMMEL.

Sí; verá usted, señora Lynge. Bernick acababa de prometerse con Betty Tonnesen, y justamente cuando iban los dos del brazo a comunicárselo a la tía de ella...

SEÑORA HOLTH.

Oiga. No sé si sabrá usted que los Tonnesen eran huérfanos...

SEÑORA RUMMEL.

...se levantó Lona Hessel de su asiento y propinó al elegante Ricardo Bernick un soberano bofetón.

SEÑORA LYNGE.

¡Qué atrocidad! En mi vida he...

SEÑORA HOLTH.

Como usted lo oye.

SEÑORA RUMMEL.

Y al punto lió sus bártulos y se marchó a América.

SEÑORA LYNGE.

Estaría enamorada de él.

SEÑORA RUMMEL.

¡Ya lo creo! Pensaba que iba a casarse con ella a su regreso de París.

SEÑORA HOLTH.

¿Cómo pudo pasársele por el magín semejante cosa? Bernick, el hombre joven, el hombre elegante, el hombre de mundo, el perfecto caballero, el favorito de las damas...

SEÑORA RUMMEL.

¡Y a la vez tan decente, tan moral!

SEÑORA LYNGE.

¿Y qué hizo la señorita Hessel en América?

SEÑORA RUMMEL.

¡Oh!, lo cubre un velo que más vale no levantar, según dijo muy bien en cierta ocasión mi marido.

SEÑORA LYNGE.

¿Qué significa eso?

SEÑORA RUMMEL.

Como se figurará, rompió sus relaciones con la familia. Lo que sí sabe toda la ciudad es que ha estado cantando contratada en los cafés...

SEÑORA HOLTH.

Y ha dado conferencias...

SEÑORA RUMMEL.

Y ha escrito un libro disparatado.

SEÑORA LYNGE.

¡Hay que ver!

SEÑORA RUMMEL.

Así es. Lona Hessel constituye otra nube ante el sol de la felicidad de los Bernick... ¡Ea! ya está usted totalmente enterada, señora Lynge. Bien sabe Dios que, si le he contado todo esto, es sólo para que tenga cuidado de aquí en adelante.

SEÑORA LYNGE.

No tema usted; lo tendré. ¡Pobre Dina! Me da pena.

SEÑORA RUMMEL.

Bien mirado, para ella ha sido una suerte. ¡Imagínese usted que se quedara con sus padres! Todos nos ocupamos de ella, como es natural, y le aconsejamos lo mejor que podemos. Más tarde consiguió la señorita Bernick que viniera a esta casa.

SEÑORA HOLTH.

Pero siempre ha sido una criatura de difícil trato. Se comprende; con semejantes ejemplos... Una niña así no es como las nuestras, y se requiere mucha bondad para conquistarla, Lyngé.

SEÑORA RUMMEL.

¡Chis! ¡Ahí viene! *(Eleva la voz.)* Dina es muy hacendosa... ¡Ah! ¿estás aquí, Dina? Nos ocupábamos de recoger la ropa.

SEÑORA HOLTH.

¡Qué delicioso café haces, Dina! Una taza así por la mañana...

SEÑORA BERNICK. *(Desde la escalinata del jardín.)*

Están ustedes servidas, señoras. *(La SEÑORITA BERNICK y DINA han ayudado a la doncella a llevar el servicio de café. Todas las señoras se sientan fuera y se muestran exageradamente amables con DINA. Pasados unos momentos, vuelve ésta al salón en busca de su labor. Desde la mesa del café le pregunta la SEÑORA BERNICK:)* Dina, ¿no quieres tú?

DINA.

No, gracias; no quiero. *(Se sienta con su labor.)*

*(La SEÑORA BERNICK y RORLUND cambian unas palabras, y un momento después, entra éste en el salón.)*

RORLUND. *(Se dirige hacia la mesa, fingiendo buscar algo, y dice en voz baja:)*  
¡Dina!

DINA.

¿Qué?

RORLUND.

¿Por qué no viene usted al jardín?

DINA.

Cuando he entrado con el café, he advertido en seguida que hablaban de mí.

RORLUND.

¿Y no ha observado también lo amables que estaban con usted?

DINA.

Sí; pero es algo que no puedo aguantar.

RORLUND.

Es usted muy testaruda, Dina.

DINA.

Sí.

RORLUND.

Pero ¿por qué?

DINA.

Porque soy así.

RORLUND.

¿Y no podría usted procurar ser de otra manera?

DINA.

No.

RORLUND.

¿Por qué no?

DINA. *(Mirándole.)*

Soy una de esas personas moralmente arruinadas de que hablaba usted antes.

RORLUND.

¡Oh, Dina!

DINA.

Mi madre también lo era.

RORLUND.

¿Quién le ha dicho semejante cosa?

DINA.

Nadie. No hablan nunca conmigo. ¿Por qué? Todos me tratan con un tacto como si fuese a romperme... Encuentro odiosas esas caridades que practican conmigo.

RORLUND.

Querida Dina, comprendo muy bien que se sienta usted molesta en esta casa.

DINA.

¡Si pudiera marcharme lejos de aquí! Ya sabría yo componérmelas, con tal de no vivir entre personas... tan... tan...

RORLUND.

¿Tan... qué?

DINA.

Tan decentes y tan morales.

RORLUND.

Dina, no sabe usted lo que dice.

DINA.

Pero usted sabe muy bien lo que quiero decir. Todos los días traen a Hilda y Netta para que me sirvan de modelo. Pero nunca podré ser tan buena como ellas. No quiero serlo. ¡Oh, si estuviese lejos de aquí! ¡Entonces sí que sería buena!

RORLUND.

Ya es usted buena, Dina.

DINA.

¿Y de qué me sirve?

RORLUND.

Así, pues, desea... marcharse... ¿Lo piensa usted en serio?

DINA.

No me quedaría un día más, si no estuviera usted aquí.

RORLUND.

Dígame, Dina... ¿por qué le gusta tanto hablar conmigo?

DINA.

Porque me enseña usted muchas cosas bonitas...

RORLUND.

¿Bonitas? ¿Llama usted cosas bonitas a lo que yo puedo enseñarle?

DINA.

Sí. Es decir, no me enseña nada; pero cuando le oigo hablar, todo me parece hermoso...

RORLUND.

¿Qué es lo que entiende usted por hermoso, en suma?

DINA.

Jamás me he parado a pensar en eso.

RORLUND.

Pues piénselo ahora. ¿Qué es lo que entiende usted por hermoso?

DINA.

Una cosa hermosa es... vamos, es algo maravilloso... y que está muy lejos de aquí.

RORLUND.

¡Hum! Le confieso, querida Dina, que cada vez me preocupo más por usted.

DINA.

¿Se preocupa solamente?

RORLUND.

Sabe usted muy bien el afecto que le profeso...

DINA.

Si yo fuese Hilda o Netta, no le daría miedo demostrarlo.



RORLUND.

Pero, Dina, ¿cómo puede pensar que mis consideraciones...? Cuando un hombre tiene como misión servir de columna moral a la sociedad donde vive, siempre será poca su prudencia... Si estuviera convencido de que no iban a interpretar mal mis aspiraciones... Pero es igual. Usted necesita apoyo, sea como sea. Dina, ¿hacemos este trato? Cuando yo venga, cuando las circunstancias me permitan venir, y diga: "Esta es mi mano", ¿la aceptará usted? ¿Quiere ser mi esposa? ¿Me lo promete, Dina?

DINA.

Sí.

RORLUND.

¡Gracias, gracias! Yo a mi vez... Dina, la amo tanto... ¡Chis! Viene alguien. Hágalo por mí, Dina; vaya usted con las señoras. *(Sale ella a unirse con las otras señoras a la mesa del café.)*

*(Simultáneamente, RUMMEL, SANDSTAD y VIGELAND aparecen por la primera puerta del lateral izquierdo, acompañados del cónsul BERNICK, que lleva un legajo de papeles en la mano.)*

BERNICK.

Por tanto, asunto concluido.

VIGELAND.

Sí, de acuerdo; dejémoslo así.

RUMMEL.

Convencido, Bernick. La palabra de un noruego siempre queda en pie como las peñas de Dovre (1). ¡Bien lo sabes!

(1) Núcleo de montañas del centro de Noruega, que ya se han descrito anteriormente.

BERNICK.

Nadie faltará. No importa la oposición que podamos encontrar.

RUMMEL.

¡Triunfaremos o caeremos juntos, Bernick!

HILMAR TONNESEN. *(Que acaba de asomar a la puerta del jardín.)*

¿Caer? Ustedes perdonen: ¿se refieren al ferrocarril?

BERNICK.

Muy al contrario, andará...

RUMMEL.

A todo vapor, señor Tonnesen.

HILMA TONNESEN. *(Acercándose.)*

¿En serio?

RORLUND.

¿Cómo!

SEÑORA BERNICK. *(A la puerta.)*

Ricardo, ¿qué pasa?...

BERNICK.

Nada, Betty; nada que te interese. *(A los tres negociantes.)* Ahora tenemos que publicar las listas de accionistas; cuanto antes, mejor. Como es natural, nosotros nos apuntaremos los primeros. La posición que ocupamos en la ciudad nos obliga.

SANDSTAD.

¿No faltaba más, señor cónsul!

RUMMEL.

Se conseguirá, Bernick; es un hecho.

BERNICK.

No me inquieta ni por asomo el resultado. Cada uno, en su círculo de amistades, debe ocuparse de la cuestión. Y si podemos contar con un ver-

dadero interés por parte de todas las clases sociales, es lógico que el Municipio también haya de contribuir.

SEÑORA BERNICK.

Ricardo, ven a contarnos...

BERNICK.

Querida Betty, no es nada de que entiendan las señoras.

HILMAR TONNESEN.

¿De suerte que, a pesar del todo, piensas ocuparte del asunto del ferrocarril?

BERNICK.

Por supuesto.

RORLUND.

Pero, señor cónsul, el año pasado...

BERNICK.

El año pasado era algo muy distinto. Entonces se trataba de una vía a lo largo del litoral...

VIGELAND.

Que, además, habría sido de todo punto inútil, señor vicario; porque con los vapores...

SANDSTAD.

Y habría salido carísima...

RUMMEL.

Y lesionaba directamente grandes intereses de la ciudad.

BERNICK.

La razón fundamental del fracaso fué que el ferrocarril no habría beneficiado a las clases pudientes. Por eso me opuse, y se ha decidido la construcción de la vía interior.

HILMAR TONNESEN.

Pero ésa no beneficiará a las ciudades de la comarca.

BERNICK.

Beneficiará a nuestra ciudad, querido Hilmar; porque vamos a construir un apartadero que llegará hasta aquí.

HILMAR TONNESEN.

¡Ah! ¿De modo que has pensado otra cosa?

RUMMEL.

Sí; ¿no es una idea excelente?

RORLUND.

¡Hum!

VIGELAND.

Parece en absoluto como si la Providencia hubiera preparado el terreno para un apartadero.

RORLUND.

Con sinceridad, ¿lo cree usted, señor Vigeland?

BERNICK.

Confieso que igualmente me parece una efectiva acción de la Providencia que esta primavera se me ocurriese ir, por simples motivos mercantiles a un valle que no conocía. De pronto se me puso en la cabeza la idea de que allí se podría construir un apartadero hasta la ciudad. He enviado un ingeniero a recorrer la región, y aquí tengo los cálculos y los presupuestos preliminares; no existen obstáculos de ningún género.

SEÑORA BERNICK. *(Todavía a la puerta, con las demás señoras.)*

Pero, Ricardo, ¿cómo has podido ocultarnos todo esto?

BERNICK.

Querida Betty, no habrías comprendido bien la cuestión. Por lo demás, hasta hoy no he hablado de ello a nadie. Al presente ha llegado el momento decisivo; hay que obrar dando la cara

y con todas las energías posibles. Lo haré, aunque me cueste la vida.

RUMMEL.

Nosotros te secundaremos, Bernick; puedes confiar plenamente.

RORLUND.

¿Creen ustedes de buena fe que eso les reportará tantas ventajas?

BERNICK.

No lo dude. Será un impulso más para elevar toda nuestra sociedad. ¡Pienso usted sólo en las inmensas regiones de bosques que se harán accesibles; piense en las infinitas minas que habrán de explotarse; piense en el río, con todos sus saltos de agua! ¡Cuántas industrias podrán emprenderse!

RORLUND.

¿Y no tiene usted miedo al comercio continuo con el mundo exterior, tan corrompido?

BERNICK.

No; esté usted tranquilo, señor vicario. Nuestra pequeña y laboriosa ciudad descansa, a Dios gracias, sobre bases sanas y morales, para cimentar las cuales hemos colaborado y seguiremos colaborando, cada uno a su manera. Usted, señor vicario, con su santa tarea, en el colegio y en el hogar. Nosotros, hombres de trabajo práctico, serviremos a la sociedad esparciendo bienestar en un círculo tan vasto como sea posible. Y nuestras mujeres... sí, acérquense, señoras, pues no hay inconveniente alguno en que lo oigan; nuestras mujeres, digo, nuestras esposas y nuestras hijas, continuarán sin descanso, como hasta hoy, al servicio de la caridad. Serán, además, una ayuda y una alegría para quienes las rodeen, como para mí lo han sido mi querida Betty, y Marta, y Olaf... (Mira en torno suyo.) ¿Dónde está Olaf?

SEÑORA BERNICK.

Cuando tiene vacaciones, es imposible sujetarle en casa.

BERNICK.

\*Pues, de fijo, habrá vuelto a bajar al fjord. Ya verás cómo no para hasta que le haya ocurrido una desgracia.

HILMAR TONNESEN.

¡Bah!, una lucha sin importancia contra los elementos...

SEÑORA RUMMEL.

¡Qué hermoso es ese espíritu de familia que demuestra usted, señor Bernick!

BERNICK.

La familia es el fundamento de la sociedad. Un buen hogar, amigos honrados y fieles, un pequeño círculo cerrado donde no pueda proyectar su sombra ningún elemento perturbador.

KRAP. (Entrando por la derecha con correspondencia y periódicos.)

Correo del extranjero, señor cónsul... y un telegrama de Nueva York.

BERNICK.

¡Ah! De la naviera del *Indian Girl*.

RUMMEL.

¿Ha llegado el correo? Entonces tendré que ausentarme.

VIGELAND.

Y yo lo mismo.

SANDSTAD.

Adiós, señor cónsul.

SEÑORA BERNICK.

Adiós, adiós, señores. Y no olviden que tenemos reunión a las cinco esta tarde.

LOS TRES NEGOCIANTES.

Sí, sí; comprendido. (Vanse por la derecha.)

BERNICK. (Que ha leído el telegrama.)

¡Esto sí que es una americanada! ¡Francamente indignante!...

SEÑORA BERNICK.

Vamos a ver, Ricardo, ¿qué pasa?

BERNICK.

Fíjese usted, señor Krap, ¡lea!

KRAP. (Leyendo.)

"Hagan menores reparaciones posibles. Envíen *Indian Girl* cuando esté fote. Indispensable llegue cargamento." ¡Qué cosas!

BERNICK.

¡Que llegue el cargamento! Esos señores saben muy bien que con ese cargamento el barco se irá al fondo como una piedra al menor contratiempo.

RORLUND.

Ya ven ustedes cómo se portan esas compañías tan renombradas.

BERNICK.

Tiene usted razón; ni siquiera respetan la vida humana en cuanto entra el dinero en juego. (A KRAP.) ¿Podrá el *Indian Girl* hacerse a la mar dentro de cuatro o cinco días?

KRAP.

Sí, con tal que Vigeland esté conforme en retrasar las reparaciones del *Palmetraet*.

BERNICK.

¡Quia!, no lo permitiré. Bien: ¿quiere usted mirar el correo? Y dígame: ¿no ha visto a Olaf en el muelle?

KRAP.

No, señor cónsul. (Pasa a la primera habitación de la izquierda.)

BERNICK. (Releyendo el telegrama.)

Esos señores no vacilan en arriesgar dieciocho vidas humanas...

HILMAR TONNESEN.

Como que ésa es la misión del marino: afrontar los elementos. ¡Debe de haber cierto aliciente en eso de estar separado del abismo por una delgada tabla!

BERNICK.

Quisiera encontrar un armador de los nuestros que se prestara a una cosa así. Ni uno... ni uno solo... (Ve a OLAF.) ¡Ah, gracias a Dios, está sano y salvo!

OLAF. (Quien, con un sedal en la mano, ha atravesado corriendo por el jardín.)

Tío Hilmar, he ido a ver el vapor.

BERNICK.

¿Otra vez has estado en el muelle?

OLAF.

No, no; he estado en una lancha. ¿Sabes, tío Hilmar? Ha desembarcado una compañía de artistas de circo, con caballos y fieras, y muchos pasajeros.

SEÑORA RUMMEL.

¿Vamos a tener circo, por las trazas?

RORLUND.

¿Nosotros? Espero que no.

SEÑORA RUMMEL.

No, nosotros no, por de contado; pero...

DINA.

Me gustaría verlo.

OLAF.

Y a mí.

HILMAR TONNESEN.

¡Qué tonto eres! ¿Crees que vale la pena? Todos los animales, domesticados.

¡Otra cosa sería ver al gaucho galopando sobre su mustango a través de las pampas! Pero en este rincón...

OLAF. (*Arrastrando a la SEÑORITA BERNICK.*)  
Tía Marta, mira; ahí vienen.

SEÑORA HOLTH.  
¡Válgame Dios! Ya los tenemos ahí.

SEÑORA LYNGE.  
¡Qué gentuza!  
(*Suben por la calle varios pasajeros y mucha gente de la ciudad.*)

SEÑORA RUMMEL.  
Pues sí que son titiriteros. Fijese en aquella del vestido gris, señora Holth, la que lleva la maleta consigo.

SEÑORA HOLTH.  
¡Qué sombrilla lleva! Seguramente, será la mujer del director.

SEÑORA RUMMEL.  
Y aquél debe de ser el director en persona, el de la barba. Parece enteramente un forajido. No le mires, Hilda.

SEÑORA HOLTH.  
Tú tampoco, Netta.

OLAF.  
Mamá, ¿has visto? El director nos ha saludado.

BERNICK.  
¡Cómo!

SEÑORITA BERNICK.  
¿Qué dices, hijo mío?

SEÑORA RUMMEL.  
¡Vaya por Dios! Y la mujer también nos saluda.

BERNICK.  
¡Sí que se necesita frescura!...

SEÑORITA BERNICK. (*Exclama involuntariamente.*)  
¡Oh!

SEÑORA BERNICK.  
¿Qué hay, Marta?

SEÑORITA BERNICK.  
No, nada; se me antojaba...

OLAF. (*Gritando, jubiloso.*)  
¡Mira, mira! Ahí vienen los demás, con los caballos y las fieras, y los americanos! Todos los marineros del *Indian Girl*. (*Se oye el Yanke Doole, con acompañamiento de flauta y tambor.*)

HILMAR TONNESEN. (*Tapándose los oídos.*)  
¡Huy, huy, huy!

RORLUND.  
Creo, señoras, que debemos retirarnos un tanto; esto no es un espectáculo para nosotros. Volvamos a nuestra tarea.

SEÑORA BERNICK.  
¿Le parece que echemos las cortinas?

RORLUND.  
Es lo que estaba pensando.  
(*Las señoras vuelven a ocupar sus sitios. RORLUND cierra la puerta del jardín y baja las cortinas de las ventanas. La habitación queda en penumbra.*)

OLAF. (*Que está mirando entre las cortinas.*)  
Mamá, ahora se ha parado la mujer del director al lado de la fuente, y se lava la cara.

BERNICK.  
¡Cómo! ¿En medio de la plaza?

SEÑORA RUMMEL.  
¡Y en pleno día!

HILMAR TONNESEN.  
Pues, si yo, durante un viaje por el desierto, me encontrara con una cisterna, tampoco vacilaría en... ¡Ay, ese clarinete!...

RORLUND.  
Yo, por mí, opino que debiera intervenir la Policía.

BERNICK.  
¡Oh!, con los forasteros no se puede ser tan severo; esa gente no tiene un sentido tan arraigado del decoro como nosotros. Déjelo estar. ¿Qué nos importa? Por fortuna, toda esa caterva, sin el menor reparo en faltar a las buenas costumbres, no tiene nada que ver con nuestra sociedad... Pero ¿qué es esto?  
(*La señora FORASTERA entra por la puerta de la derecha.*)

LAS SEÑORAS. (*Alarmadas, en voz baja.*)  
¡La mujer del director!

SEÑORA BERNICK.  
¡Dios mío!, ¿qué significa esto?

SEÑORITA BERNICK. (*Se levanta precipitadamente.*)  
¡Oh!

LA FORASTERA.  
Buenos días, querida Betty. ¡Buenos días, Marta! ¡Buenos días, cuñado!

SEÑORA BERNICK. (*Da un grito.*)  
¡Lona!

BERNICK. (*Retrocediendo un poco.*)  
¡Es cierto!

SEÑORA HOLTH.  
Pero, ¡por Dios santo!...

SEÑORA RUMMEL.  
¡No lo concibo!

HILMAR TONNESEN.  
¡Vaya, vaya!

SEÑORA BERNICK.  
¡Lona! ¿Es posible que...?

SEÑORITA HESSEL.  
Sí, es posible; soy yo. Por lo menos, podrías darme un abrazo.

HILMAR TONNESEN.  
¡Vaya, vaya!

SEÑORA BERNICK.  
¿Vienes aquí como...?

BERNICK.  
¿Y piensas exhibirme?

SEÑORITA HESSEL.  
¿Exhibirme? ¿Cómo que exhibirme?

BERNICK.  
Sí, vamos... con los artistas del circo...

SEÑORITA HESSEL.  
¡Ja, ja, ja! ¿Estás loco, cuñado? ¿Crees que pertenezco a la compañía? No; la verdad es que me he dedicado a muchas cosas, y he hecho el ridículo de muchos modos; pero...

SEÑORA RUMMEL.  
¡Ejem!

SEÑORITA HESSEL.  
...pero todavía no me he dedicado a hacer prodigios sobre los caballos.

BERNICK.  
De modo que tú no...

SEÑORA BERNICK.  
¡Bendito sea Dios!

SEÑORITA HESSEL.  
No; hemos viajado como muchas otras personas decentes... en segunda, aunque ya estamos acostumbrados...



SEÑORA BERNICK:  
¿"Hemos", dices?

BERNICK. (*Avanzando hacia ella.*)  
¿Quiénes "hemos"?

SEÑORITA HESSEL.  
El niño y yo, naturalmente.

LAS SEÑORAS. (*Estupefactas.*)  
¡El niño!

HILMAR TONNESEN.  
¡Cómo!

RORLUND.  
¿Qué está diciendo?...

SEÑORA BERNICK.  
Pero ¿a quién te refieres, Lona?

SEÑORITA HESSEL.  
Me refiero a John, claro está; no tengo más niño que John, que yo sepa... o Juan, como le llamáis vosotros.

SEÑORA BERNICK.  
¡Juan!

SEÑORA RUMMEL. (*En voz baja, a la SEÑORA LYNGE.*)  
¡El hermano pródigo!

BERNICK. (*Vacila.*)  
¿Ha venido Juan contigo?

SEÑORITA HESSEL.  
¡Qué duda cabe! Supondrás que no iba a salir de viaje sin él. Pero ¿a qué vienen esas caras tan fúnebres? Y estáis aquí a media luz cosiendo ropa blanca. ¿Es que hay algún luto en la familia?

RORLUND.  
Señorita, se encuentra usted ante una sociedad benéfica para rehabilitar a las personas moralmente arruinadas...

SEÑORITA HESSEL. (*A media voz.*)  
¿Qué me dice usted? ¿Esas señoras tan calladas son pues...?

SEÑORA RUMMEL.  
¡No, santo Dios! ¡Qué ocurrencia!

SEÑORITA HESSEL.  
¡Ah, comprendo, comprendo! Pero ¡diablo, si está ahí la señora Rummel! ¡Y la señora Holth! ¡Poco nos hemos rejuvenecido desde la última vez! Oigan ustedes, señoras mías: ¿no podrían dejar que las personas moralmente arruinadas aguarden un día o dos? Es de esperar que no se vuelvan peores por eso. En un momento de alegría como éste...

RORLUND.  
Un regreso no siempre es una alegría.

SEÑORITA HESSEL.  
No, ¿eh? ¿Cómo interpreta usted su Biblia, señor pastor?

RORLUND.  
No soy pastor.

SEÑORITA HESSEL.  
Pero algún día lo será. ¡Puaf! Toda esta ropa blanca, tan moral, huele a muerto, como si fuesen mortajas. Yo estoy acostumbrada al aire de las pampas, ¿sabe usted?

BERNICK. (*Secándose la frente.*)  
Sí, en efecto, está algo caldeado el ambiente aquí dentro.

SEÑORITA HESSEL.  
¡Espera, espera! ¡Ahora mismo vamos a salir de la tumba! (*Sube las cortinas.*) Tiene que entrar la luz del día para cuando llegue el niño. ¡Veréis qué muchacho!

HILMAR TONNESEN.  
¡Uf! ¡Vaya, vaya!

SEÑORITA HESSEL. (*Abriendo puertas y ventanas.*)  
Está arreglándose en el hotel, porque en el vapor se ha puesto perdido.

HILMAR TONNESEN.  
¡Uf!

SEÑORITA HESSEL.  
¿Uf? ¡Pero si ése es...! (*Señala a HILMAR y pregunta a los demás:*) ¿Aún sigue aquí paseándose de un lado a otro y diciendo "¡uf!" y "¡vaya, vaya!"?

HILMAR TONNESEN.  
No me pasee; estoy aquí a causa de mi enfermedad.

RORLUND.  
Bueno, señoras; no creo que...

SEÑORITA HESSEL. (*Que acaba de ver a OLAF.*)  
¿Es tuyo, Betty? ¡Venga la pata, chico! ¿Es que te da miedo tu vieja tía?

RORLUND. (*Llevándose su libro bajo el brazo.*)  
Señoras, creo que no están los ánimos como para seguir trabajando hoy. Mañana nos reuniremos otra vez, si gustan...

SEÑORITA HESSEL. (*En el momento de levantarse las señoras para despedirse.*)  
Sí, muy bien. Seré puntual.

RORLUND.  
¿Me permite, señorita? ¿Qué pretende usted hacer en nuestra sociedad?

SEÑORITA HESSEL.  
¡Ventilarla, señor pastor!

## ACTO SEGUNDO

*La misma decoración que en el acto anterior.*

La SEÑORA BERNICK está sentada sola al lado de la mesa, con su labor. Poco después, entra su marido, con el sombrero puesto, guantes y bastón, por la derecha.

SEÑORA BERNICK.  
¿Ya has vuelto, Ricardo?

BERNICK.  
Es que tengo una cita.

SEÑORA BERNICK. (*Con un suspiro.*)  
¡Ah, sí! Supongo que vendrá Juan otra vez.

BERNICK.  
Te advierto que es todo un hombre. (*Se quita el sombrero.*) ¿Dónde están esas señoras hoy?

SEÑORA BERNICK.  
La señora Rummel y Hilda no disponían de tiempo.

BERNICK.  
Vamos, se han excusado.

SEÑORA BERNICK.  
Sí; tenían tantas cosas que hacer en su casa...

BERNICK.  
Comprendo. ¿Y tampoco vendrán las otras?

SEÑORA BERNICK.  
No; tampoco pueden.

BERNICK.  
Podían habértelo dicho de antemano. ¿Y Olaf, dónde está?

SEÑORA BERNICK.

Le he dejado salir un poco con Dina.

BERNICK.

¡Dina! Es muy ligera de cascos esa chica... ¡Figúrate que ayer empezó a coquetear con Juan!

SEÑORA BERNICK.

Querido Ricardo, Dina no está enterada de nada.

BERNICK.

Bueno; pero Juan debía haber tenido, al menos, suficiente tacto para no hacerle caso. Si hubieras visto la cara que puso Vigeland...

SEÑORA BERNICK. *(Con la labor sobre el halda.)*

¿Presumes a qué pueden haber venido, Ricardo?

BERNICK.

Por lo visto, él posee allí una granja que, al parecer, no debe de ir muy bien; además, ella indicó ayer que habían viajado en segunda...

SEÑORA BERNICK.

Sí; por desgracia, algo así debe de ser. Pero ¡que ella haya venido! ¡Ella, después de la ofensa que te infirió!

BERNICK.

¡Bah!, no pienses más en esas historias viejas.

SEÑORA BERNICK.

¿Cómo puedo pensar en otra cosa? ¡El es, a pesar de todo, mi hermano! Pero no por él, sino por los disgustos que puede causarte Ricardo, tengo un miedo mortal...

BERNICK.

¿Miedo a qué?

SEÑORA BERNICK.

¿Y si le detuvieran por aquel dinero que robó a tu madre?

BERNICK.

¡Qué tonterías! ¿Quién puede comprobar que él robó el dinero?

SEÑORA BERNICK.

Pero, hombre, ¡si lo sabe toda la ciudad! Tú mismo has dicho...

BERNICK.

Yo no he dicho nada. Y nada sabe la gente de este asunto; todo fueron rumores vagos.

SEÑORA BERNICK.

¡Qué noble eres, Ricardo!

BERNICK.

Desecha esos recuerdos de una vez. No sabes lo que me martirizas removiendo el pasado. *(Pasea de arriba abajo y, por último, deja el bastón.)* Lo peor es que hayan vuelto precisamente ahora... ahora que necesito una reputación intachable entre la población y en la prensa. Enviarán artículos a los periódicos de las ciudades vecinas. Me traten bien o me traten mal, el resultado será el mismo. Sacarán a relucir todo el ayer, conforme haces tú. En una sociedad como la nuestra... *(Tira los guantes sobre la mesa.)* ¡Y pensar que no tengo a nadie con quien poder hablar y a quien pedir consejo!

SEÑORA BERNICK.

¿A nadie, Ricardo?

BERNICK.

No. ¿Por qué habrán venido ahora precisamente? De una manera u otra, no cabe la menor duda de que acabarán dando una escándalo, sobre todo ella. ¡Es una desdicha que haya en la familia gente así!

SEÑORA BERNICK.

Sí; pero yo no tengo la culpa de que...

BERNICK.

¿De qué no tienes la culpa? ¿De que sean de tu familia? No, eso es verdad.

SEÑORA BERNICK.

Ni menos les he dicho que vengan.

BERNICK.

¡Ea, ya estamos con lo de siempre! "Yo no les he dicho que vengan, yo no les he escrito, yo no los he arrastrado del pelo hasta aquí" ¡Oh! me sé de memoria toda la canción.

SEÑORA BERNICK. *(Rompe a llorar.)*

Estás tan poco cariñoso conmigo...

BERNICK.

¡Sí, eso es! ¡Sólo faltaban los lloros para que toda la ciudad saque partido de ello! Déjate de boberías, Betty, y siéntate fuera; aquí puede venir alguien. ¿Y van a ver a la señora con los ojos encarnados? Si también eso llegara a conocimiento de la gente... Ya oigo a alguien en el pasillo. *(Llaman a la puerta.)* ¡Adelante!*(La SEÑORA BERNICK sale al jardín con su labor. AUNE entra por la puerta de la derecha.)*

AUNE.

Buenos días señor cónsul.

BERNICK.

Buenos días. Supongo que ya se habrá usted figurado por qué le he hecho venir.

AUNE.

El señor apoderado me dijo ayer que el señor cónsul estaba descontento con...

BERNICK.

Estoy descontento con todas las cosas del astillero, Aune. No adelanta usted nada en el trabajo. El *Palmetraet* ya debía estar listo hace mucho tiempo. Vigeland me apremia a diario, y es un hombre difícil de tratar como socio.

AUNE.

El *Palmetraet* puede navegar pasado mañana.

BERNICK.

¡Vaya, por fin! Pero el americano *Indian Girl*, que ya lleva aquí cinco semanas...

AUNE.

¿El americano? He entendido que ante todo debíamos ocuparnos con el mayor interés del barco suyo.

BERNICK.

Pues no le he dado ocasión alguna para que lo entienda así. A la vez debió imprimirse el mayor avance posible al americano; pero no hay tal cosa.

AUNE.

El fondo del barco está completamente podrido, señor cónsul, y cuantos más remiendos pongamos, peor

BERNICK.

Esa no es razón. Krap me ha dicho toda la verdad. Usted no sabe trabajar con las máquinas nuevas que he adquirido, o más bien no quiere trabajar con ellas.

AUNE.

Tengo cerca de cincuenta años y desde chiquillo estoy acostumbrado al método antiguo...

BERNICK.

Eso no sirve hoy. Y no crea, Aune, que es por el beneficio, pues afortunadamente, no lo necesito; pero tengo obligaciones con la sociedad donde vivo

y con el negocio que represento. De mí han de partir todos los adelantos; si no, no llegarían jamás.

AUNE.

Yo también soy partidario del progreso, señor cónsul.

BERNICK.

Sí, para su círculo limitado, para la clase obrera. ¡Oh, conozco de sobra la propaganda que está usted haciendo! Da conferencias, agita a la gente; pero cuando se ofrece un adelanto palpable, como ahora con nuestra maquinaria, se asusta usted y retrasa su concurso.

AUNE.

Es cierto, señor cónsul. Me asusta por todos los obreros a quienes las máquinas quitan el pan de la boca. El señor cónsul habla con frecuencia de las consideraciones que se deben tener para la sociedad; pero yo pienso que la sociedad tiene asimismo obligaciones. ¿Cómo se atreven la ciencia y el capital a imponer innovaciones en el trabajo antes que se haya instruído la nueva generación que ha de utilizarlas?

BERNICK.

Lee y medita usted demasiado, Aune, y no le sienta bien; le incita a estar descontento de su situación.

AUNE.

No es eso, señor cónsul; es que no puedo soportar que sean despedidos un obrero tras otro, y que pierdan el pan por culpa de esas máquinas.

BERNICK.

¡Bah! Cuando se inventó la imprenta... se quedaron sin pan muchos copistas.

AUNE.

¿Se habría usted alegrado del invento, si fuese copista?

BERNICK.

No le he mandado venir para discutir, sino para comunicarle que el *Indian Girl* tiene que estar a punto de zarpar pasado mañana.

AUNE.

Pero, señor cónsul...

BERNICK.

Pasado mañana, ya lo sabe; al mismo tiempo que el barco nuestro, ni una hora más tarde. Tengo mis buenas razones para insistir sobre ello. ¿Ha leído usted el periódico de esta mañana? Pues entonces sabrá que han vuelto a hacer de las suyas. Esa genticilla depravada trae a toda la población de cabeza; no pasa una noche sin que haya peleas en las tabernas o en las calles, y de las demás abominaciones no quiero ni hablar.

AUNE.

Evidentemente, son malas personas.

BERNICK.

¿Y quién cargará con la culpa de todo este desbarajuste? ¡Yo! Seré yo quien pague las consecuencias. Esos periodistas murmuran de una manera disimulada e insinúan que empleamos todos nuestros esfuerzos para arreglar el *Palmetraet*. Y yo, que tengo la misión de dar ejemplo a mis conciudadanos, ¿voy a soportar que me echen tales cosas en cara? No lo toleraré. No estoy dispuesto a que se manche mi nombre.

AUNE.

¡Oh!, el nombre del señor cónsul está tan bien considerado, que puede resistir eso y mucho más.

BERNICK.

Justamente ahora es cuando necesito toda la estimación y toda la complacencia que mis conciudadanos pue-

dan otorgarme. Tengo en preparación una gran empresa, como habrá usted oído; pero si individuos pérfidos consiguieran quebrantar la absoluta confianza en mi persona, podrían originarme las mayores dificultades. Por eso quiero a toda costa evitar artículos malignos y ponzoñosos en los periódicos, y por eso he fijado el plazo hasta pasado mañana.

AUNE.

Señor cónsul, habría sido exactamente igual si hubiera usted fijado el plazo hasta esta tarde.

BERNICK.

¿Quiere usted decir que exijo imposibles?

AUNE.

Sí; con el equipo que tenemos en la actualidad...

BERNICK.

Está bien; entonces buscaremos por otro lado.

AUNE.

¿Acaso pretende usted despedir aún más obreros de los antiguos?

BERNICK.

No, no lo pienso.

AUNE.

Porque, sin duda, creo que eso sembraría la discordia tanto en la ciudad como en los periódicos, si se atreve a hacerlo.

BERNICK.

Puede ser, y por eso no lo hago. Pero, como el *Indian Girl* no esté presto para pasado mañana, le despido a usted.

AUNE. (*Sobresaltado.*)

¿A mí? (*Se rie.*) Lo dice en broma, señor cónsul.

BERNICK.

No lo crea.

AUNE.

¿Cómo iba usted a pensar en despedirme? ¿A mí, cuyos padre y abuelo han estado al servicio del astillero toda su vida? ¿A mí, que también...?

BERNICK.

¿Quién me obliga a ello?

AUNE.

Exige usted cosas irrealizables, señor cónsul.

BERNICK.

Para una buena voluntad, no hay nada irrealizable. ¿Sí o no? Respóndame de fijo, o queda usted despedido en el acto.

AUNE. (*Avanzando un paso.*)

Señor cónsul, ¿ha pensado lo que implica despedir a un antiguo obrero? Usted dirá que se busque otro trabajo, y efectivamente, puede hacerlo. Pero ¿cree que con eso queda todo arreglado? Por una vez debía usted estar presente en el hogar de un obrero despedido así, cuando por la noche vuelve a su casa y deja el cajón de herramientas al lado de la puerta.

BERNICK.

¿Se imagina usted que le despido sin pena? ¿Quizá no he sido siempre un patrón razonable?

AUNE.

Pues peor aún, señor cónsul. Por lo mismo los de casa no le echarían la culpa a usted... A mí no me dirían nada, pues a eso no se atreven; pero me mirarían a hurtadillas y pensarían que lo tengo bien merecido. Ya ve... yo no podría soportarlo. A pesar de ser un hombre humilde, estoy de siempre acos-



tumbrado a que se me considere como el primero entre los míos. Mi modesto hogar es igualmente una pequeña sociedad, señor cónsul. He podido sostener esta pequeña sociedad, porque mi mujer tenía fe en mí. Y ahora va a derrumbarse todo.

BERNICK.

No puede ser de otra manera: a los débiles los aplastan los poderosos. El propio Dios permite que se sacrifique lo individual a lo general. No sé contestarle de distinto modo... Y otro tanto pasa en todo el mundo. ¡Es usted un hombre testarudo, Aune! Se pone en contra mía, no porque no tenga más remedio, sino porque no quiere comprobar la superioridad de las máquinas sobre la fuerza manual.

AUNE.

De suerte que insiste usted en eso, señor cónsul, porque sabe que, al despedirme a mí, puede, en todo caso, demostrar su buena voluntad a la prensa.

BERNICK.

¿Y aunque así sea? Ya ha oído usted el dilema que tengo planteado: o ponerme a mal con la prensa, o conseguir su favor en el momento de luchar por una gran causa en pro del bienestar común. Qué, ¿puedo obrar de otra manera? Le prevengo que la cuestión es sostener la casa de usted, como desea, u oprimir cientos de hogares nuevos, cientos de hogares que jamás podrán fundarse si no consigo lo que ahora me he propuesto. Esta es la razón por la cual le he dado a escoger.

AUNE.

Siendo así, no tengo más que decir.

BERNICK.

Querido Aune, francamente, me duele que hayamos de separarnos.

AUNE.

No nos separaremos, señor cónsul.

BERNICK.

¿Cómo es eso?

AUNE.

También un pobre obrero tiene intereses que salvaguardar.

BERNICK.

Por supuesto... ¿Conque cree usted que puede prometerme...?

AUNE.

El *Indian Girl* se reparará mañana por la mañana. (*Saluda y se marcha por la derecha.*)

BERNICK.

¡Ja, ja! Al cabo he conseguido vencer a ese tozudo. Es un buen pregajo...

(*HILMAR TONNESEN entra por la puerta del jardín, con un puro en la boca.*)

HILMAR TONNESEN. (*Desde la escalinata.*)

Buenos días, Betty. Buenos días, BERNICK.

SEÑORA BERNICK.

Buenos días.

HILMAR TONNESEN.

Has llorado, según veo. Así, pues ¿ya lo sabes?

SEÑORA BERNICK.

¿Qué?

HILMAR TONNESEN.

Que el escándalo está en pleno apogeo. ¡Uf!

BERNICK.

¿Qué quieres decir?

HILMAR TONNESEN. (*Entra.*)

Pues que los dos americanos se pasean por las calles en compañía de Dina Dorf.

SEÑORA BERNICK. (*Siguiéndole.*)

Pero, Hilmar, ¿es posible?

HILMAR TONNESEN.

Sí; desgraciadamente, es la pura verdad. Hasta ha tenido Lona la osadía de llamarme; pero hice que no oía, como es natural.

BERNICK.

Pues no habrá pasado eso inadvertido.

HILMAR TONNESEN.

No, puedes estar seguro. La gente se paraba y se volvía a mirarlos. Parecía que había corrido la noticia por todo el pueblo casi como un incendio en las pampas del Oeste. De todas las casas se asomaba alguien a las ventanas, aguardando tras las cortinas a que pasara la procesión... ¡Uf! Perdóname, Betty; pero te lo digo porque me pone nervioso, y si sigue así, me verá obligado a emprender un largo viaje.

BERNICK.

Debías haber hablado con él, exponiéndole que...

HILMAR TONNESEN.

¿En plena calle? No, en verdad; tienes que disculparme. ¡Y que esa persona, esa mala cabeza, se atreva a presentarse aquí! Bueno, ya veremos si no sale la prensa con una de las tuyas. Perdóname, Betty; pero...

BERNICK.

¿La prensa, dices? ¿Has oído alguna indicación sobre eso?

HILMAR TONNESEN.

Sí, ¡y tanto que sí! Cuando anoche salí de aquí, entré a descansar en el

círculo, como estoy muy delicado. Por el silencio que reinaba al entrar yo, deduje que acababan de hablar de los dos americanos. Entonces apareció el osado periodista Hammer, felicitándome en voz alta por el regreso de mi primo el rico.

BERNICK.

¿El rico?

HILMAR TONNESEN.

Sí, así se expresaba. Le miré de arriba abajo, como se merecía, y le di a entender que yo ignoraba las riquezas de Juan Tonnesen. "¿De veras?" me dijo—. ¡Qué extraño! En América siempre prospera uno, sobre todo cuando tiene con qué empezar, y su primo de usted creo que no se marchó con las manos vacías."

BERNICK.

¡Ejem! Por favor...

SEÑORA BERNICK. (*Preocupada.*)

Ya lo ves, Ricardo.

HILMAR TONNESEN.

En cuanto a mí, he pasado una noche de insomnio por culpa de ese individuo. Y a pesar de ello, se pasea por las calles con una cara como si no hubiera ocurrido nada. ¿Por qué no desapareció de una vez? Es de todo punto intolerable cómo resisten ciertas personas.

SEÑORA BERNICK.

¡Dios mío! Hilmar, ¿qué dices?

HILMAR TONNESEN.

Yo no digo nada. Pero ahí tienes: escapa sano y salvo de accidentes de ferrocarril, de ser abrazado por osos en California, y de la furia de los indios, que ni siquiera le han... ¡Uf!, aquí le tenemos.

BERNICK. (*Mira hacia la calle.*)  
¡Está Olaf con ellos!

HILMAR TONNESEN.

Es natural; así querrán recordar a todos que pertenecen a la primera familia de la ciudad. Fíjate; ahí salen los gandules de la farmacia a mirarlos y hacer comentarios. Esto, verdaderamente, no es para nervios como los míos; no sé cómo, en circunstancias semejantes, puede un hombre sostener enhiesta la bandera del ideal.

BERNICK.

Vienen derechos aquí. Oye, Betty: tengo mucho interés en que te portes con la mayor benevolencia.

SEÑORA BERNICK.

¿Lo consientes, Ricardo?

BERNICK.

¡Pues no faltaba más! Y tú lo mismo, Hilmar. Es de esperar que no se queden mucho tiempo... Nada de alusiones; ni por asomo debemos ofenderlos.

SEÑORA BERNICK.

¡Oh, Ricardo, qué generoso eres!

BERNICK.

Bueno, bueno; no hablemos más de ello.

SEÑORA BERNICK.

Déjame agradecértelo, y perdóname que haya estado antes tan adusta. Porque te sobraba razón para...

BERNICK.

¡Basta, basta, he dicho!

HILMAR TONNESEN.

¡Uf!

(*Suben por el jardín JUAN TONNESEN y DINA, seguidos de la SEÑORITA HESSEL y OLAF.*)

SEÑORITA HESSEL.

Buenos días, buenos días, amigos.

JUAN TONNESEN.

Hemos recorrido los sitios conocidos, Ricardo.

BERNICK.

Sí, eso oigo. ¿Muchos cambios, ¿eh?

SEÑORITA HESSEL.

Abundan por todas partes las buenas obras del cónsul Bernick. Hemos ido a ver el parque que has donado a la ciudad...

BERNICK.

¡Ah! ¿sí?

SEÑORITA HESSEL.

"Donación de Ricardo Bernick", pone sobre la entrada. ¡Eres aquí el hombre capaz de todo!

JUAN TONNESEN.

Y tienes barcos magníficos. Me encontré con el capitán del *Palmetraet*, mi antiguo compañero de colegio...

SEÑORITA HESSEL.

Y has edificado una escuela nueva, además de traer la conducción del gas y del agua, que me han dicho se deben a ti.

BERNICK.

¡Oh!, hay que trabajar por la sociedad donde se vive.

SEÑORITA HESSEL.

Eso es hermoso, cuñado; pero no deja de dar alegría ver cómo te lo agradece la gente. No soy vanidosa, aunque no puedo menos de recordar a éste o aquél que formamos parte de la familia.

HILMAR TONNESEN.

¡Uf!

SEÑORITA TONNESEN.

¿Dices "¡uf!" a eso?

HILMAR TONNESEN.

No; digo "¡vaya, vaya!..."

SEÑORITA HESSEL.

En fin, se te permitirá, pobrecito. Pero ¿hoy estáis ya solos por completo?

SEÑORA BERNICK.

Sí, hoy estamos solos.

SEÑORITA HESSEL.

Por cierto que en la plaza nos encontramos con dos de aquellas señoras morales, y parecían tener mucha prisa. Pero todavía no hemos podido charlar un poco a solas; ayer estaban esos tres negociantes y, por añadidura, el pastor...

HILMAR TONNESEN.

Su auxiliar.

SEÑORITA HESSEL.

Yo le llamo pastor. Pero ¿qué decís de la obra mía en estos quince años? ¿No se ha convertido en un muchacho gallardo? ¿Quién reconoce al loco que se escapó de casa?

HILMAR TONNESEN.

¡Ejem!...

JUAN TONNESEN.

Vamos, Lona, no alardees demasiado.

SEÑORITA HESSEL.

Sí, alardeo porque estoy muy orgullosa de ello. ¡Como que es lo único que he realizado en este mundo! Pero eso me da una especie de derecho a vivir. Sí, Juan, cuando pienso cómo empezamos allí tú y yo con nuestros cuatro puños solamente...

HILMAR TONNESEN.

Manos.

SEÑORITA HESSEL.

O puños. Estaban sucias...

HILMAR TONNESEN.

¡Uf!

SEÑORITA HESSEL.

...y vacías.

HILMAR TONNESEN.

¿Vacías? Pues ahora si que...

SEÑORITA HESSEL.

¿Qué, qué?

BERNICK.

¡Ejem!

HILMAR TONNESEN.

Pues ahora sí que... ¡Vaya, vaya! (*Vase por la escalinata del jardín.*)

SEÑORITA HESSEL.

¿Qué le pasa?

BERNICK.

¡Oh, no le hagas caso! Estos últimos tiempos está algo nervioso. ¿Quieres ver el jardín? No lo has visitado todavía, y me queda una hora disponible.

SEÑORITA HESSEL.

Sí, eso voy a hacer. Podéis creer que, muchas veces, he estado, de pensamiento, con vosotros en el jardín.

BERNICK.

Ya verás también ahí grandes cambios.

(*El cónsul, su mujer y la SEÑORITA HESSEL salen al jardín, donde se los ve pasar de cuando en cuando durante la siguiente escena.*)

OLAF. (*A la puerta.*)

Tío Hilmar, ¿a que no sabes lo que me ha preguntado el tío Juan? Que si quería irme con él a América.

HILMAR TONNESEN.  
¿Un tonto como tú, que siempre está agarrado a las faldas de su madre?

OLAF.  
Pues no quiero seguir así; ya verás cuando sea mayor...

HILMAR TONNESEN.  
¡Tonterías! Tú no tienes el verdadero entusiasmo que impulsa a...  
(*Bajan juntos por el jardín.*)

JUAN TONNESEN. (*A DINA, que se ha quitado el sombrero y permanece a la derecha de la puerta, sacudiendo el polvo de su vestido.*)  
¿Está usted cansada del paseo?

DINA.  
Sí; pero fué un paseo hermoso, el más hermoso que he dado nunca.

JUAN TONNESEN.  
¿No acostumbra usted a dar paseos por las mañanas?

DINA.  
Sí, aunque con Olaf únicamente.

JUAN TONNESEN.  
¡Ah! ¿Prefiere usted quizá bajar al jardín?

DINA.  
No; me complace más seguir aquí.

JUAN TONNESEN.  
Y a mí. Por tanto, queda acordado: todas las mañanas daremos un paseo juntos.

DINA.  
No, señor Tonnesen; mejor será no hacerlo.

JUAN TONNESEN.  
¿Por qué? ¿No me lo ha prometido?

DINA.  
Sí; pero, ahora que lo pienso bien, creo que no debe usted salir conmigo.

JUAN TONNESEN.  
¿Por qué no?

DINA.  
Usted es forastero, y no puede comprenderlo; voy a explicárselo.

JUAN TONNESEN.  
Ya escucho.

DINA.  
No; prefiero no hablar de ello.

JUAN TONNESEN.  
No se preocupe; conmigo puede usted hablar de lo que sea.

DINA.  
Pues verá usted; yo no soy como las otras chicas jóvenes; hay algo... algo... raro en mí. Por eso no debe usted salir conmigo.

JUAN TONNESEN.  
No entiendo de qué está hablando. Usted no habrá hecho nada malo.

DINA.  
No, yo no; pero... ¡Ea! no quiero hablar de ello. Ya se enterará usted por los demás.

JUAN TONNESEN.  
Conforme.

DINA.  
Desearía preguntarle una cosa.

JUAN TONNESEN.  
¿Qué?

DINA.  
¿Cree usted muy fácil llegar a ser algo en América?

JUAN TONNESEN.  
No muy fácil, realmente; muchas veces hay que sufrir y trabajar de firme, sobre todo al comienzo.

DINA.  
Me agradecería probarlo.

JUAN TONNESEN.  
¿Usted?

DINA.  
Yo puedo trabajar; soy fuerte, estoy sana, y tía Marta me ha hecho estudiar mucho con ella.

JUAN TONNESEN.  
¡Muy bien! Pues entonces venga usted con nosotros.

DINA.  
Habla usted por hablar; lo mismo le ha dicho a Olaf. Pero yo quería saber si la gente de allí es muy... muy... vamos, muy moral.

JUAN TONNESEN.  
¿Moral?

DINA.  
Sí; quiero decir si son tan... decentes y tan honrados como aquí.

JUAN TONNESEN.  
Al menos, no son tan malos como aquí creen. No tenga usted miedo por eso.

DINA.  
No me comprende. Por el contrario, me gustaría que no fueran tan decentes y tan morales.

JUAN TONNESEN.  
¡Ah! ¿no? ¿Cómo le gustaría que fuesen?

DINA.  
Me gustaría que fuesen... naturales.

JUAN TONNESEN.  
Pues así son.

DINA.  
En ese caso, me interesa mucho irme allí.

JUAN TONNESEN.  
Si es que le interesa, no tiene más que venir con nosotros.

DINA.  
No, con ustedes no pienso ir; me propongo ir sola. ¡Oh, yo llegaría a algo! Estoy segura de que triunfaría y sería buena...

BERNICK. (*Junto a la escalinata del jardín, a las dos señoras.*)  
¡Quieta, quieta, Betty! Yo lo traeré, querida. Podrías resfriarte. (*Entra en el salón y busca el chal de la señora.*)

SEÑORA BERNICK. (*Desde el jardín.*)  
Ven con nosotros, Juan; vamos a bajar a la gruta.

BERNICK.  
No, no; Juan va a quedarse aquí. Mira, Dina, toma el chal de mi mujer y llévaselo. Tengo que hablar con Juan, Betty. Deseo enterarme un poco de cómo marchan las cosas por allá.

SEÑORA BERNICK.  
Bien, bien; pero no tardes; ya sabes dónde puedes encontrarnos.  
(*La SEÑORA BERNICK, la SEÑORITA HESSEL y DINA bajan por el jardín hacia la izquierda.*)

BERNICK. (*Permanece mirándolas un rato; luego cierra la segunda puerta de la izquierda, se acerca a JUAN y coge sus dos manos, apretándoselas con entusiasmo.*)  
Juan, ahora que estamos solos, permíteme que te dé las gracias.



JUAN TONNESEN.

¡Bah!

BERNICK.

Mi casa, mi hogar, mi felicidad familiar, mi posición entera en la sociedad... todo te lo debo a ti.

JUAN TONNESEN.

Me alegro mucho, querido Ricardo. Al fin y al cabo, algo bueno salió de aquella historia tan disparatada.

BERNICK. (*Apretándole las manos de nuevo.*)

Gracias, gracias sin cuento. Ni uno entre diez mil hubiera hecho lo que por mí hiciste tú aquella vez.

JUAN TONNESEN.

No digas niñerías. ¿No éramos los dos jóvenes y ligeros? Alguno de ambos tenía que cargar con la culpa...

BERNICK.

¿Y quién más a propósito que el culpable?

JUAN TONNESEN.

¡Alto! En aquella ocasión el inocente parecía el más apropiado. Yo era libre, huérfano, y abandonar aquel fastidio de la oficina fué para mí una verdadera ganga. Tú, sin embargo, tenías tu anciana madre; además, estabas prometido en secreto con Betty, la cual te quería tanto... ¿Qué habría pasado con ella, de enterarse?

BERNICK.

En efecto; pero...

JUAN TONNESEN.

¿Y no fué por la propia Betty por quien acabaste aquellas relaciones con la señora Dorf? Fuiste a verla aquella noche para romper con ella.

BERNICK.

Aquella noche fatal, cuando aquel in-

dividuo volvía borracho a casa. Sí, Juan, fué por Betty; y a pesar de todo... Menos mal que tan generosamente supiste volver las apariencias contra ti y marcharte...

JUAN TONNESEN.

Nada de escrúpulos, querido Ricardo. Resolvimos que así debía ser; había que salvarte, y eras mi amigo. ¡Oh, qué orgulloso me sentía de aquella amistad! Aquí vivía yo como un pobre rústico, y llegaste tú, elegante y distinguido, de tu largo viaje al extranjero; habías estado en Londres y en París, y me elegiste para amigo tuyo, aun cuando tenía cuatro años menos que tú... Bueno; eso era porque estabas enamorado de Betty, a la postre me doy cuenta. Pero ¡qué orgulloso me sentía! ¿Y quién no se lo sentiría? ¿Quién no se hubiera sacrificado gustosamente por ti? Sobre todo al no tratarse sino de una leve murmuración pueblerina que se olvidaría en un mes, y en seguida podía uno lanzarse al vasto mundo.

BERNICK.

Oye, querido Juan: con franqueza, debo decirte que la historia no está olvidada aún del todo.

JUAN TONNESEN.

¡Ah! ¿no? ¡Y qué me importa, si pronto me hallaré otra vez instalado en mi granja!

BERNICK.

¿Conqué piensas volver?

JUAN TONNESEN.

Ciertamente.

BERNICK.

Espero que no sea tan pronto.

JUAN TONNESEN.

Lo antes posible. Vine aquí sólo por complacer a Lona.

BERNICK.

¿Pues cómo eso?

JUAN TONNESEN.

Verás... Lona ya no es joven, y últimamente tenía mucha nostalgia de su patria, aunque jamás quiso reconocerlo. (*Sonríe.*) ¿Iba ella a atreverse a dejarme solo, a abandonar al granuja que ya a los diecinueve años se había dedicado a...?

BERNICK.

¿Y qué?...?

JUAN TONNESEN.

Ricardo, voy a hacerte una confesión... aunque, la verdad, me da vergüenza.

BERNICK.

Supongo que no le habrás dicho nada a ella.

JUAN TONNESEN.

Sí, se lo dije. No estaba bien por parte mía; pero no tuve más remedio. No sospechas lo que ha sido Lona para mí. Tú nunca has podido sufrirla; pero para mí ha sido como una madre. Durante los primeros años, cuando vivíamos tan precariamente, no sabes lo que trabajaba. Y cuando después estuve enfermo y pasé mucho tiempo sin poder ganar nada, tuvo que cantar en los cafés y dar conferencias ridículas; además, escribió un libro que después le ha hecho reír y llorar... Todo por mantenerme. ¿Cómo podía permanecer yo indiferente, mientras ella, que había luchado y penado tanto por mí, se estaba consumiendo? ¡No podía, Ricardo! Entonces dije: "Vete, Lona; no te preocupes por mí, que no estoy tan pervertido como crees." Y... la enteré de todo.

BERNICK.

¿Cómo lo tomó?

JUAN TONNESEN.

Opinaba, con razón, que, si yo me sentía inocente, no podía oponer ningún reparo a un viajecito por aquí. Pero tranquilízate; Lona no delatará nada. Y por lo que a mí respecta, sabré cerrar mi boca como antaño.

BERNICK.

No lo dudo.

JUAN TONNESEN.

Esta es mi mano. Y vamos a olvidar ya la vieja historia. Afortunadamente, se trata de la única trampa de que nos hemos hecho culpables, supongo. Hoy por hoy, quiero disfrutar los pocos días que me restan de estar aquí. No puedes imaginarte qué paseo tan grato hemos dado esta mañana. ¡Quién iba a pensar que aquella chiquilla que corría por el teatro y hacia el papel de angelito de cuando en cuando...! Pero dime: ¿qué fué de sus padres después?

BERNICK.

Querido Juan, no tengo más que contarte sino lo que te escribí a poco de haberte marchado. Espero que recibirías las dos cartas.

JUAN TONNESEN.

Sí, sí; tengo las dos. El borracho la abandonó, ¿no fué así?

BERNICK.

Y se mató en una borrachera al cabo.

JUAN TONNESEN.

¿Y ella a su vez murió en breve? Presumo que harías en su favor lo que discretamente pudieses.

BERNICK.

Era soberbia; no dijo nunca nada y no quiso aceptar nada.

JUAN TONNESEN.

De todos modos, hiciste bien en recoger a Dina.

BERNICK.

¡Sí, claro. Por lo demás, fué en realidad Marta quien arregló aquello.

JUAN TONNESEN.

¡Ah! ¿fué Marta? Esa Marta... es verdad... ¿Por dónde anda hoy?

BERNICK.

Cuando no está atareada con el colegio, tiene sus enfermos.

JUAN TONNESEN.

Entonces, ¿es Marta quien se ha ocupado de ella?

BERNICK.

¡Sí; Marta siempre ha sentido cierta debilidad por la enseñanza. De ahí que haya aceptado un cargo en la escuela municipal. Fué una estupidez enorme por su parte.

JUAN TONNESEN.

Ayer la encontré muy postrada; me temo que no tenga bastante salud para ese trabajo.

BERNICK.

En cuanto a salud, podría soportarlo, de seguro. Pero resulta violento para mí porque parece que yo, su hermano, no estoy dispuesto a mantenerla.

JUAN TONNESEN.

¿Mantenerla? Creí que ella tenía fortuna suficiente...

BERNICK.

Ni pizca. Ya recordarás que mi madre estaba pasando una época muy difícil cuando te ausentaste. Se sostuvo algún tiempo, gracias a mi ayuda; pero a la larga yo no podía seguir así. Entonces la asocié conmigo, sin que tampoco de esta manera se llegara a un buen resultado. Por eso tuve que hacerme

cargo de todo, y el balance demostró cómo de la parte de mi madre no quedaba nada. Cuando ésta murió poco después, se encontró Marta sin recurso alguno.

JUAN TONNESEN.

¡Pobre Marta!

BERNICK.

¿Pobre? ¿Por qué? No crearás que yo permito que carezca de algo. ¡Oh, no! Me atrevo a decir que soy un buen hermano. Vive con nosotros, como es lógico, y come en nuestra mesa; con el sueldo de maestra tiene con creces para vestir. Una mujer sola... ¿qué más quiere?

JUAN TONNESEN.

¡Hum! En América no pensamos igual.

BERNICK.

Ya lo sé. ¡Una sociedad tan minada como la americana! Pero en nuestro pequeño círculo—adonde, gracias a Dios, hasta hoy no ha tenido acceso la corrupción—se conforman las mujeres con ocupar un puesto decoroso, aunque modesto. Aparte de que la culpa es de Marta misma; podría haber estado mantenida hace mucho tiempo, si ella hubiera querido.

JUAN TONNESEN.

¿Te refieres a que podría haberse casado?

BERNICK.

¡Sí, y hasta ventajosamente; ha tenido varias proposiciones buenas. Me extraña, a fe mía, que una soltera desacomodada, semivieja, y para colmo, insignificante a más no poder...

JUAN TONNESEN.

¿Insignificante?

BERNICK.

No es que yo se lo critique, en absoluto. Ni siquiera pretendo que sea de otro modo. Comprenderás que en una casa grande como la nuestra... resulta muy práctico tener una persona así, sencilla, a quien se puede emplear para lo que se necesite.

JUAN TONNESEN.

¡Sí; pero ¿y ella... qué dice?

BERNICK.

¿Ella? ¡Cómo! No le faltan distracciones con nosotros; nos tiene a Betty, a Olaf y a mí. Las personas no deben ocuparse de sí mismas en primer lugar, y las mujeres, menos. Todos tenemos una sociedad más grande o más pequeña por quien trabajar. Eso hago yo, por mi cuenta. (*Señala a KRAP, que entra por la derecha.*) Mira una prueba. ¿Crees que son mis asuntos personales los que me ocupan? En manera alguna. (*De repente, a KRAP.*) ¿Qué?

KRAP. (*En voz baja, mientras señala un legajo de papeles.*)

Todos los contratos de compra están en regla.

BERNICK.

¡Estupendo, excelente! Bueno, querido cuñado; debes disculparme de momento. (*Murmura, estrechándole la mano:*) ¡Gracias, gracias, Juan! Debes estar convencido de que en lo que yo pueda servirte... vamos, ya me comprendes. Venga usted aquí, Krap. (*Entra en el despacho.*)

JUAN TONNESEN. (*Se queda mirando por donde se ha ido BERNICK.*)

¡Ejem!... (*Va a bajar al jardín; pero, en el mismo momento, entra la SEÑORITA BERNICK por la derecha, con una cesta al brazo.*) ¿Qué hay, Marta?

SEÑORITA BERNICK.

¡Ah!... Juan... ¿eres tú?

JUAN TONNESEN.

¡Qué afanosa estás!

SEÑORITA BERNICK.

¡Sí. Aguarda un poco; los otros vendrán en seguida. (*Quiere salir por la izquierda.*)

JUAN TONNESEN.

Oye, Marta: ¿Tienes tanta prisa siempre?

SEÑORITA BERNICK.

¿Yo?

JUAN TONNESEN.

Ayer se me antojó que te ibas para que no pudiera yo hablar contigo, y hoy...

SEÑORITA BERNICK.

Es que...

JUAN TONNESEN.

Antes estábamos de continuo juntos..., éramos dos buenos camaradas de juegos.

SEÑORITA BERNICK.

¡Ay, Juan, de eso hace ya tantos, tantos años!...

JUAN TONNESEN.

Quince, ni más ni menos. ¿Crees acaso que yo he cambiado mucho?

SEÑORITA BERNICK.

¿Tú? ¡Oh! sí, tú también, a pesar de...

JUAN TONNESEN.

¿Qué quieres decir?

SEÑORITA BERNICK.

No, nada.

JUAN TONNESEN.

Por las trazas, no te alegras con exceso de volver a verme.

SEÑORITA BERNICK.

He esperado tanto, Juan... ¡demi-siado!

JUAN TONNESEN.

¿Has esperado? ¿Que viniera yo?

SEÑORITA BERNICK.

Sí.

JUAN TONNESEN.

¿A qué te suponías que vendría?

SEÑORITA BERNICK.

A expiar la falta que cometiste.

JUAN TONNESEN.

¿Yo?

SEÑORITA BERNICK.

¿Has olvidado que murió una mujer en la miseria y la deshonra por tu culpa? ¿Has olvidado cómo, por culpa tuya, se amargaron los mejores años de una niña?

JUAN TONNESEN.

¿Y tengo yo que oír eso de ti? Marta, ¿no te ha contado tu hermano nunca...?

SEÑORITA BERNICK.

¿Qué?

JUAN TONNESEN.

¿Nunca ha...? Vamos, quiero decir que si nunca ha tratado de disculparme.

SEÑORITA BERNICK.

Ya conoces los principios tan severos que sustenta Ricardo.

JUAN TONNESEN.

¡Hum!... Sí, sí; conozco, por de contado, los principios severos de mi

antiguo amigo Ricardo... Pero esto ya es... Acabo de hablar con él. Al parecer, ha variado de opinión respecto al caso.

SEÑORITA BERNICK.

¿Cómo puedes decir eso? Ricardo siempre ha sido un hombre ejemplar.

JUAN TONNESEN.

No lo he dicho exactamente en ese sentido; pero es igual... Ya comprendo bajo qué prisma me has visto; has estado aquí esperando el regreso del hijo pródigo.

SEÑORITA BERNICK.

No es eso, Juan. Voy a explicarte desde qué punto de vista te he considerado. (Señala al jardín.) ¿Ves a esa jovencita que está jugando en la hierba con Olaf? Es Dina. ¿Recuerdas aquellas cartas confusas que me escribiste cuando te marchaste? Me decías que debía creer en ti. Y te he creído, Juan. Todo lo malo que hiciste, de lo cual corrían rumores numerosos, tuvo que ocurrir en un momento de extravío, sin pensar, sin premeditación.

JUAN TONNESEN.

¿A qué aludes?

SEÑORITA BERNICK.

Seguramente, me entiendes... y no hablemos ya de ello. Tú tenías que marcharte, empezar otra vez... llevar vida nueva. ¿Sabes una cosa, Juan? He sido tu sustituta aquí; yo, tu antigua camarada de juegos. Aquellas obligaciones que tú no te acordabas de atender o que no podías atender, las he atendido yo por ti. Te digo esto para que no sientas ningún remordimiento. He servido de madre a la niña perjudicada; la he educado lo mejor que he podido.

JUAN TONNESEN.

Y has desperdiciado toda tu vida para eso...

SEÑORITA BERNICK.

No ha sido desperdiciada. Pero llegas tarde, Juan.

JUAN TONNESEN.

Marta... si yo pudiera decirte... ¡Vaya! déjame, al menos, darte las gracias por tu fiel amistad.

SEÑORITA BERNICK. (Con una sonrisa triste.)

Bueno, bueno; ya nos hemos explicado, Juan. ¡Chis!, viene alguien. Adiós; ahora no puedo... (Vase por la segunda puerta de la izquierda.)

(La SEÑORITA HESSEL entra por el jardín, seguida de la SEÑORA BERNICK.)

SEÑORA BERNICK. (Desde el jardín aún.)

¡Por Dios, Lona!, ¿qué proyectas?

SEÑORITA HESSEL.

Déjame, te digo; tengo que hablar con él.

SEÑORA BERNICK.

Pero eso sería el mayor escándalo. ¡Ah! Juan, ¿estás aquí todavía?

SEÑORITA HESSEL.

¡Hala, afuera, muchacho! No permanezcas en esta atmósfera del salón; vete al jardín a charlar con Dina.

JUAN TONNESEN.

Da la casualidad de que estaba pensando en ello.

SEÑORA BERNICK.

Pero...

SEÑORITA HESSEL.

Oye, Juan: ¿has reparado despacio en Dina?

JUAN TONNESEN.

Creo que sí.

SEÑORITA HESSEL.

Pues debías reparar más, muchacho. Es algo que te conviene.

SEÑORA BERNICK.

Pero, Lona...

JUAN TONNESEN.

¿Que me conviene?

SEÑORITA HESSEL.

Sí; mírala bien. Anda, vete.

JUAN TONNESEN.

Y me voy con mucho gusto. (Sale por el jardín.)

SEÑORA BERNICK.

Lona, me has dejado como petrificada. Es imposible que lo digas en serio.

SEÑORITA HESSEL.

¡Ya lo creo! ¿No es fuerte, sana y cabal? Es una mujer a propósito para Juan. Una mujer como ésa le hacía falta allí; eso es otra cosa que una vieja hermanastra.

SEÑORA BERNICK.

¡Dina, Dina Dorf! Pero reflexiona...

SEÑORITA HESSEL.

Antes que nada pienso en la felicidad del niño. Porque tengo que ayudarle; él, personalmente, no es muy decidido para esas cosas, y nunca tiene desenvoltura con las muchachas y las mujeres.

SEÑORA BERNICK.

¿Juan? Pues realmente hemos tenido pruebas lamentables de...

SEÑORITA HESSEL.

¡Al diablo con aquella historia es-



túpida! ¿Dónde está Bernick? Quiero hablar con él.

SEÑORA BERNICK.

Lona, no lo hagas, te repito.

SEÑORITA HESSEL.

Lo haré. Si al niño le agrada... y él a ella... va el uno a tener al otro. Bernick, que es un hombre tan listo, habrá de encontrar una fórmula...

SEÑORA BERNICK.

¿Te imaginas que esas inconveniencias americanas iban a soportarse aquí?...

SEÑORITA HESSEL.

¡Tonterías, Betty!...

SEÑORA BERNICK.

¿...que un hombre como Ricardo, con sus ideas severas y morales...?

SEÑORITA HESSEL.

No será tan severo.

SEÑORA BERNICK.

¿Qué te atreves a insinuar?

SEÑORITA HESSEL.

Me atrevo a insinuar que Bernick no será particularmente más severo que otros hombres.

SEÑORA BERNICK.

¿De modo que tu odio hacia él está todavía tan arraigado? ¿A qué has venido aquí, si jamás has podido olvidar que...? No concibo cómo te atreves a presentarte ante sus ojos, después de la ofensa infame que le inferiste aquella vez.

SEÑORITA HESSEL.

Sí, Betty; reconozco que me excedí con mucho.

SEÑORA BERNICK.

¡Y cuán generosamente te ha perdonado él, quien, no obstante, nunca había cometido mala acción alguna! Porque no era culpable de que tú abrigaras esperanzas. Pero desde entonces me has odiado a mí también. *(Rompe a llorar.)* Jamás te has resignado a mi felicidad. Y ahora vienes para volcar todo esto sobre mí..., para mostrar a la población en qué clase de familia se ha introducido Ricardo. Sí, seré yo quien pague las consecuencias, y eso quieros. ¡Oh, es abominable por tu parte! *(Vase llorando por la segunda puerta de la izquierda.)*

SEÑORITA HESSEL. *(La sigue con la mirada.)*

¡Pobre Betty!

*(BERNICK sale de su despacho.)*

BERNICK. *(A la puerta todavía.)*

Sí, sí; está bien, señor Krap, está muy bien. Envíe usted cuatrocientas coronas para socorro a los pobres. *(Al volverse.)* ¡Lona! ¿Estás sola? ¿No viene Betty?

SEÑORITA HESSEL.

No. ¿Quieres que la busque?

BERNICK.

No, no, no; déjala. ¡Oh, Lona!, no puedes figurarte el ansia que tenía de hablar claramente contigo..., de implorar tu perdón.

SEÑORITA HESSEL.

Oye, Ricardo; no nos pongamos sentimentales; no nos cuadra.

BERNICK.

Has de escucharme, Lona; no ignoro cómo se vuelven contra mí las apariencias. Ya estás enterada de aquello de la madre de Dina. Pero te juro que

fué sólo una locura de poca duración; no dudes de que te quise una vez sinceramente.

SEÑORITA HESSEL.

¿Por qué crees que he vuelto?

BERNICK.

Sea cual fuere la intención que traigas, te ruego que no inicies nada hasta que me haya justificado. Y puedo hacerlo. Lona; si no otra cosa, podré disculparme.

SEÑORITA HESSEL.

Ahora tienes miedo... Dices que hubo una época en que me querías. Sí, eso me aseguraste muy a menudo en tus cartas, y quizá fuese verdad; vi viste en un gran mundo emancipado que te inspiró valor para pensar libre y noblemente. Acaso encontraste en mí algo más de carácter, voluntad o independencia que en la mayoría de las muchachas de aquí. Y aparte de eso, fué un secreto entre nosotros; nadie podía mofarse de tu mal gusto.

BERNICK.

Lona, ¿cómo supones...?

SEÑORITA HESSEL.

Pero, cuando regresaste y viste todas las burlas que recaían sobre mí, cuando te percastaste de la risa que produjeron aquí lo que llamaban mis rarezas...

BERNICK.

Eras descomedida en aquella época.

SEÑORITA HESSEL.

Más que nada por hacer rabiar a todas las mojigatas que se pavoneaban por la ciudad. Y cuando entonces te encontraste con aquella actriz joven y atractiva...

BERNICK.

Eso fué un disparate juvenil, nada

más, te lo juro; ni la décima parte de aquellos rumores y chismorreos que corrían era verdad.

SEÑORITA HESSEL.

Pase; pero, cuando regresó Betty, tan guapa, tan floreciente, adorada por todos... y cuando se supo que heredaría ella el dinero de mi tía y yo no tendría nada...

BERNICK.

Eso no te lo niego, Lona, y voy a explicarme sin rodeos. Yo no quise a Betty entonces; no rompí contigo por ninguna inclinación nueva. Fué, sencillamente, por el dinero; me vi obligado a ello; debía asegurarme.

SEÑORITA HESSEL.

¿Y me lo dices así, en mi propia cara?

BERNICK.

Así lo hago. Oyeme, Lona...

SEÑORITA HESSEL.

Me escribiste alegando que se había apoderado de ti un amor irrefrenable hacia Betty, invocando mi magnanimidad, suplicando que por Betty callara lo que había existido entre nosotros.

BERNICK.

Estoy diciéndote que estaba obligado a hacerlo.

SEÑORITA HESSEL.

Hoy, bien lo sabe Dios, no me arrepiento de que en aquella ocasión me propasara según lo hice.

BERNICK.

Deja que te cuente con toda frialdad, con toda tranquilidad, lo que pasó en aquellos días. Como recordarás, mi madre estaba al frente del negocio; pero carecía de todo sentido mercantil. Fuí llamado precipitadamente de

París; los tiempos eran difíciles, y yo debía levantar todo aquello. ¿Y qué encontré? Lo que había de permanecer en el más profundo silencio: que la casa estaba arruinada. Sí, aquella vieja casa prestigiosa, que había existido durante tres generaciones, estaba materialmente arruinada. ¿Qué podía hacer yo, el hijo único, sino buscar un medio salvador?

SEÑORITA HESSEL.

Y a la sazón salvaste la casa Bernick a costa de una mujer.

BERNICK.

Sabes muy bien que Betty me quería.

SEÑORITA HESSEL.

Pero ¿y yo?

BERNICK.

Créeme, Lona: jamás hubieras sido feliz conmigo.

SEÑORITA HESSEL.

¿Fue en atención a mi felicidad por lo que me sacrificaste?

BERNICK.

¿Quizá opinas que obré por motivos egoístas? Si en aquella época me hubiera encontrado solo, habría vuelto a empezar con ánimo gallardo. Pero no concibes que un hombre de negocios está unido, bajo una desmesurada responsabilidad, con el negocio que ha heredado. ¿Sabes que el bienestar de centenares de personas depende de él? ¿No piensas cómo toda aquella sociedad, a la cual nos debíamos tú y yo, habría sido sensiblemente afectada si la casa Bernick pereciera?

SEÑORITA HESSEL.

¿Y asimismo por bien de la sociedad has vivido de la mentira durante estos quince años?

BERNICK.

¿De la mentira?

SEÑORITA HESSEL.

¿Qué sabe Betty de todo aquello que ocurrió antes y después de sus relaciones contigo?

BERNICK.

¿Puedes pensar que fuese a herirla inútilmente descubriendo tales cosas?

SEÑORITA HESSEL.

¿Inútilmente, dices? Sí, sí; tú eres un hombre de negocios, y por ende, sabes muy bien lo que es útil y lo que no lo es. Escúchame, Ricardo; ahora yo también quiero hablar con frialdad. Dime, ¿eres verdaderamente feliz?

BERNICK.

¿Quieres decir en mi hogar?

SEÑORITA HESSEL.

Eso es.

BERNICK.

Sí, Lona, lo soy. ¡Oh!... tu sacrificio y tu afecto no han resultado vanos. Me atrevo a afirmar que cada año que pasaba me sentía más dichoso. Betty es buena y sumisa. Y como en el transcurso del tiempo ha aprendido a amoldarse a mis costumbres...

SEÑORITA HESSEL.

¡Ah, vamos!

BERNICK.

Antes tenía una porción de nociones exaltadas sobre el amor, y no podía aceptar la idea de que paulatinamente se transformara éste en una apacible llama de amistad.

SEÑORITA HESSEL.

Pero ¿por fin se ha convencido de ello?

BERNICK.

En un todo. Comprenderás que la convivencia conmigo no ha cesado de ejercer sobre ella un influjo beneficioso. Los seres humanos deben aprender recíprocamente a disminuir sus exigencias, si quiere uno ser útil en la sociedad donde se encuentra. Betty ha aprendido a reconocer esto poco a poco, y por ello es nuestra casa hoy día un modelo para nuestros conciudadanos.

SEÑORITA HESSEL.

¿Y no saben esos conciudadanos nada de la mentira?

BERNICK.

¿De la mentira?

SEÑORITA HESSEL.

Sí, de la mentira, de la triple mentira. En primer lugar, la mentira contra mí; en segundo, la mentira contra Betty, y en tercero, la mentira contra Juan.

BERNICK.

Betty no me ha interrogado sobre el particular nunca.

SEÑORITA HESSEL.

Ella no sospechaba nada.

BERNICK.

No querrás tú aclararlo... por Betty, no querrás.

SEÑORITA HESSEL.

¡Oh, no! yo podré soportar las carcajadas; tengo mucho aguante.

BERNICK.

Y tampoco lo hará Juan; me lo ha prometido.

SEÑORITA HESSEL.

Pero ¿y tú mismo, Ricardo? ¿No hay algo en tu fuero interno que te exija salir de la mentira?

BERNICK.

¿Que voluntariamente sacrifique yo mi dicha de familia y mi posición en la sociedad?

SEÑORITA HESSEL.

¿Qué derecho tienes a estar donde estás?

BERNICK.

Durante quince años a diario he comprado un poco de ese derecho... con mi conducta, con lo que he trabajado y he fomentado.

SEÑORITA HESSEL.

Sí, has trabajado y has fomentado mucho, tanto para ti personalmente como para otros. Eres el hombre más rico y poderoso de la ciudad; ante tu voluntad no se atreven sino a humillarse. Porque te creen sin mancha ni defecto alguno; tu hogar pasa por un hogar modelo, y tu conducta, por una conducta intachable. Pero toda esta magnificencia, y tú inclusive, os encontráis como sobre un terreno movedizo. Puede llegar un momento, puede pronunciarse una palabra... y tanto tú como toda esa magnificencia iríais al fondo, si no te salvas a tiempo.

BERNICK.

Lona... ¿qué es lo que quieres?

SEÑORITA HESSEL.

Quiero ayudarte a encontrar tierra firme bajo tus pies, Ricardo.

BERNICK.

¡Venganza! ¿Quieres vengarte? Me lo temía. Pero no lo conseguirás. Aquí sólo hay uno que pueda hablar con autoridad, y ése no hablará.

SEÑORITA HESSEL.

¿Juan?

BERNICK.

¡Sí, Juan. Si algún otro intenta acusarme, negaré todo. Si intentan aniquilarme, lucharé como si me fuese en ello la existencia. ¡Jamás, lo lograrás, te repito! El que podía derrumbarme, se calla... y volverá a marcharse.

(*Entran por la derecha los señores RUMMEL y VIGELAND.*)

RUMMEL.

Buenos días, buenos días, querido Bernick; vas a acompañarnos al Círculo de Comercio; ya sabes que tenemos una reunión para tratar del asunto del ferrocarril.

BERNICK.

No puedo; ahora me es completamente imposible.

VIGELAND.

Es necesario en absoluto que venga, señor cónsul...

RUMMEL.

Tienes que venir, Bernick. Hay gente que trabaja en contra nuestra. El periodista Hammer y los otros partidarios del ferrocarril costero insisten en que se oculten intereses particulares tras la nueva propuesta.

BERNICK.

Pues entonces habrá que explicarles...

VIGELAND.

No servirá para nada lo que expliquemos, señor cónsul.

RUMMEL.

Tienes que venir en persona: de ti nadie se atreve a sospechar nada semejante, como es natural.

SEÑORITA HESSEL.

¿Qué duda cabe!

BERNICK.

No puedo, os digo; no me encuentro bien... En todo caso, aguardad... dejadme reponerme.

(*Entra RORLUND por la derecha.*)

RORLUND.

Buenos días, señor cónsul; vengo excitadísimo...

BERNICK.

¿Qué le pasa?

RORLUND.

He de hacerle una pregunta, señor cónsul. La muchacha que usted acogió bajo su techo, ¿se pasea con su consentimiento en compañía del individuo que...?

SEÑORITA HESSEL.

¿Qué individuo, señor pastor?

RORLUND.

Con el individuo de quien, entre todas las personas del mundo, debía ser mantenida lo más lejos posible.

SEÑORITA HESSEL.

¡Ah!

RORLUND.

¿Es con su consentimiento, señor cónsul?

BERNICK. (*Buscando sus guantes y el sombrero.*)

Yo no estoy enterado de nada. Disculpeme; tengo prisa, he de ir al Círculo del Comercio.

HILMAR TONNESEN. (*Viene del jardín y se dirige hacia la segunda puerta de la izquierda.*)

¡Betty, Betty! oye, ven.

SEÑORA BERNICK. (*A la puerta.*)

¿Qué ocurre?

HILMAR TONNESEN.

Debes bajar al jardín para poner término a la corte que ese sujeto se permite hacer a Dina Dorf. Me ha atacado a los nervios.

SEÑORITA HESSEL.

¿Esas tenemos? Pues ¿qué ha dicho el sujeto en cuestión?

HILMAR TONNESEN.

¡Casi nada! ¡Que quiere llevársela a América con él! ¡Uf! ¡Vaya, vaya!

RORLUND.

¿Cómo se entiende?

SEÑORA BERNICK.

¿Qué me cuentas?

SEÑORITA HESSEL.

En realidad, sería delicioso.

BERNICK.

¡Imposible! No habrás oído bien.

HILMAR TONNESEN.

Pregúntaselo a él mismo. Ahí viene la pareja. Pero no me metáis en nada de esto, ¿eh?

BERNICK. (*A RUMMEL y VIGELAND*)

Voy dentro de un momento.

(*RUMMEL y VIGELAND vanse por la derecha. JUAN TONNESEN y DINA llegan del jardín.*)

JUAN TONNESEN.

¡Hurra! ¡Dina viene con nosotros!

SEÑORA BERNICK.

Pero, Juan, ¡qué locura!

RORLUND.

¡Lo veo y no lo creo! Esto es un escándalo incalificable. ¿Qué medios de seducción ha...?

JUAN TONNESEN.

¡Mida sus expresiones, amigo! ¿Qué está usted hablando?

RORLUND.

Respóndame, Dina. ¿Es ésa su intención?... ¿Lo hace por su gusto?

DINA.

Necesito marcharme de aquí.

RORLUND.

Pero con él... ¡con él!

DINA.

Nómbreme a algún otro que tenga la valentía de llevarme.

RORLUND.

Bien; ahora va usted a saber quién es él.

JUAN TONNESEN.

No abra la boca.

BERNICK.

¡Ni una palabra más!

RORLUND.

Entonces serviría muy mal a la sociedad, cuya moral y cuyas costumbres tengo la misión de custodiar, e inexcusablemente obraría contra esta joven, en cuya educación también he tomado parte importante, y que me es...

JUAN TONNESEN.

¡Cuidado!

RORLUND.

¡Tiene que saberlo! Dina, este hombre es el que causó la desgracia y la vergüenza de la madre de usted.

BERNICK.

¡Señor vicario!



DINA.  
¡Eh! (A JUAN TONNESEN.) ¿Es eso verdad?

JUAN TONNESEN.  
Contesta tú, Ricardo.

BERNICK.  
¡Insisto en que ni una palabra más! Hoy se impone callar.

DINA.  
Así, pues, era verdad...

RORLUND.  
Verdad, verdad. Y aún hay algo: este individuo, en quien confía usted, no se escapó con las manos vacías... sino llevándose la caja de la señora viuda de Bernick... ¡El señor cónsul puede atestiguarlo!

SEÑORITA HESSEL.  
¡Mentira!

BERNICK.  
¡Oh!

SEÑORA BERNICK.  
¡Dios mío, Dios mío!

JUAN TONNESEN. (Yendo hacia RORLUND con el brazo levantado.)  
¿Y osa usted...?

SEÑORITA HESSEL. (Aplacándole.)  
¡No le pegues, Juan!

RORLUND.  
Sí, póngame la mano encima. Pero la verdad tiene que abrirse paso, y ésa

es la verdad; el mismo cónsul Bernick lo ha dicho, y toda la población lo sabe... ¡Ea! Dina, ya le conoce usted. (Breve pausa.)

JUAN TONNESEN. (Tomando del brazo a BERNICK.)  
¡Ay, Ricardo! ¿qué has hecho?

SEÑORA BERNICK. (En voz baja, llorando.)  
¡Oh, Ricardo! ¡Y pensar que he sido yo quien te ha manchado con esta vergüenza!

SANDSTAD. (Entra precipitadamente por la derecha, y grita, con la mano en el picaporte.)  
Ya sí que tiene usted que venir, señor cónsul. Todo el asunto del ferrocarril está pendiente de un hilo.

BERNICK. (Distraído.)  
¡Cómo! ¿Qué tengo yo que...?

SEÑORITA HESSEL. (Seria y acentuando las palabras.)  
Tienes que ir a defender tu sociedad, cuñado.

SANDSTAD.  
¡Sí, venga, venga! Nos hace falta toda su influencia moral.

JUAN TONNESEN. (Cerca de él.)  
Bernick, mañana hablaremos. (Vase por el jardín.)  
(BERNICK, como un somnámbulo, sale por la derecha con SANDSTAD.)

## ACTO TERCERO

La misma decoración de los actos primero y segundo.

El CÓNsul BERNICK, agitadoísimo y con un bastón en la mano, sale de la segunda pieza del lateral izquierdo y deja tras sí la puerta entrecierrada.

BERNICK.  
¡Ya está! Esta vez ha sido en serio; de esta escapatoria no se olvidará tan pronto. (A alguien que hay dentro de la habitación.) ¿Qué dices? Pues yo digo que eres una madre imprudente. Le disculpas, te pones en connivencia con él para todas sus bribonadas... ¿Que no son bribonadas? ¿Cómo las llamas, entonces? Abandonar la casa a hurtadillas por la noche, salir a altar mar en un pesquero y no aparecer hasta bien entrado el día, dándome un gran susto, ¡a mí, que ya tengo tantas preocupaciones! ¡Y encima ese pillastre se atreve a amenazarme con que se fugará! ¡Que lo intente!... ¿Tú? Lo creo sin esfuerzo; harto poco te ocupas de su bienestar. Estoy seguro de que, aunque peligrara su vida... ¡Cómo! ¿Sí? Pues a mí no me conviene quedarme sin hijo... Nada de objeciones, Betty; será como he dicho: le he castigado a no salir... (Escuchando.) ¡Chis! No quiero que se entere nadie de nada.

(Aparece KRAP por la derecha.)

KRAP.  
¿Tiene usted un momento libre, señor cónsul?

BERNICK. (Tira el bastón.)  
Sí, claro... ¿Viene usted del astillero?

KRAP.  
He estado allí ahora mismo.

BERNICK.  
¿Y qué? ¿Cómo va el *Palmetraet*?

KRAP.  
El *Palmetraet* podrá salir mañana; pero...

BERNICK.  
¿De modo que el *Indian Girl*...? Me lo suponía; ese testarudo...

KRAP.  
El *Indian Girl* también podrá salir mañana; pero... seguramente, no llegará lejos.

BERNICK.  
¿Qué quiere usted decir?

KRAP.  
Perdón, señor cónsul; esa puerta está entrecierrada, y creo que hay alguien detrás.

BERNICK. (Cierra la puerta.)  
No tenga ya cuidado. ¿Qué pasa para que no deba oírlo nadie?

KRAP.  
Pues pasa que Aune, por lo visto, tiene intención de hacer naufragar el *Indian Girl*, con hombres y ratones.

BERNICK.  
Pero, en suma, ¿cómo puede usted creer...?

KRAP.  
No llevo a explicármelo de otra manera, señor cónsul.

BERNICK.  
Vamos, dígame en pocas palabras...

KRAP.  
Verá. Usted mismo está al tanto de

lo despacio que va todo en el astillero desde que adquirimos las máquinas, puesto que los obreros recientes carecen de experiencia.

BERNICK.  
Sí, sí...

KRAP.

Esta mañana, al llegar allí, he notado que las reparaciones en el americano estaban extraordinariamente adelantadas; el agujero grande del fondo... ya sabe, el sitio aquel, tan podrido...

BERNICK.  
Sí, sí. ¿Qué hay?

KRAP.

Pues que está todo arreglado... en apariencia, al menos, y la cubierta parecía nueva. Me dijeron que Aune en persona había trabajado durante toda la noche con ellos.

BERNICK.  
Bien. ¿Y qué más?

KRAP.

Los obreros descansaban y entonces aproveché la ocasión para mirar un poco por fuera y por dentro; me costó mucho trabajo bajar hasta la cala, ya que el barco está cargado. Existen anomalías, señor cónsul.

BERNICK.

No puedo creerle, señor Krap. No puedo, no quiero creer una cosa así de Aune.

KRAP.

Lo lamento..., pero es la pura verdad. Repito que existen anomalías: a mi juicio, no se ha empleado ninguna viga nueva; sólo han tapado, han dado una capa de brea y han puesto unas lonas o algo por el estilo. ¡Cha-

puzas! El *Indian Girl* jamás llegará a Nueva York; se irá al fondo como un puchero cascado.

BERNICK.

¡Esto es terrible! ¿Qué intención cree usted que pueda abrigar?

KRAP.

Probablemente, querrá desacreditar las máquinas, querrá vengarse, querrá que vuelva el antiguo equipo de obreros.

BERNICK.

¿Y sacrificará quizá con ese fin tantas vidas humanas?

KRAP.

Hace poco afirmó que a bordo del *Indian Girl* no van seres humanos, sino monstruos.

BERNICK.

No digo lo contrario; pero ¿no respeta el cuantioso capital que se va a perder?

KRAP.

Aune no siente mucha simpatía por los capitales cuantiosos, señor cónsul.

BERNICK.

En efecto, es un instigador, un agitador. Pero una acción tan desalmada... Oiga, señor Krap: sobre este asunto hay que indagar de nuevo. Ni una palabra a nadie. Nuestro astillero estaría comprometido, si se hiciera pública una cosa así.

KRAP.

Comprendido; pero...

BERNICK.

Durante el descanso, a mediodía, debe usted ingeniarse para bajar otra vez; necesito tener la seguridad absoluta de que...

KRAP.

La tendrá usted, señor cónsul; pero permítame que le pregunte qué se propone.

BERNICK.

Denunciarlo, naturalmente. Nosotros no podemos hacernos cómplices de un efectivo crimen. Necesito tener mi conciencia tranquila. Además, causará una buena impresión en la prensa y en la sociedad entera, cuando vean que prescindiendo de todo interés personal, dejando a la justicia seguir su curso.

KRAP.

Exacto, señor cónsul.

BERNICK.

Ante todo, completa seguridad. Y hasta entonces... ¡silencio!

KRAP.

Ni una palabra, señor cónsul; y tenga la certeza de que lo haré a conciencia. *(Baja al jardín, y sale a la calle.)*

BERNICK. *(Murmurando.)*

¡Qué horror! Pero no, eso ha de ser mentira.

*(En el instante de dirigirse a su despacho, aparece HILMAR TONNESEN por la derecha.)*

HILMAR TONNESEN.

Buenos días, Bernick. Te felicito por tu triunfo de ayer en el Círculo del Comercio.

BERNICK.

Gracias.

HILMAR TONNESEN.

Según he oído, fué una victoria brillante, la victoria de la burguesía inteligente sobre el egoísmo y los prejuicios... Casi como una *razia* francesa contra las cabilas. Es extraño que después de los incidentes desagradables que han ocurrido aquí...

BERNICK.

¡Vaya! dejemos eso.

HILMAR TONNESEN.

Pero todavía no se ha reñido la batalla final.

BERNICK.

¿Te refieres al asunto del ferrocarril?

HILMAR TONNESEN.

Sí, pues supongo que estarás enterado de lo que prepara el periodista Hammer.

BERNICK. *(Intrigado.)*

No. ¿Qué es?

HILMAR TONNESEN.

Ha prestado mucha atención a los rumores que circulan, y quiere publicar un artículo acerca de ellos.

BERNICK.

¿Qué rumores?

HILMAR TONNESEN.

Sobre las importantes compras de terreno a lo largo del ferrocarril, por supuesto.

BERNICK.

¿Qué dices? ¿Corren rumores respecto a eso?

HILMAR TONNESEN.

Sí; la población entera lo sabe. Yo me enteré al pasar por el club. Uno de nuestros procuradores debe de haber comprado todos los bosques, todos los yacimientos minerales, todos los saltos de agua, en secreto y por comisión.

BERNICK.

¿Y no se dice por cuenta de quién?

HILMAR TONNESEN.

En el club se suponía que sería por

la de una empresa forastera, la cual se habría enterado de tus propósitos y se habría precipitado antes que subieran los precios de las propiedades. ¡Qué odioso!

BERNICK.  
¿Odioso?

HILMAR TONNESEN.

¡Sí, lo es que los forasteros se apoderen hasta tal punto de nuestros terrenos. ¡Y que uno de los procuradores de la propia ciudad pueda prestarse a tales manejos! Así ahora se quedará gente forastera con el provecho.

BERNICK.

Hasta hoy sólo se trata de rumores.

HILMAR TONNESEN.

No obstante, se cree que mañana o pasado el periodista Hammer lo afirmará como un hecho. Todos están indignados. He oído a muchos decir que, si esos rumores son verdad, se borrarán de las listas de accionistas.

BERNICK.

¡Imposible!

HILMAR TONNESEN.

¡Ah! ¿sí? ¿Por qué te figuras que esos espíritus de tenderos estaban tan dispuestos a entrar en la empresa? ¿No crees que habían olfateado que...?

BERNICK.

Digo que es imposible; en nuestra sociedad hay todavía suficiente sentido común para...

HILMAR TONNESEN.

¿Aquí? Como eres optimista, juzgas a los demás según tú mismo. Pero yo, como espectador de bastante experiencia... Aquí no hay nadie bueno, a excepción de dos que nos tocan de cer-

ca... Nadie, te repito, enarbola la bandera del ideal. (*Se dirige al foro.*) ¡Uf! ahí vienen.

BERNICK.  
¿Quiénes?

HILMAR TONNESEN.

Los dos americanos. (*Mirando hacia la derecha.*) ¿Con quién hablan? ¡Válgame Dios! Con el capitán del *Indian Girl*. ¡Vaya, vaya!

BERNICK.

¿Qué querrán de ese hombre?

HILMAR TONNESEN.

¡Oh! es una compañía muy adecuada. Según dicen, ha sido pirata y se ha dedicado al tráfico de esclavos. ¡Quién sabe a qué se habrán dedicado los otros durante todos estos años!...

BERNICK.

Me parece muy injusto pensar así de ellos.

HILMAR TONNESEN.

Para eso eres optimista. En seguida los tendremos encima, sin duda; por tanto, yo me retiro a tiempo... (*Se encamina hacia la izquierda.*)

SEÑORITA HESSEL. (*Entrando por la derecha.*)

Hola, Hilmar. ¿Soy yo quien te espanta?

HILMAR TONNESEN.

De ningún modo. Tenía mucha prisa; quería hablar unas palabras con Betty. (*Pasa a la segunda habitación de la izquierda.*)

BERNICK. (*Tras de corta pausa.*)

Bueno, Lona...

SEÑORITA HESSEL.

¿Qué?

BERNICK.

¿Qué piensas de mí hoy?

SEÑORITA HESSEL.

Lo que ayer, mentira más o menos...

BERNICK.

Quiero sincerarme... ¿Adónde ha ido Juan?

SEÑORITA HESSEL.

Vendrá luego. Tenía que hablar algo con uno.

BERNICK.

Después de lo que oíste ayer, comprenderás que toda mi existencia quedaría destrozada para siempre si sale la verdad a relucir.

SEÑORITA HESSEL.

Lo concibo.

BERNICK.

Ya te figurarás que yo no iba a hacerme culpable del delito sobre el cual han corrido aquí chismes.

SEÑORITA HESSEL.

Eso se comprende desde luego; pero ¿quién fué el ladrón?

BERNICK.

No había ningún ladrón. No desapareció ningún dinero, ni una corona siquiera.

SEÑORITA HESSEL.

¡Cómo!

BERNICK.

Ni una corona, te digo.

SEÑORITA HESSEL.

Pero ¿y los chismes? ¿Cómo ha surgido ese rumor tan infame de que Juan...?

BERNICK.

Lona, entiendo que contigo puedo hablar como con nadie; no quiero ocultarte nada. Yo tengo algo de culpa de que cundiera esa especie.

SEÑORITA HESSEL.

¿Y no vacilaste en hacer semejante cosa contra él, que por ti...?

BERNICK.

No debes juzgar sin tener en cuenta la situación en aquellos días. Te lo conté ayer. Regresé, encontrando a mi madre complicada en unas cuantas empresas imprudentes, y además acontecieron incidencias de todo género. Fué, ni más ni menos, como si se hubieran desencadenado sobre nosotros todas las furias del averno. Nuestra casa estaba casi en la ruina. Aunque algo frívolo, acabé por desesperarme. Lona, creo que por distraerme de mis pensamientos me enzarzaron en aquellas relaciones que indujeron a Juan a marcharse.

SEÑORITA HESSEL.

¿Sí?

BERNICK.

Ya puedes deducir la clase de cotreos que se propalaron por la ciudad cuando te fuiste con Juan. "No es su primera calaverada. Dorf había recibido una suma considerable para callarse y marcharse", se decía. Otros insistían en que la había recibido ella. Al mismo tiempo iba averiguándose que nuestra casa tenía dificultades para cumplir sus compromisos. ¡Qué cosa más natural que los chismosos conectaran esos dos rumores! Cuando ella se quedó aquí, insistían en que él se había llevado el dinero a América, y los infundios aumentaron cada vez más la suma.

SEÑORITA HESSEL.

¿Y tú, Ricardo...?



BERNICK.

Yo me así a esos infundios como a una tabla de salvación.

SEÑORITA HESSEL.

¿Los propagaste aún?

BERNICK.

Me limitaba a no desmentirlos. Nuestros acreedores habían empezado a amenazarnos; se imponía apaciguarlos. A la sazón lo importante era que no desconfiaran de la estabilidad de nuestra casa: nos había sobrevenido una desgracia momentánea; no debían precipitarse, pues cada uno obtendría lo suyo.

SEÑORITA HESSEL.

¿Pagaste a todos?

BERNICK.

Sí, Lona; esa calumnia salvó nuestra casa y me convirtió en el hombre que soy hoy día.

SEÑORITA HESSEL.

¿De suerte que debes tu posición actual a una mentira?

BERNICK.

Entonces no perjudicaba a nadie; Juan había partido con propósito de no volver nunca.

SEÑORITA HESSEL.

¿Crees eso? Examina tu conciencia, y dime si no te ha reprochado algo.

BERNICK.

Cualquier hombre que examine su conciencia, siempre encontrará un punto negro que es menester ocultar.

SEÑORITA HESSEL.

¿Y sois vosotros los que os llamáis columnas de la sociedad?

BERNICK.

La sociedad no cuenta con otras mejores.

SEÑORITA HESSEL.

¿Qué importancia puede tener que se sostenga o no una sociedad así? ¿Qué es aquí lo principal? La apariencia, la mentira... y nada más. Aquí vives tú, el hombre más importante de la ciudad, con abundancia y alegría, con poder y honor; tú, que imprimiste la marca de la delincuencia sobre un inocente.

BERNICK.

¿Crees que no deploro con toda mi alma el perjuicio que le he causado? ¿Crees que no estoy dispuesto a remediarlo?

SEÑORITA HESSEL.

¿Cómo? ¿Declarando?

BERNICK.

¿Serías capaz de exigir eso?

SEÑORITA HESSEL.

¿Qué otro medio hay de enmendar tamaña injusticia?

BERNICK.

Soy rico, Lona. Juan puede pedirme lo que quiera...

SEÑORITA HESSEL.

Ofrécele dinero, y verás cómo te contesta.

BERNICK.

¿Conoces sus proyectos?

SEÑORITA HESSEL.

No. Desde ayer permanece callado. Es como si todo esto le hubiera convertido de repente en un hombre mayor.

BERNICK.

Debo hablarle.

SEÑORITA HESSEL.

Ahí le tienes.  
(JUAN TONNESEN entra por la derecha.)

BERNICK. (Se encara con él.)

Juan...

JUAN TONNESEN. (Atajándole.)

Primeramente, yo. Ayer por la mañana te di mi promesa de callar.

BERNICK.

Sí, me la diste.

JUAN TONNESEN.

Pero aún no sabía...

BERNICK.

Juan, déjame explicarte en dos palabras lo ocurrido...

JUAN TONNESEN.

Es inútil; lo adivino perfectamente. La casa se hallaba en una situación difícil; yo estaba fuera, y tú disponías de un nombre y una reputación sin tacha... Bien; no te lo censuro: en aquellos tiempos éramos jóvenes y ligeros. Pero ahora necesito la verdad, y se impone que hables.

BERNICK.

¡Justamente ahora se me hace indispensable la estimación moral de todos! No, no puedo hablar.

JUAN TONNESEN.

No me duelen apenas las infamias que has puesto en circulación respecto a mí; es por lo otro por lo que tú mismo tienes que cargar con la culpa. Dina va a ser mi mujer, y aquí, en la ciudad, quiero vivir, habitar y afincarme con ella.

SEÑORITA HESSEL.

¿Quieres eso?

BERNICK.

¿Con Dina! ¿Como tu mujer? ¿Aquí en la ciudad?

JUAN TONNESEN.

Sí, precisamente aquí; quiero que-

darme para afrontar a todos los embusteros y difamadores. Pero, para que pueda ganarla, se requiere que tú me libertes.

BERNICK.

¿Has tomado en consideración que, si admito lo uno, cargo con lo otro a la vez? Tú dirás que por medio de nuestros libros cabe comprobar que no ha existido fraude alguno. Pero no puedo hacer eso; nuestros libros no se llevaban tan rigurosamente entonces. Y aun suponiendo que pudiera hacerlo, ¿qué se conseguiría con ello? En todo caso, ¿no se me consideraría como el hombre que en cierta ocasión se salvó merced a una mentira, y que durante quince años había permitido que cristalizara esa mentira, sin dar un paso en contra? Tú no conoces ya nuestra sociedad; porque, de conocerla, sabrías que así me aniquilaría sin remedio.

JUAN TONNESEN.

Lo único que sé decirte es que quiero casarme con la hija de la señora Dorf, y que voy a vivir con ella aquí, en la ciudad.

BERNICK. (Secándose el sudor de la frente.)

Escúchame, Juan... y tú también, Lona. Me habéis sorprendido en circunstancias excepcionales. Mi situación es tan delicada, que, si me denunciáis, me perdéis, y conmigo se pierde el magnífico porvenir de la sociedad a la cual, a pesar de todo, pertenecéis por derecho de clase.

JUAN TONNESEN.

Y si no te denuncio, pierdo toda la felicidad de mi existencia.

SEÑORITA HESSEL.

Prosigue, Ricardo.

BERNICK.

Escuchad. Todo depende del asunto del ferrocarril, y no es tan sencillo como os figuráis. De seguro, habréis oído que el año pasado se habló de una línea costera. Esa idea tuvo muchos e influyentes partidarios en la ciudad y en los alrededores. Sobre todo en la prensa; pero pude impedirlo, porque habría perjudicado nuestro tráfico de vapores por la costa.

SEÑORITA HESSEL.

¿Estás tú personalmente interesado en este tráfico de vapores?

BERNICK.

Sí; pero nadie se atrevía a sospechar de mí a ese respecto: mi nombre me servía de escudo, aparte de que yo podría haber soportado la pérdida. Por bien de la ciudad, no cedí, y decidí emprender la línea interior. Hecho esto, me enteré clandestinamente de que existían probabilidades de éxito para la construcción de un apartadero hasta aquí.

SEÑORITA HESSEL.

¿Y por qué clandestinamente, Ricardo?

BERNICK.

¿Habéis oído hablar de los grandes acaparamientos de bosques, minas y saltos de agua?...

JUAN TONNESEN.

Sí; se dice que es una empresa forastera...

BERNICK.

Conforme están esas propiedades no valen nada para sus propietarios, y por eso se han vendido relativamente baratas. Si hubiera aguardado uno hasta que llegara el tendido de la vía interior, los propietarios habrían exigido precios exorbitantes.

SEÑORITA HESSEL.

Bien, bien; ¿qué más?

BERNICK.

Ahora viene lo que se puede interpretar de diferentes maneras..., aquello de que un hombre de nuestra sociedad sólo consigue encumbrarse cuando puede servirle de apoyo un nombre sin tacha y acreditado.

SEÑORITA HESSEL.

Continúa.

BERNICK.

Soy yo quien ha acaparado todo.

JUAN TONNESEN.

¿Por cuenta propia?

BERNICK.

Por cuenta propia. Si llega a construirse el apartadero, seré millonario; en caso contrario, estaré arruinado.

SEÑORITA HESSEL.

Eso es atrevido, Ricardo.

BERNICK.

Me juego en ello toda mi fortuna.

SEÑORITA HESSEL.

No pienso en la fortuna, sino en que, como se descubra que...

BERNICK.

Esa es la cuestión. Con el nombre sin tacha que hasta ahora he llevado, puedo cargar este asunto sobre mis hombros, aceptar la responsabilidad y decir a mis conciudadanos: "Mirad; todo esto lo he arriesgado por el bien de la sociedad."

SEÑORITA HESSEL.

¿De la sociedad?

BERNICK.

Sí, y ninguno dudará de mis propósitos.

SEÑORITA HESSEL.

Aquí hay hombres que hubieran obrado más francamente que tú, sin segundas intenciones, sin consideraciones particulares.

BERNICK.

¿Quiénes?

SEÑORITA HESSEL.

Rummel, Sandstad y Vigeland, por ejemplo.

BERNICK.

Para convencerlos me he visto obligado a hacerles coparticipes en el asunto.

SEÑORITA HESSEL.

¿Y se han avenido?

BERNICK.

Han estipulado una quinta parte del beneficio para distribuirla entre ellos.

SEÑORITA HESSEL.

¡Oh, las columnas de la sociedad!

BERNICK.

¿No es acaso la misma sociedad la que nos obliga a tomar esos caminos tortuosos? ¿Qué habría sucedido si yo no hubiera obrado en silencio? Todos se habrían arrojado de cabeza a la empresa, repartiéndolo, esparciéndolo, embarullándolo y estropeándolo todo. De no ser yo, en esta ciudad no hay ni un solo hombre que sepa dirigir una empresa de tal envergadura; aquí los únicos que tienen aptitudes para los grandes negocios son las familias de los inmigrantes, y por eso mismo me absuelve mi conciencia. Solamente en mis manos pueden esas propiedades llegar a ser una bendición duradera para infinitos seres a quienes procurará el pan de cada día.

SEÑORITA HESSEL.

En eso creo que tienes razón, Ricardo.

JUAN TONNESEN.

Pero yo no conozco a esas gentes, y está en peligro la felicidad de mi vida.

BERNICK.

También peligra el bienestar de tu hogar natal. En caso de que sean reveladas cosas que puedan echar una sombra sobre mi pasado, todos mis adversarios se lanzarían sobre mí uniendo sus fuerzas. En nuestra sociedad un desatino de la juventud no se borra jamás. Escrutarán toda mi vida intermedia, recordando miles de pequeños acontecimientos, considerándolos y descifrándolos a la claridad de aquellos sobre los cuales se ha hecho luz. Me aplastarán bajo el peso de chismes y calumnias. Tendré que retirarme del negocio ferroviario; pero, si deo de mi mano eso, se derrumbará, y yo, entre tanto, me vería arruinado, socialmente muerto.

SEÑORITA HESSEL.

Juan, después de lo que acabas de oír, debes marcharte y callarte.

BERNICK.

Sí, sí, Juan; debes hacerlo.

JUAN TONNESEN.

¡Sea! Me marchó y me callo; pero volveré y hablaré entonces.

BERNICK.

Quédate allí, Juan; estoy dispuesto a repartir contigo...

JUAN TONNESEN.

Guárdate tu dinero; pero devuélveme mi nombre y mi reputación.

BERNICK.

¿Sacrificando los míos?

JUAN TONNESEN.

Arreglaos como podáis tú y tu sociedad. Quiero y debo ganar a Dina.

Por eso me marcharé mañana mismo en el *Indian Girl*.

BERNICK.  
¿En el *Indian Girl*?

JUAN TONNESEN.  
Sí; el capitán me ha prometido llevarme. Me marcharé, pues; venderé mi granja y liquidaré mis asuntos. Dentro de dos meses habré vuelto.

BERNICK.  
¿Y entonces hablarás?

JUAN TONNESEN.  
Entonces cargará el culpable con la culpa.

BERNICK.  
¿Te olvidas de que entonces también tendré que cargar asimismo con aquello de que no soy culpable?

JUAN TONNESEN.  
¿Quién es el que hace quince años se aprovechó de unos rumores infames?

BERNICK.  
¡Me llevas a la desesperación! Si hablas, lo negaré todo. Diré que es un complot contra mí, una venganza, y que has venido para estafarme.

SEÑORITA HESSEL.  
¿No te da vergüenza, Ricardo?

BERNICK.  
¡Estoy desesperado, y lucho por la vida! ¡Lo negaré todo, todo!

JUAN TONNESEN.  
Tengo tus dos cartas. Las encontré en mi maleta entre otros papeles. Esta mañana las he repasado, y resultan suficientemente claras.

BERNICK.  
¿Piensas presentarlas?

JUAN TONNESEN.  
Si me veo obligado, sí.

BERNICK.  
¿Y estarás de regreso aquí dentro de dos meses?

JUAN TONNESEN.  
Así lo espero, de ser favorable el viento. Dentro de tres semanas estaré en Nueva York... si no se hunde el *Indian Girl*.

BERNICK. (*Asombrado.*)  
¿Hundirse? ¿Y por qué iba a hundirse el *Indian Girl*?

JUAN TONNESEN.  
Eso digo yo.

BERNICK. (*Con voz apenas perceptible.*)  
¡Hundirse!...

JUAN TONNESEN.  
¡Ea, Bernick! ya sabes lo que te espera; procura solucionarlo mientras. Adiós. Puedes dar recuerdos a Betty, aun cuando no me ha recibido como una hermana. Deseo ver a Marta, sin embargo. Ella debe decir a Dina..., debe prometerme... (*Vase por la segunda puerta de la izquierda.*)

BERNICK. (*Entre dientes.*)  
¿El *Indian Girl*...? (*Apremiante.*) Lo-  
na, tienes que evitarlo.

SEÑORITA HESSEL.  
Tú mismo has visto cómo ya no ejerzo ningún poder sobre él. (*Sale detrás de JUAN por la habitación de la izquierda.*)

BERNICK. (*Pensativo e intranquilo.*)  
¡Hundirse!...  
(*Entra AUNE por la derecha.*)

AUNE.  
Con permiso. ¿Puede atenderme el señor cónsul?

BERNICK. (*Se vuelve, encolerizado.*)  
¿Qué quiere usted?

AUNE.  
Preguntar al señor cónsul si puedo hacerle una consulta.

BERNICK.  
Vamos, dése prisa. ¿Qué va a consultarme?

AUNE.  
Quería confirmar si sigue en pie..., firmemente en pie... lo de que seré despedido del astillero en caso de que el *Indian Girl* no pueda salir mañana.

BERNICK.  
Pues ¿qué pasa ahora? ¿No está listo el barco?

AUNE.  
Sí..., eso es verdad. Pero, si no lo estuviera, ¿sería yo despedido?

BERNICK.  
¿A cuento de qué viene tanta pregunta inútil?

AUNE.  
He de saberlo, señor cónsul. Respóndame: ¿sería despedido?

BERNICK.  
¡Hombre! Creo que siempre he cumplido mi palabra.

AUNE.  
De modo que mañana habría perdido mi posición en el astillero, en mi propia casa, y entre los que me rodean... habría perdido mi influencia en el círculo de los obreros..., perdería inclusive toda coyuntura de hacer el bien entre los humildes de la sociedad.

BERNICK.  
Auné, no hay más que hablar de ese asunto.

AUNE.  
Bueno; siendo así, el *Indian Girl* saldrá. (*Breve pausa.*)

BERNICK.  
Oiga: yo no puedo tener mis ojos en todas partes; no puedo ser responsable de todo... Supongo que me garantizará usted que la reparación se ha llevado a cabo a conciencia.

AUNE.  
Me dió usted un plazo muy corto, señor cónsul.

BERNICK.  
Pero ¿asegura usted que la reparación es perfecta?

AUNE.  
Estamos en verano y hace buen tiempo. (*Otra pausa breve.*)

BERNICK.  
¿Tiene usted algo más que decirme?

AUNE.  
Nada más, señor cónsul.

BERNICK.  
¿Conque saldrá mañana el *Indian Girl*?

AUNE.  
¿Mañana?

BERNICK.  
Sí.

AUNE.  
De acuerdo. (*Saluda y vase.*)  
(*BERNICK se queda un momento indeciso. Luego se dirige con resolución hacia la puerta por donde acaba de salir AUNE, como queriendo llamarle; pero se detiene, intranquilo, con la mano sobre el picaporte. En este momento se abre la puerta desde fuera y entra KRAP.*)



KRAP.  
¡Ah! ¿Estaba aquí? ¿Confiesa?

BERNICK.  
¿Ha descubierto algo más?

KRAP.  
Ni hay para qué. ¿No vió usted cómo le asomaba por los ojos la mala intención?

BERNICK.  
¡Bah! esas cosas no se ven. Dígame de una vez si ha descubierto algo.

KRAP.  
Me ha sido imposible; he llegado demasiado tarde: estaban ya sacando el barco del dique. Pero esa misma precipitación demuestra a las claras que...

BERNICK.  
No demuestra nada. ¿De manera que ha tenido lugar la inspección?

KRAP.  
Efectivamente; pero...

BERNICK.  
¿Lo ve usted? Y como es lógico, ¿no han encontrado motivo de queja?

KRAP.  
Señor cónsul, de sobra sabe usted cómo se hacen esas inspecciones, máxime en un astillero de la reputación del nuestro.

BERNICK.  
Es igual; no tendremos nada que reprocharnos.

KRAP.  
Señor cónsul, ¿de veras no ha podido usted notar en Aune que...?

BERNICK.  
Le repito que Aune me ha tranquilizado por completo.

KRAP.  
Y yo le repito que estoy moralmente convencido de...

BERNICK.  
¿Qué significa esto, señor Krap? Comprendo que tenga usted cierta prevención contra ese hombre; pero, si quiere perjudicarlo, debe escoger otra oportunidad. No ignora lo importante que es para mí..., mejor dicho, para los armadores..., que el *Indian Girl* pueda salir mañana.

KRAP.  
Como usted guste; pero cuando sepamos que ese barco... ¡Ejem!  
(*Entra VIGELAND por la derecha.*)

VIGELAND.  
Con su permiso, señor cónsul. ¿Dispone de un ratito?

BERNICK.  
A sus órdenes, señor Vigeland.

VIGELAND.  
Sólo quería saber si está usted conforme con que el *Palmetraet* zarpe mañana.

BERNICK.  
Es cosa decidida.

VIGELAND.  
Porque acabo de ver al capitán, y me ha dicho que había señales de tempestad.

KRAP.  
Ha bajado el barómetro considerablemente desde ayer.

BERNICK.  
¿Sí? ¿Podemos temer un temporal?

VIGELAND.  
Una brisa fuerte, a lo sumo, pero ningún viento contrario.

BERNICK.  
¡Vaya!, ¿y qué me dice usted?

VIGELAND.  
Lo mismo que dije al capitán: que el *Palmetraet* está en manos de la Providencia. Además, ha de cruzar simplemente el mar del Norte, y en Inglaterra los fletes están bastante altos para...

BERNICK.  
Sí, es probable que comportara una pérdida para nosotros aguardar.

VIGELAND.  
Por otra parte, el barco reúne buenas condiciones, y lo tenemos integralmente asegurado. Mucho más riesgo hay para el *Indian Girl*.

BERNICK.  
¿Qué pretende usted insinuar?

VIGELAND.  
Como también zarpa mañana...

BERNICK.  
Sí; los armadores nos han dado mucha prisa, y...

VIGELAND.  
Pues si ese cajón viejo puede atreverse a salir... y con semejante tripulación, sería vergonzoso que nosotros no...

BERNICK.  
Bien, bien; supongo que tendrá usted la documentación del barco.

VIGELAND.  
Sí, aquí está.

BERNICK.  
Entonces, ¿quiere pasar con el señor Krap?

KRAP.  
Venga usted; en seguida estará despachado.

VIGELAND.  
Gracias. Y el resultado lo dejaremos en manos del Todopoderoso, señor cónsul. (*Sale con KRAP por la primera puerta de la izquierda.*)  
(*El vicario RORLUND sube por el jardín.*)

RORLUND.  
¡Ah!, ¿está usted en casa a estas horas, señor cónsul?

BERNICK. (*Meditabundo.*)  
Ya lo ve.

RORLUND.  
En realidad, he pasado más bien a ver a su esposa. Me figuraba que podría necesitar unas palabras de consuelo.

BERNICK.  
Seguramente. Pero yo también quisiera hablar un poco con usted.

RORLUND.  
Encantado, señor cónsul, ¿qué le pasa? Está muy pálido y nervioso.

BERNICK.  
¿Sí, eh? ¿Cómo podría ser de otra manera, con todas las fatalidades que se han abatido sobre mí! Mis grandes negocios..., luego la empresa ferroviaria... Oígame, señor vicario: ¿me permite plantearle una cuestión?

RORLUND.  
Con sumo gusto, señor cónsul.

BERNICK.  
Es una idea que se me ha ocurrido. Cuando se está al frente de una gran empresa, cuyo fin es asegurar el bienestar de millares de personas, si hiciera falta una víctima...

RORLUND.  
¿Qué quiere usted decir?

BERNICK.

Pongo como ejemplo que un hombre piense fundar una gran fábrica, muy grande, y sepa a punto fijo—porque se lo ha demostrado la experiencia—que tarde o temprano, durante la explotación de la tal fábrica, perecerá alguien...

RORLUND.

Es muy verosímil inclusive.

BERNICK.

O que alguien se dedicara a la explotación de minas, tomando padres de familia y gente joven y sana a su servicio. ¿Se puede afirmar en redondo que todos ellos saldrán con vida?

RORLUND.

Desgraciadamente, es muy probable que no.

BERNICK.

Así, pues, cuando un hombre sabe de antemano cómo, seguramente, costará alguna vida la empresa que desea poner en marcha, aunque a la vez comprenda que esa empresa es de utilidad general, y que por cada vida que cueste no es menos seguro que acelera el bienestar de muchos centenares...

RORLUND.

¡Ah! está usted pensando en el ferrocarril, en excavaciones y barrenos de montañas, en todo eso...

BERNICK.

Sí, sin duda, pienso en el ferrocarril, y... el ferrocarril traerá como consecuencia la construcción de fábricas, la explotación de minas. Pero, a pesar de eso, ¿no opina usted que...?

RORLUND.

Querido señor cónsul, es usted demasiado escrupuloso. A mi parecer, deje el asunto en manos de la Providencia...

BERNICK.

Sí, sí, eso es; la Providencia...

RORLUND.

Está usted libre de remordimientos. Construya sin miedo el ferrocarril.

BERNICK.

Veamos. Ahora pongo un ejemplo aislado. Supongamos que existe una roca que hay que hacer volar en un sitio peligroso, y de suerte que sin eso no podría construirse el ferrocarril. Supongamos que el ingeniero sabe que costará la vida al obrero que haya de encender la mecha; pero es ineludible que se encienda, y el ingeniero tiene obligación de mandar a un obrero hacerlo.

RORLUND.

El caso es que...

BERNICK.

Sé lo que va usted a decir. Que lo más noble sería que el ingeniero cogiera la mecha y la encendiera él mismo. Pero no se hacen esas cosas. De modo que habrá de sacrificar un obrero.

RORLUND.

Jamás lo haría un ingeniero de nuestro país.

BERNICK.

Ningún ingeniero de una gran nación vacilaría en hacerlo.

RORLUND.

¿En las grandes naciones? Eso sí lo creo. Las sociedades están corrompidas y son tan despiadadas...

BERNICK.

Esas sociedades tienen muchas cosas buenas.

RORLUND.

¿Y lo dice usted; usted, que personalmente...?

BERNICK.

En las grandes sociedades hay ocasiones de promover una empresa pro-

vechosa, y ahí se tiene valor para sacrificar algo por una causa magna; pero aquí se agosta uno con toda clase de consideraciones mezquinas y escrúpulos sin fin.

RORLUND.

¿Es consideración mezquina una vida humana?

BERNICK.

Cuando esa vida humana supone una amenaza contra el bienestar de millares de seres...

RORLUND.

Pone usted unos ejemplos de todo punto inconcebibles, señor cónsul. Hoy no le comprendo, en absoluto. Por lo demás, se refiere usted a las grandes sociedades. Sí, en el extranjero... ¡qué importa una vida humana! Allí se cuenta con vidas humanas como con capitales. Pero nosotros tenemos un punto de vista moral completamente distinto, no lo dude. Bástele mirar a nuestros honorables armadores. Nómbrame uno solo que aquí, por una miserable ganancia, estuviera dispuesto a sacrificar una vida humana. Y luego piense en esos villanos, en las grandes sociedades, que por el menor provecho son capaces de fletar un barco que no se mantendría mucho tiempo a flote.

BERNICK.

No hablo de barcos que se mantienen o no a flote.

RORLUND.

Pero yo sí hablo de ellos, señor cónsul.

BERNICK.

¿Sí? ¿Por qué? No tiene nada que ver con el caso. ¡Qué disquisiciones tan melindrosas! Si un general nuestro debiese conducir su gente al fuego y la hiciese morir, no podría dormir tranquilo. Eso no pasa en otros sitios. Si

usted viera lo que cuenta el que está ahí dentro...

RORLUND.

¿Quién? ¿El americano...?

BERNICK.

Sí, ése. Si oyera usted cómo en América...

RORLUND.

¿El... ahí dentro? ¿Y no me lo ha dicho usted? Quiero sin tardanza...

BERNICK.

No conseguirá usted nada..., con él no se va a ninguna parte.

RORLUND.

Eso, ya lo veremos. Aquí viene.

(JUAN TONNESEN sale de la pieza segunda de la izquierda.)

JUAN TONNESEN. (*Hablando hacia la habitación, con la puerta abierta.*)

Sí, sí, Dina; pero no la soltaré en modo alguno. Volveré, y entonces todo se arreglará entre nosotros.

RORLUND.

Con permiso; ¿a qué se refieren esas palabras? ¿Qué intenta usted?

JUAN TONNESEN.

Intento que sea mi esposa la muchacha ante quien me denigraba usted ayer.

RORLUND.

¿Su...? ¿Y puede imaginarse que...?

JUAN TONNESEN.

Deseo casarme con ella.

RORLUND.

Pues va usted a saberlo todo. (*Se adelanta hacia la puerta abierta.*) Señora Bernick, tenga la bondad de ser testigo..., y usted, señorita Marta, y hagan pasar a Dina. (*Ve a la SEÑORITA*

HESSEL.) ¡Ah!, ¿también está usted aquí?

SEÑORITA HESSEL. (A la puerta.)  
¿Y puedo a mi vez pasar?

RORLUND.  
Todos los que gusten; cuantos más, mejor.

BERNICK.  
¿Qué persigue usted?  
(La SEÑORITA HESSEL, la SEÑORA BERNICK, la SEÑORITA BERNICK, DINA y HILMAR TONNESEN salen de la habitación.)

SEÑORA BERNICK.  
Señor Rorlund, me ha sido de todo punto imposible impedirle...

RORLUND.  
Yo se lo impediré, señora... Dina, es usted una muchacha atolondrada; pero no voy a censurárselo. Hace mucho tiempo que ha estado privada del apoyo moral que había de sostenerla. Me censuro a mí mismo por no haberle procurado ese apoyo.

DINA.  
No debe usted hablar ahora.

SEÑORA BERNICK.  
Pero ¿qué ocurre?

RORLUND.  
Ahora es cuando debo hablar, Dina, siquiera su conducta de ayer y de hoy me lo haya tornado diez veces más difícil. Pero por su propia salvación ha de prescindir de las demás consideraciones. ¿Recuerda usted la promesa que le hice el otro día? ¿Recuerda lo que me prometió a cambio? Ha llegado el momento, y no puedo aguardar más tiempo. (A JUAN TONNESEN.) Esta mujer, a quien seduce usted, es mi prometida.

SEÑORA BERNICK.  
¿Qué está diciendo?

BERNICK.  
¡Dina!

JUAN TONNESEN.  
¡Ella! ¿Su...?

SEÑORITA BERNICK.  
¡No, no, Dina!

SEÑORITA HESSEL.  
¡Mentira!

JUAN TONNESEN.  
Dina, ¿es cierto lo que dice este hombre?

DINA. (Tras de un corto silencio.)  
Sí.

RORLUND. (A JUAN.)  
Ya espero que acabarán todas sus seducciones. El paso que me he decido a dar, por bien de Dina, puede sin el menor inconveniente publicarse en toda nuestra sociedad. Tengo la plena convicción de que este paso no será mal interpretado. Entre tanto, señora, creo que será mejor que nos la llevemos de aquí y tratemos de poner paz y equilibrio en su espíritu otra vez.

SEÑORA BERNICK.  
Sí; ven, Dina. ¡Oh, qué suerte tienes! (Se lleva a DINA por la puerta de la izquierda.)  
(RORLUND las sigue.)

SEÑORITA BERNICK.  
Adiós, Juan. (Vase.)

HILMAR TONNESEN. (A la puerta del jardín.)  
¡Uf, hay que ver lo que...!

SEÑORITA HESSEL. (Que ha seguido a DINA con la mirada.)  
No te aflijas, hombre. Yo me que-

daré aquí vigilando al pastor. (Vase por la derecha.)

BERNICK.  
Juan, ya no te marchas en el *Indian Girl*, ¿verdad?

JUAN TONNESEN.  
Ahora, más que nunca.

BERNICK.  
Supongo que para no volver.

JUAN TONNESEN.  
Volveré.

BERNICK.  
¿Después de esto? ¿Qué quieres hacer aquí, con lo que ha pasado?

JUAN TONNESEN.  
Vengarme de todos vosotros, aplastaros, si puedo. (Vase por la derecha.)  
(VIGELAND y KRAP vienen del despacho de BERNICK.)

VIGELAND.  
Ya está la documentación en regla, señor cónsul.

BERNICK.  
Muy bien...

KRAP. (En voz baja.)  
¿Se ha acordado que el *Indian Girl* salga mañana?

BERNICK.  
Sí. (Entra en su despacho.)  
(VIGELAND y KRAP vanse por la derecha. HILMAR TONNESEN está a punto de seguirlos; pero en el mismo momento asoma la cabeza OLAF por la segunda puerta de la izquierda.)

OLAF.  
¡Tío, tío Hilmar!

HILMAR TONNESEN.  
¡Uf! ¿eres tú? ¿Por qué no te quedas arriba? ¿No te han castigado?

OLAF. (Avanzando unos pasos.)  
¡Chis, tío Hilmar! ¿Sabes lo que hay?

HILMAR TONNESEN.  
Sí, ya sé que te han pegado hoy.

OLAF. (Con una mirada amenazadora al despacho de su padre.)  
¡No me pegará más! ¿Sabes que el tío Juan se marcha mañana en el americano?

HILMAR TONNESEN.  
¿Y a ti qué te importa? ¡Ea, arriba otra vez!

OLAF.  
¡A lo mejor, yo mismo me voy a América para cazar búfalos!

HILMAR TONNESEN.  
¡Qué tonterías dices! Un miedo como tú...

OLAF.  
Espera un poco; ya verás mañana...

HILMAR TONNESEN.  
¡Majadero!  
(Sale por el jardín. OLAF entra de nuevo corriendo en la habitación y cierra la puerta. Aparece KRAP por la derecha.)

KRAP. (Se acerca a la puerta del despacho y la abre a medias.)  
Perdone que vuelva, señor cónsul; pero se está fraguando una tempestad horrible. (Espera un momento sin obtener respuesta.) ¿Tiene que salir el *Indian Girl* a todo trance?

BERNICK. (Desde su despacho, después de una pausa.)  
El *Indian Girl* saldrá de todas maneras.  
(KRAP cierra la puerta y vase otra vez por la derecha.)



## ACTO CUARTO

*La misma decoración que en los actos anteriores. Se ha quitado la mesa de labor. Tarde tempestuosa. El crepúsculo se hace cada vez más intenso durante toda la escena.*

Un CRIADO enciende la araña, las lámparas y las velas colocadas sobre mesas y estantes. RUMMEL, vestido de frac, con guantes y corbata blanca, permanece en medio de la sala, dando órdenes.

RUMMEL. *(Al CRIADO.)*

Sólo la mitad de las velas, Jacobo, No tiene que parecer demasiado festivo. Acuérdate de que es una sorpresa. ¿Y todas esas flores?... Bueno, sí, déjalas; que se queden como todos los días.

*(BERNICK sale de su despacho.)*

BERNICK. *(A la puerta.)*

¿Qué significa esto?

RUMMEL.

¡Hombre! ¿estabas ahí? *(Al CRIADO.)* Ya puedes marcharte por ahora.

*(El CRIADO vase por la segunda puerta del lateral izquierdo.)*

BERNICK. *(Se acerca.)*

Rummel, ¿qué significa todo esto, repito?

RUMMEL.

Que ha llegado el momento más glorioso de tu vida. La ciudad entera va a venir esta noche en manifestación, con estandartes, para festejar al más grande de sus habitantes.

BERNICK.

¿Qué estás diciendo?

RUMMEL.

Sí, una manifestación con estandartes y comisión. También debíamos haber llevado antorchas; pero no nos atrevimos, con este tiempo tan tormentoso.

Por último, habrá gran iluminación, y ya verás cómo va a ser cosa sonada cuando salga en los periódicos.

BERNICK.

Oye, Rummel: no quiero saber nada de esto.

RUMMEL.

Es demasiado tarde; dentro de media hora los tendremos aquí.

BERNICK.

Pero ¿por qué no me lo has dicho antes?

RUMMEL.

Porque temía que hicieras objeciones. Hablé con tu mujer, y me dió permiso para arreglar esto un poco; ella se ocupará de los refrescos.

BERNICK.

¿Qué es eso? ¿Vienen? Me parece que oigo cantar.

RUMMEL. *(Junto a la puerta del jardín.)*

No; son los americanos. Es la partida del *Indian Girl*.

BERNICK.

¿Zarpa ya? Sí... No, no puedo esta noche, Rummel; estoy enfermo.

RUMMEL.

Realmente, tienes mala cara. ¡Por todos los diablos, a ver si te animas! ¡Si supieras lo que nos ha costado a Sandstad, a Vigeland y a mí organizar esta fiesta! Nuestros adversarios han de ser aplastados bajo el peso de una demostración de conceptos lo más rotunda posible. Se multiplican los rumores en la ciudad; ya no se puede retener la in-

formación sobre las compras de propiedades. Esta misma noche es necesario que entre las canciones y los discursos, entre el tintineo de las copas, en medio de un rebosante festejo, les hagas saber lo que has arriesgado por el bien de la sociedad. En medio de un festejo rebosante, como acabo de decirte, puede hacerse muchísimo en este país. Pero es indispensable la fiesta; sin ella, no habría ocasión.

BERNICK.

Sí, sí, sí...

RUMMEL.

Y sobre todo cuando hay que sacar a relucir un punto tan delicado, tan espinoso como éste. Bien, Bernick; gracias a Dios, tienes un nombre que te da fuerza para hacerlo. Pero, mira, debemos ponernos de acuerdo en algunos puntos. Hilmar Tonnesen ha escrito una canción para ti. Es muy bonita, y empieza con las siguientes palabras: "Levanta el estandarte del ideal..." Rorlund ha sido el encargado del discurso de ofrecimiento. Y claro, a éste tienes que responder, como es natural.

BERNICK.

No puedo esta noche, Rummel. ¿No querías tú...?

RUMMEL.

¡Imposible, aunque quisiera! El discurso, como puedes comprender, se dirigirá especialmente a ti. Bueno; quizá algunas palabras vayan dirigidas a nosotros también. He hablado de esto con Vigeland y Sandstad. Hemos pensado que tú podías responder con un viva al fomento de nuestra sociedad; Sandstad pronunciará unas frases sobre la solidaridad entre las distintas clases sociales; Vigeland, probablemente, querrá expresar algo sobre los deseos de que esta nueva empresa no cambie la base moral

que ahora tenemos, y yo pienso, con unas palabras adecuadas, ensalzar a la mujer, cuya misión más modesta tampoco está exenta de importancia. Pero no me escuchas...

BERNICK.

Sí... sí, por supuesto. Pero, dime, ¿crees que hay una tempestad tan horrible fuera?

RUMMEL.

¡Ah! ¿te preocupas por el *Palmetraet*? Está bien asegurado.

BERNICK.

Sí, asegurado, sí; pero...

RUMMEL.

Y en buenas condiciones, que es lo principal.

BERNICK.

En fin, caso de que ocurra algo con un barco, no es tan seguro que se pierdan vidas humanas. Se pueden perder el barco y el cargamento; se pueden perder maletas y papeles...

RUMMEL.

¡Diablo! no creo que maletas y papeles tengan gran importancia.

BERNICK.

No, es verdad. Solamente quería decir... ¡Chis! están cantando otra vez.

RUMMEL.

Es a bordo del *Palmetraet*.

*(Entra VIGELAND por la derecha.)*

VIGELAND.

Ya zarpa el *Palmetraet*. Buenas noches, señor cónsul.

BERNICK.

Usted, como hombre entendido, ¿sostiene todavía que...?

VIGELAND.

Yo me atengo a la Providencia, señor cónsul; además, he estado personalmente a bordo repartiendo unos libritos de piedad que espero sean edificantes.

(SANDSTAD y KRAP vienen por la derecha.)

SANDSTAD. (Desde la puerta aún.)

En suma, si esto va bien, va bien todo. Buenas noches, buenas noches.

BERNICK.

¿Ocurre algo, Krap?

KRAP.

No sé nada, señor cónsul.

SANDSTAD.

Toda la tripulación del *Indian Girl* está borracha; y no seré yo un hombre honrado si llegan sanos y salvos esos monstruos.

(La SEÑORITA HESSEL entra por la derecha.)

SEÑORITA HESSEL. (A BERNICK.)

A la postre, puedo darte recuerdos de él.

BERNICK.

¿Está a bordo ya?

SEÑORITA HESSEL.

Al menos, lo estará pronto. Nos despedimos fuera del hotel.

BERNICK.

¿Insiste en su propósito?

SEÑORITA HESSEL.

Firme como una roca.

RUMMEL. (Junto a las ventanas.)

¡Caray! con estos montajes modernos no puedo bajar las cortinas.

SEÑORITA HESSEL.

¿Hay que bajarlas? Yo creía que...

RUMMEL.

Primero hay que bajarlas, señorita. ¿Está usted al corriente de lo que va a suceder aquí?

SEÑORITA HESSEL.

Sí. Permítame que le ayude. (Coge el cordón.) Bajaré las cortinas por mi cuñado..., a pesar de que preferiría su birlas.

RUMMEL.

También podrá usted hacerlo... después. Cuando el jardín esté lleno de una multitud ondulante, se subirán las cortinas, y dentro contemplarán una familia feliz y sorprendida... El hogar de un ciudadano debe ser como un armario de cristal. (Parece que BERNICK quiere decir algo; pero se vuelve de repente y entra en su despacho.) ¡Ea! vamos a celebrar la última consulta. Venga, señor Krap; tiene usted que ayudarnos con algunas informaciones oportunas.

(Todos entran en el despacho de BERNICK. La SEÑORITA HESSEL ha bajado las cortinas de las ventanas y va a correr el cortinón de la puerta de cristales, que está abierta, cuando OLAF viene desde arriba a la carrera hacia la escalinata del jardín; lleva una manta de viaje al hombro y un bulto en la mano.)

SEÑORITA HESSEL.

¡Oh, Dios te bendiga, chico! ¡Qué susto me has dado!

OLAF. (Escondiendo el bulto.)

¡Chis, tía!

SEÑORITA HESSEL.

¿Sales por la ventana? ¿Adónde vas?

OLAF.

¡Chis! no digas nada. Quiero ir con el tío Juan—sólo al muelle, ¿compre-

des?—, a decirte adiós, nada más. Buenas noches, tía. (Baja corriendo por el jardín.)

SEÑORITA HESSEL.

No; quédate. ¡Olaf, Olaf!

(JUAN TONNESEN, llevando un morral al hombro, entra con cautela por la puerta de la derecha.)

JUAN TONNESEN.

¡Lona!

SEÑORITA HESSEL. (Se vuelve.)

¡Cómo! ¿Tú aquí?

JUAN TONNESEN.

Todavía me quedan unos minutos. Tengo que verla otra vez. Así no podemos separarnos.

(La SEÑORITA BERNICK y DINA, las dos con abrigo y ésta con un maletín en la mano, vienen por la última puerta de la derecha.)

DINA.

¡Con él, con él!

SEÑORITA BERNICK.

¡Sí, irás con él, Dina!

DINA.

¡Ahí está!

JUAN TONNESEN.

¡Dina!

DINA.

¡Lléveme con usted!

JUAN TONNESEN.

¡Cómo!...

SEÑORITA HESSEL.

¿Quieres?

DINA.

Sí, lléveme con usted. El otro me

ha escrito, ha dicho que esta noche se lo comunicará a todo el mundo...

JUAN TONNESEN.

Dina... ¿no le quiere usted?

DINA.

Nunca he amado a ese individuo. Preferiría tirarme al fjord antes que casarme con Rorlund. ¡Oh, cómo me humilló ayer con sus palabras soberbias! ¡Cómo me dió a entender que levantaba hasta él a un ser despreciable! Yo no quiero ser despreciada; mejor quiero marcharme. ¿Me deja irme con usted?

JUAN TONNESEN.

¡Sí, sí, mil veces sí!

DINA.

No le serviré de molestia mucho tiempo. Ayúdeme a llegar allá, y un poco durante los primeros tiempos...

JUAN TONNESEN.

¡Huir! Ya dilucidaremos esa cuestión, Dina.

SEÑORITA HESSEL. (Señala hacia la puerta del despacho.)

¡Chis! bajito, bajito...

JUAN TONNESEN.

Dina, la ayudaré en to...

DINA.

Eso no lo permito. Quiero valerme por mí misma allá, y seguramente lo haré. ¡Con tal que pueda irme de aquí! ¡Oh! Esas señoras—usted no lo sabe—también me han escrito hoy aconsejándome apreciar la felicidad que me ha sido concedida, y recalcándome cuánta generosidad ha demostrado él. Mañana y todos los días me vigilarán para ver si me hago digna de todo esto. ¡Tengo un pánico a tanta decencia!

JUAN TONNESEN.

Dígame, Dina. ¿Es únicamente por eso por lo que se marcha? ¿Yo no supongo nada para usted?

DINA.

Sí, Juan. Usted supone para mí más que todas esas personas.

JUAN TONNESEN.

¡Oh, Dina!

DINA.

Aquí me dicen todos que debo odiarle y despreciarle, que es mi obligación; pero yo no comprendo tales obligaciones y no las comprenderé nunca.

SEÑORITA HESSEL.

¡Ni hace falta, hija mía!

SEÑORITA BERNICK.

No, no hace falta, y por eso vas a acompañarle como si fueras su mujer.

JUAN TONNESEN.

¡Sí, sí!

SEÑORITA HESSEL.

¿Eh? Ahora no puedo menos de besarte, Marta. ¡Eso no lo hubiera esperado de ti!

SEÑORITA BERNICK.

Lo creo; yo tampoco lo esperaba. Pero alguna vez tendrá que llegar la erupción. ¡Oh! los que estamos aquí sufrimos el yugo de esas costumbres y convicciones. ¡Rebélate contra todo esto, Dina! Sé su mujer. Conviene que alguien desdeñe todas esas zarandajas.

JUAN TONNESEN.

¿Qué responde usted, Dina?

DINA.

Quiero ser su mujer.

JUAN TONNESEN.

¡Dina!

DINA.

Pero antes deseo trabajar, llegar a algo, como ha llegado usted. No quiero ser una cosa que se coge.

SEÑORITA HESSEL.

Claro, así debe ser.

JUAN TONNESEN.

Bien; aguardaré y tendré esperanzas.

SEÑORITA HESSEL.

Y ganarás, muchacho. Pero, ahora, a bordo.

JUAN TONNESEN.

¡Sí, a bordo! Lona, querida hermana: una palabra, oye... *(La conduce hacia el foro y habla apresuradamente con ella.)*

SEÑORITA BERNICK.

Dina, que seas dichosa... Déjame contemplarte, besarte todavía una vez... la última.

DINA.

La última, no..., no, tía de mi alma; volveremos a vernos.

SEÑORITA BERNICK.

¡Nunca! Prométeme, Dina, que no volverás jamás. *(Le coge las dos manos y la contempla.)* Ve en pos de la felicidad, querida mía..., atravesando el mar. ¡Oh, cuántas veces en clase he sentido la nostalgia de allá! Tiene que ser aquél un cielo mayor; las nubes más altas que aquí; un aire más libre oleará las cabezas de los hombres.

DINA.

¡Oh, tía Marta! Algún día nos seguirás.

SEÑORITA BERNICK.

¿Yo? ¡Nunca, nunca! Aquí tengo mi pequeña misión que cumplir, y creo que al cabo podré ser lo que debo.

DINA.

No me resigno a pensar en separarme de ti.

SEÑORITA BERNICK.

¡Un ser humano puede separarse de tantas cosas, Dina! *(Besándola.)* Pero eso no has de probarlo tú jamás, cariño mío. Prométeme hacerle feliz.

DINA.

No quiero prometer nada: detesto las promesas; todo tiene que llegar a su tiempo.

SEÑORITA BERNICK.

Sí, sí; sé que lo harás. Sólo debes seguir siendo como eres...

DINA.

Lo seré, tía.

SEÑORITA HESSEL. *(Se guarda en el bolsillo unos papeles que le ha dado JUAN.)*

¡Estupendo, estupendo, querido hijo mío! Pero marchaos.

JUAN TONNESEN.

Sí, ya no hay tiempo que perder. Adiós, Lona; gracias por toda tu abnegación. Adiós, Marta, y gracias también por tu fiel amistad.

SEÑORITA BERNICK.

¡Adiós, Juan! ¡Adiós, Dina! ¡Y sean venturosos todos vuestros días!

*(Ella y la SEÑORITA HESSEL los empujan hacia la puerta del foro. JUAN TONNESEN y DINA salen de prisa por el jardín. La SEÑORITA HESSEL cierra la puerta y corre el cortinón.)*

SEÑORITA HESSEL.

Al presente estamos solas, Marta. Tú la has perdido a ella, y yo, a él.

SEÑORITA BERNICK.

¿Tú... a él?

SEÑORITA HESSEL.

Había empezado a perderle allí. El muchacho estaba deseando ser independiente, y por eso le hice creer que sufría yo de nostalgia.

SEÑORITA BERNICK.

¿Por eso? Entonces, comprendo que hayas venido. Pero él te exigirá que vuelvas, Lona.

SEÑORITA HESSEL.

¿Una hermanastra vieja? ¿Para qué me quiere en lo sucesivo? Los hombres destrozan muchas cosas alrededor suyo por alcanzar la dicha.

SEÑORITA BERNICK.

A veces pasa así.

SEÑORITA HESSEL.

Pero tú y yo permaneceremos juntas, Marta.

SEÑORITA BERNICK.

¿Puedo ser algo para ti?

SEÑORITA HESSEL.

¡Y tanto! Nosotras dos, como hermanas y unidas desde la infancia, ¿no hemos perdido ambas a nuestros hijos? Estamos solas.

SEÑORITA BERNICK.

Sí, solas. Y por lo mismo quiero que sepas cómo le he amado más que a nadie en este mundo.

SEÑORITA HESSEL.

¡Marta! *(La toma del brazo.)* ¿Es verdad?



SEÑORITA BERNICK.

Todo el contenido de mi vida se encierra en estas palabras. Le he amado y le he aguardado. Cada verano esperaba que viniera. Y por fin vino..., pero no me ha visto.

SEÑORITA HESSEL.

¡Le has amado! Y has sido tú misma quien trae la felicidad a sus manos con otra mujer.

SEÑORITA BERNICK.

¿Cómo no iba a darle la felicidad, si le amaba? Sí, le he amado. Mi vida entera ha sido para él desde que se fué. Preguntarás qué razón tenía yo para abrigar esperanzas... Creo que tenía alguna. Pero cuando volvió... todo pareció borrarse de su memoria. ¡No me ha visto!

SEÑORITA HESSEL.

Fué Dina quien te hizo sombra, Marta.

SEÑORITA BERNICK.

Es cierto; me la hizo. Cuando él se marchó, teníamos la misma edad, y cuando volví a verle—¡ay, qué momento tan terrible!—me percaté de que ahora tengo diez años más que él. El había vivido en el extranjero bajo el vibrante resplandor del sol, absorbiendo juventud y vitalidad en cada brisa; pero aquí dentro estaba yo sentada, hilando, hilando...

SEÑORITA HESSEL.

...el copo de su dicha, Marta.

SEÑORITA BERNICK.

Sí, fué eso lo que hilé. ¡Nada de amargura! ¿Verdad, Lona, que tú y yo hemos sido sus dos hermanas buenas?

SEÑORITA HESSEL. (Abrazándola.)

¡Marta!

(BERNICK sale de su despacho.)

BERNICK. (A los señores que están dentro.)

Sí, sí, arréglenlo todo como quieren. Cuando sea tiempo, yo ya... (Cierra la puerta.) ¡Ah!, ¿estamos aquí? Oye, Marta: debes acicalarte un poco, y di a Betty que haga lo mismo. No deseo ningún lujo, naturalmente; sólo un aspecto casero. Pero habéis de daros prisa.

SEÑORITA HESSEL.

Y una expresión feliz y gozosa, Marta; conviene poner ojos alegres.

BERNICK.

También debe bajar Olaf; quiero tenerle a mi lado.

SEÑORITA HESSEL.

¡Ejem! Olaf...

SEÑORITA BERNICK.

Se lo diré a Betty. (Vase por la segunda puerta de la izquierda.)

SEÑORITA HESSEL.

Bueno; ya ha llegado el momento solemne.

BERNICK. (Paseando, intranquilo, de un lado a otro.)

Sí, ha llegado ya.

SEÑORITA HESSEL.

Y en un momento así, el hombre debe sentirse orgulloso y dichoso.

BERNICK. (Mirándola.)

¡Hum!

SEÑORITA HESSEL.

He oído que van a iluminar toda la ciudad.

BERNICK.

Sí, les ha dado esa idea.

SEÑORITA HESSEL.

Van a congregarse todas las agrupaciones, con sus respectivos estandartes. Resplandecerá tu nombre en letras de fuego. Esta noche se enviarán telegramas a todos los puntos del país diciendo: "Rodeado de su feliz familia, el cónsul Bernick, una de las más firmes columnas de la sociedad, recibió el homenaje de sus conciudadanos."

BERNICK.

Poco falta para eso: desde fuera me obligará la multitud, entre ovaciones, a salir a la puerta, y me verá forzado a inclinarme y darles las gracias.

SEÑORITA HESSEL.

¡Oh, tanto como forzado...!

BERNICK.

¿Crees que me siento dichoso en este momento, como has dicho?

SEÑORITA HESSEL.

No, no creo que puedas sentirte verdaderamente dichoso.

BERNICK.

Lona, tú me desprecias.

SEÑORITA HESSEL.

Todavía no.

BERNICK.

No tienes derecho. ¡Despreciarme! Lona, no puedes imaginarte lo indeciblemente solo que me encuentro aquí, en esta sociedad tan reducida y tan mezquina. Cada año que ha pasado he debido ir disminuyendo mis anhelos de consagrarme a una vida más fructífera y más cabal. ¿Qué he realizado yo, por mucho que pueda aparentar? Pequeñeces, insignificancias... Aquí no se puede hacer nada más. Si me adelantara un paso al estado de cosas del día, habría acabado mi poder. ¿Sabes lo que somos

nosotros, a quienes llaman columnas de la sociedad? Somos sus instrumentos, ni más ni menos.

SEÑORITA HESSEL.

¿No lo has comprendido hasta hoy?

BERNICK.

He pensado mucho en ello últimamente—desde que volviste—, y sobre todo esta noche. ¡Oh, Lona, ¿por qué no te conocí a fondo antes?... En aquellos tiempos...

SEÑORITA HESSEL.

¿Y qué?

BERNICK.

Jamás te habría dejado, y no me vería como me veo.

SEÑORITA HESSEL.

¿No piensas lo que ha sido para ti la que escogiste en mi lugar?

BERNICK.

Lo que sé es que, en todo caso, no ha sido para mí la compañera que yo necesitaba.

SEÑORITA HESSEL.

Porque nunca has consentido que compartiese tu misión en la vida, porque nunca has mantenido con ella relaciones abiertas y sinceras, porque la martirizaste con reproches de un oprobio que tú mismo has volcado sobre su familia.

BERNICK.

Sí, sí, y todo por culpa de la mentira y la hipocresía.

SEÑORITA HESSEL.

¿Por qué, entonces, no rompes con ellas?

BERNICK.

¿Ahora? Ya es demasiado tarde, Lona.

SEÑORITA HESSEL.  
Dime, Ricardo: ¿te producen alguna satisfacción esa hipocresía y esa mentira?

BERNICK.

Ninguna. Quisiera desaparecer con toda esta sociedad arruinada. Pero detrás de nosotros vendrá otra generación. Debo trabajar por mi hijo, debo prepararle una misión a la cual consagre su vida. Llegará un día en que descubra la verdad de esa vida social, y sobre tal verdad podrá fundar una existencia más feliz que la de su padre.

SEÑORITA HESSEL.

¿Con una mentira como base? Reflexiona en lo que le dejas de herencia.

BERNICK. *(Con desesperación contenida.)*

Le dejo una herencia mil veces peor que lo que supones. Pero algún día habrá de ceder la maldición, y sin embargo, a pesar de todo... *(Se interrumpe.)* ¿Cómo habéis podido atraer esto sobre mi cabeza? Pero ya está hecho. Ahora debo seguir adelante. ¡No conseguiréis anularme!

*(HILMAR TONNESEN entra por la derecha, precipitado y descompuesto, con una carta en la mano.)*

HILMAR TONNESEN.

¡Es algo atroz! ¡Betty, Betty!

BERNICK.

¿Qué hay? ¿Vienen ya?

HILMAR TONNESEN.

No, no; necesito forzosamente hablar con... *(Vase por la segunda puerta de la izquierda.)*

SEÑORITA HESSEL.

Ricardo, dices que hemos resuelto anularte. Pues bien: déjame que te

muestre cómo es ese hijo pródigo, a quien vuestra sociedad moral rechaza cual a un apestado, el que acaba de salvarte sacrificándose al marcharse.

BERNICK.

Pero volverá.

SEÑORITA HESSEL.

Juan no volverá nunca. Se ha ido para siempre, y Dina se ha ido con él.

BERNICK.

¿No volverá? ¿Y Dina va con él?

SEÑORITA HESSEL.

Sí, para ser su mujer. De esa manera dan una lección a vuestra virtuosa sociedad, como hice yo en otra ocasión, y lo apruebo.

BERNICK.

¿También se ha marchado ella en el *Indian Girl*?

SEÑORITA HESSEL.

No; Juan no se atrevía a confiar una carga tan preciosa a esa banda de depravados. Se han embarcado en el *Palmetraet*.

BERNICK.

¡Oh! De modo que ha sido en vano. *(Se precipita hacia la puerta del despacho, la abre bruscamente y vocea:)* ¡Krap, retenga el *Indian Girl*; no debe salir esta noche!

KRAP. *(Desde dentro.)*

El *Indian Girl* ya está en alta mar, señor cónsul.

BERNICK. *(Cierra la puerta y dice con voz cansina.)*

¡Demasiado tarde e inútilmente!

SEÑORITA HESSEL.

¿Qué estás hablando?

BERNICK.

Nada, nada. ¡Vete de mi lado!

SEÑORITA HESSEL.

Oye, Ricardo: Juan me manda decirte que me confía el nombre y la reputación que te prestó una vez, más lo que le hurtaste cuando él estaba lejos de aquí. Juan se calla, y yo en este asunto puedo obrar como quiera. Mira, aquí tengo las dos cartas en mi mano.

BERNICK.

¡Las tienes! Y ahora, ahora serás capaz... quizá esta misma noche, cuando la manifestación...

SEÑORITA HESSEL.

No vine aquí para delatarte, aunque sí para moverte a hablar voluntariamente. No lo he conseguido. ¡Allá tú! Sigue con tu mentira. Mira: rompo las dos cartas. Recoge los pedazos; ahí quedan. Ya estás seguro; vive feliz, si puedes.

BERNICK. *(Horrorizado.)*

Lona, ¿por qué no hiciste esto antes? Ya es demasiado tarde, ya está toda mi vida destrozada. No puedo vivirla después del día de hoy.

SEÑORITA HESSEL.

¿Pues qué ha ocurrido?

BERNICK.

¡No me preguntes! ¡Y tendré que vivir, empero! Quiero vivir para Olaf. El expiará y reparará todo.

SEÑORITA HESSEL.

¡Ricardo!

*(HILMAR TONNESEN vuelve muy azorado.)*

HILMAR TONNESEN.

No encuentro a nadie: han desaparecido, Betty también.

BERNICK.

¿Qué te acontece?

HILMAR TONNESEN.

No me atrevo a decírtelo.

BERNICK.

¿Qué es? Debes decírmelo.

HILMAR TONNESEN.

Que Olaf se ha fugado a bordo del *Indian Girl*.

BERNICK. *(Vacilando.)*

¿Olaf en el *Indian Girl*? ¡No, no! Es absurdo.

SEÑORITA HESSEL.

Sí, se ha fugado. Ya lo comprendo; le he visto saltar por la ventana.

BERNICK. *(A la puerta de su despacho, grita desesperadamente:)*

¡Krap, a toda costa hay que retener el *Indian Girl*!

KRAP. *(Que sale del despacho.)*

Imposible, señor cónsul. ¿Cómo pretende...?

BERNICK.

Hay que retenerlo a toda costa. ¡Olaf está a bordo!

KRAP.

¿Qué dice usted?

RUMMEL. *(Saliendo del despacho a su vez.)*

¿Que se ha fugado Olaf? No lo creo.

SANDSTAD. *(Asomando.)*

Le harán volver con el práctico del puerto, señor cónsul.

HILMAR TONNESEN.

No, no. Me ha escrito *(Enseña la carta.)* que piensa ocultarse en la cala hasta que estén en alta mar.

BERNICK.

¡No volveré a verle más!

RUMMEL.

¡Oh!, no hables así; un barco resistente y bueno, recién reparado...

VIGELAND. *(Quien acude asimismo.)*

¡Y en su propio astillero, señor cónsul!

BERNICK.

Digo que no volveré a verle más. Le he perdido, Lona; por fin se me evidencia cómo nunca me ha pertenecido. *(Escuchando.)* ¿Qué es eso?

RUMMEL.

Música. La manifestación, que se acerca.

BERNICK.

¡No puedo, no quiero recibir a nadie!

RUMMEL.

¿En qué estás pensando? Eso es de todo punto inconveniente.

SANDSTAD.

Inconveniente, señor cónsul. Considere lo que eso significa para usted.

BERNICK.

¡Qué me importa a mí todo eso ahora! Ya no tengo por quién trabajar.

RUMMEL.

¡Cómo puedes hablar así! Nos tienes a nosotros, a la sociedad...

VIGELAND.

Sí, es cierto.

SANDSTAD.

Y el señor cónsul no olvidará que nosotros...

*(La SEÑORITA BERNICK viene por la segunda puerta del late-**ral izquierdo. Se oye la música a lo lejos, desde la calle.)*

SEÑORITA BERNICK.

Ya llega la manifestación. Pero Betty no está en casa; no me explico dónde ha podido...

BERNICK.

¿No está en casa? Ya lo ves, Lona: no encuentro apoyo en mi alegría ni en mi pena.

RUMMEL.

¡Arriba las cortinas! Venga a ayudarme, señor Krap. Venga usted también, señor Sandstad. Es algo lamentable que justamente ahora esté la familia tan dispersa, todo contra el programa.

*(Se suben las cortinas y se abren las puertas. Aparece toda la calle iluminada. Encima de la casa fronterera brilla un gran letrero transparente con este texto: "¡Viva Ricardo Bernick, firme columna de nuestra sociedad!")*BERNICK. *(Se retira, amedrentado.)*

¡Cese todo esto! ¡No quiero verlo! ¡Apaguen, apaguen!

RUMMEL.

Con el mayor respeto, ¿es que te has vuelto loco?

SEÑORITA BERNICK.

¿Qué le pasa, Lona?

SEÑORITA HESSEL.

¡Chis! *(Habla con ella en voz baja.)*

BERNICK.

¡Quiten ese cartel ridículo! ¿No ven ustedes cómo nos sacan la lengua todas esas luces?

RUMMEL.

¡Esto es demasiado!

BERNICK.

¡Bah, qué sabéis vosotros! Pero yo, yo... ¡Todo esto son luces en una cámara mortuoria!

KRAP.

¡Ejem!...

RUMMEL.

¡Hombre, lo tomas demasiado a pecho!

SANDSTAD.

El pequeño hará una excursión por el Atlántico, y luego le encontrará usted aquí de nuevo.

VIGELAND.

¡Hay que tener confianza en la mano del Todopoderoso, señor cónsul!

RUMMEL.

Y el barco, Bernick, no está en condiciones de hundirse, que yo sepa.

KRAP.

¡Ejem!

RUMMEL.

Si fuese uno de esos ataúdes de los cuales se sirven las grandes compañías...

BERNICK.

Noto que mi pelo se vuelve blanco en estos momentos.

*(La SEÑORA BERNICK, con un chal grande a la cabeza, entra por la puerta del jardín.)*

SEÑORA BERNICK.

Ricardo, Ricardo, ¿sabes que...?

BERNICK.

Sí sé; pero tú, ¡tú, que no ves nada, que no tienes los ojos de una madre para él...!

SEÑORA BERNICK.

¡Oyeme!

BERNICK.

¿Cómo no le has vigilado? Ya le he perdido. Devuélmele, ¡si puedes!

SEÑORA BERNICK.

Sí, puedo: ¡le tengo!

BERNICK.

¿Le tienes?

LOS CONSOCIOS.

¡Oh!

HILMAR TONNESEN.

¡Ya me lo figuraba!

SEÑORITA BERNICK.

Te le han devuelto, Ricardo.

SEÑORITA HESSEL.

Sí; ahora conquístale por tu parte.

BERNICK.

¿Le tienes? ¿Es verdad lo que dices? ¿Dónde está?

SEÑORA BERNICK.

No lo sabrás hasta que le perdones.

BERNICK.

¡Sí, cuenta con el perdón! ¿Cómo te has enterado?

SEÑORA BERNICK.

¿Crees que una madre no ve? Tenía un miedo mortal a que te enterases. Unas pocas palabras que se le escaparon ayer... y al ver que su habitación estaba vacía, que su morral y su ropa habían desaparecido...

BERNICK.

Pero...

SEÑORA BERNICK.

He ido corriendo en busca de Auné y hemos salido en su velero; el barco americano estaba para zarpar. A Dios



gracias, llegábamos a tiempo. Hemos subido a bordo, han registrado la bodega, le han encontrado. ¡Oh, Ricardo, no debes castigarle!

BERNICK.  
¡Betty!

SEÑORA BERNICK.  
Ni a Aune tampoco.

BERNICK.  
¡A Aune! ¿Qué sabes tú de él? ¿Zarpa ya el *Indian Girl*?

SEÑORA BERNICK.  
No; está ahí aún.

BERNICK.  
¡Habla, habla!

SEÑORA BERNICK.  
Aune parecía tan conmovido como yo; ha tardado bastante la inspección, venía la oscuridad, el piloto empezaba a poner pretextos, y entonces se ha atrevido Aune, en tu nombre...

BERNICK.  
¿A qué?

SEÑORA BERNICK.  
A retener el barco hasta mañana.

KRAP.  
¡Ejem!

BERNICK.  
¡Qué suerte!

SEÑORA BERNICK.  
¿No estás enfadado?

BERNICK.  
¡Soy demasiado dichoso, Betty!

RUMMEL.  
Y demasiado escrupuloso, por añadidura.

HILMAR TONNESEN.  
Cuando se trata de luchar con los elementos...

KRAP. (*Al lado de las ventanas.*)  
Ahora pasa la manifestación por la verja, señor cónsul.

BERNICK.  
Sí, ahora pueden venir.

RUMMEL.  
Se llena de gente el jardín.

SANDSTAD.  
Está atestada la calle.

RUMMEL.  
La población en masa ha respondido, Bernick. Esto es verdaderamente un momento emocionante.

VIGELAND.  
Tomémoslo con espíritu humilde, señor Rummel.

RUMMEL.  
Todos los estandartes están desplegados. ¡Qué manifestación! Ahí tenemos a los organizadores del festival, con el vicario Rorlund al frente.

BERNICK.  
¡Pueden venir!

RUMMEL.  
Escucha: dada la excitación que te embarga...

BERNICK.  
¿Qué?

RUMMEL.  
No tengo inconveniente alguno en tomar la palabra por ti.

BERNICK.  
No, gracias; esta noche quiero hablar en persona.

RUMMEL.  
Pero ¿sabes lo que debes decir?

BERNICK.  
Sí; tranquilízate, Rummel: bien sé lo que debo decir.

(*Entre tanto, ha cesado la música. Se abre la puerta que da al jardín y entra RORLUND a la cabeza del comité del festival, seguido de dos mozos que portan un cesto cubierto. Los acompañan varios ciudadanos de diferentes clases sociales, tantos como quepan en el salón. Por el jardín y por la calle se ve gran abundancia de estandartes y banderas.*)

RORLUND.  
Honradísimo señor cónsul: por el asombro que refleja su rostro, deduzco que no se nos esperaba en el seno de su venturosa familia, en su tranquilo hogar, donde le rodean tantos amigos probos e infatigables en sus bellas y buenas obras, tan provechosas para todos. Pero ha experimentado nuestro corazón la necesidad de ofrecerle un sincero homenaje. No es, por cierto, la primera vez que nos cabe tal honor; pero nunca había revestido esta manifestación un carácter tan grandioso. Desde hace largo tiempo ya queríamos darle muy rendidas gracias por el sólido apoyo moral que a nuestra sociedad presta usted, si me atrevo a expresarme así.

VOCES EN LA MULTITUD.  
¡Bien!

VIGELAND.  
¡Bravo, bravo!

RORLUND. (*Continuando.*)  
Hoy nos inclinamos, por lo pronto, ante el ciudadano incansable, desinte-

resado y clarividente que toma la iniciativa de una empresa cuyas brillantes apariencias permiten creer que contribuirá en gran parte al bienestar material y espiritual de nuestra sociedad.

MÁS VOCES.  
¡Muy bien!

RORLUND.  
Señor cónsul: después de muchos años ha sido usted para nuestra ciudad un ejemplo luminoso. No hablo aquí de su irreprochable vida de familia ni de su moralidad sin tacha, cosas a las cuales huelga aludir en medio de semejante fiesta. Pero quiero hablar de la actividad que muestra usted a nuestros ojos. De su astillero salen navíos maravillosamente equipados y pasean sus pabellones por los mares más remotos. Un numeroso ejército de trabajadores felices le mira como a su padre; ha abierto usted al comercio horizontes desconocidos y ha creado recursos que alimentan a centenares de familias; en otros términos, es usted, en el sentido absoluto de la palabra, la piedra angular de nuestra sociedad.

NUEVAS VOCES.  
¡Eso es, eso es! ¡Bravo!

RORLUND.  
Y precisamente el desinterés, cuyo sello marca toda su vida, ha producido resultados bien satisfactorios, sobre todo en estos últimos años. A la hora actual está usted a punto de darnos—no vacilo en pronunciar esta palabra—¡un ferrocarril!

VARIAS VOCES.  
¡Bravo, bravo!

RORLUND.  
En verdad, a primera vista, parece que esta empresa ha de ofrecer algu-

nas dificultades, cuyo origen se encontraría fácilmente en consideraciones ruines y egoístas.

VOCES.

¡Bien, bien!

RORLUND.

No ignoramos cómo, en particular, ciertos individuos no pertenecientes a nuestra sociedad, han prevenido a nuestros industriosos conciudadanos y encontrado manera de realizar pingües beneficios que debían aprovechar a nuestra ciudad.

VOCES.

¡Sí, sí, eso es!

RORLUND.

Por supuesto, señor cónsul, habrá tenido usted conocimiento de ese incidente deplorable; pero no por ello ha dejado usted de persistir en su empresa con una firmeza digna de encomio, porque un buen ciudadano no debe mirar sólo la dicha de su propia ciudad.

VARIAS VOCES.

¿Eh, eh? ¡No! ¡Sí, sí!

RORLUND.

Por tanto, presentamos nuestros respetos al ciudadano del Estado a la vez que al habitante de la ciudad, y en una palabra, al hombre, en su acepción más amplia, esta noche. ¡Ojalá redunde su empresa en provecho duradero y real de la sociedad entera! Claro que el ferrocarril va a abrir una brecha por donde pasarán elementos corruptores y males ignorados aún. Pero también se irán con la misma rapidez por esa brecha. Sin contar con que ya nos habían llegado esos elementos corruptos, aunque, si debo creer cierto rumor, en esta velada de fiesta nos libraremos de ellos antes de lo que esperábamos, por fortuna. Yo...

VOCES.

¡Chis, chis!

RORLUND.

...yo considero esa marcha como de buen augurio para el éxito de su empresa, y si osara decirlo, ello prueba cómo en esta casa se ponen las exigencias de la moral por encima de los lazos familiares.

VOCES.

¡Bien, bien! ¡Bravo!

BERNICK.

Permítame...

RORLUND.

Nada más que unas palabras todavía, señor cónsul. Lo que ha hecho usted por esta ciudad, seguramente, no lo ha hecho con la segunda intención de que le reportara una ventaja material. Sin embargo, no rechazará un modesto testimonio de la gratitud de sus conciudadanos en esta hora solemne en que, según los hombres prácticos, se inicia una era nueva.

VARIAS VOCES.

¡Bravo, bravo! ¡Bien!

RORLUND. (*Hace una seña a los portadores, que se aproximan con el cesto, mientras los miembros del comité se disponen a exhibir el contenido.*)

Señor cónsul, le obsequiamos con un servicio de café de plata, deseosos de que adorne su mesa en el futuro cuando tengamos el gusto, como lo hemos tenido en el pasado, de reunirnos bajo este hospitalario techo. Y también a ustedes, señores, que han prestado siempre un concurso decidido a nuestro primer ciudadano, les rogamos que acepten otros pequeños recuerdos. Esta copa de plata es para usted, señor Rummel, que tan a menudo ha defendido

en términos elocuentes nuestros intereses, a fin de que pueda encontrar con frecuencia una buena ocasión de elevarla y vaciarla. A usted, señor negociante Sandstad, le brindo este álbum con fotografías de nuestros conciudadanos, ya que su caridad tan conocida, tan incontestada, le ha granjeado sin esfuerzo amigos en todos los partidos. A usted, señor Vigeland, para ornamentar su despacho de trabajo, le dedico esta Biblia en papel vitela con encuadernación de lujo. Merced a la benéfica influencia de la edad, se ha formado de la vida una idea seria, y ha ennoblecido siempre su labor con el pensamiento del más allá, de las alturas. (*Volviéndose hacia la multitud.*) ¡Y ahora, amigos míos, un viva al señor cónsul Bernick y a quienes combaten a su lado! ¡Vivan las columnas de la sociedad!

LA MULTITUD.

¡Viva el cónsul Bernick! ¡Vivan las columnas de la sociedad! ¡Hurra, hurra, hurra!

SEÑORITA HESSEL.

¡Enhorabuena, cuñado!  
(*Silencio expectante.*)

BERNICK. (*Empieza a hablar grave y lentamente.*)

Queridos conciudadanos: vuestro representante ha dicho que esta noche empezaba una nueva era, y espero que así sea. Pero para ello es menester que confesemos la verdad, la verdad que hasta esta noche ha estado sin hogar en esta sociedad. (*Sorpresa entre quienes le rodean.*) Debo comenzar refiriéndome a los elogios de que usted, señor vicario, me ha colmado, según costumbre en análogos actos. No los merezco, en vista de que hasta hoy no he sido un hombre desinteresado. Aunque

no siempre he perseguido una ventaja monetaria, hoy me convenzo de que el deseo de aumentar mi influencia y mi consideración ha sido el único móvil de la mayoría de mis actos.

RUMMEL. (*A media voz.*)

¿Qué quiere decir esto?

BERNICK.

No es que me lo reproche ante mis conciudadanos; porque todavía creo que puedo figurar entre los más útiles a la ciudad.

MUCHAS VOCES.

¡Sí, sí!

BERNICK.

Pero lo que sí me reprocho es haber sido frecuentemente débil y haber tomado caminos desviados, por temor a la tendencia de nuestra sociedad a atribuir motivos impuros a las empresas de cualquier persona, y ahora llego a un punto que concierne a este respecto.

RUMMEL. (*Intranquilo.*)

¡Hum, hum!...

BERNICK.

Corren rumores de que se han hecho importantes compras de terrenos por esas comarcas. Estos terrenos los he comprado yo, ¡yo solo!

VOCES CONTENIDAS.

¿Qué dice? ¿El cónsul, el cónsul Bernick?

BERNICK.

Por el instante se hallan en mis manos. Como es natural, me he confiado a mis colaboradores, los señores Rummel, Vigeland y Sandstad, y hemos convenido...

RUMMEL.

¡Eso no es cierto! ¡Demuéstralo, demuéstralo!

VIGELAND.

No hemos convenido nada en absoluto.

SANDSTAD.

¡Esto es el colmo!

BERNICK.

Exacto; aún no nos hemos puesto de acuerdo acerca de lo que iba a decir. Mas espero que, cuando les informe de cómo esta noche me he puesto de acuerdo conmigo mismo, estos tres señores resolverán con toda seguridad secundarme para que estas propiedades sean puestas a la venta por acciones y el que quiera pueda participar en ellas.

MUCHAS VOCES.

¡Bravo! ¡Viva el cónsul Bernick!

RUMMEL. (*En voz baja, a BERNICK.*)

¡Qué traición tan infame!

SANDSTAD. (*Lo mismo.*)

¿De manera que nos ha engañado?

VIGELAND.

¡Llévesele el diablo!... ¡Jesús, no sé lo que digo!

LA MULTITUD. (*Desde fuera.*)

¡Bravo, bravo, bravo!

BERNICK.

¡Silencio, señores! No tengo derecho alguno a esas ovaciones, pues no fué mi intención al principio lo que hoy he decidido. Mi propósito era quedarme con todo, porque opino que esas propiedades rendirían más si todas pertenecieran a una sola persona. No obstante, podéis elegir. Si lo deseáis, estoy

dispuesto a administrarlas según mi mejor criterio.

VOCES.

¡Sí, sí, sí!

BERNICK.

Pero antes deben conocerme a fondo mis conciudadanos. Que cada uno consulte su propia conciencia, y dejemos bien sentado que, a partir de esta noche, empieza una nueva era. La anterior, con su disfraz de hipocresía y su inanidad, con su falsa decencia y sus distingos falaces, debe ser como un museo abierto para nuestra enseñanza, y con destino a ese museo cedemos—¿no os parece, señores?—el servicio de café, la copa, el álbum y la Biblia en edición de lujo.

RUMMEL.

Sí, naturalmente.

VIGELAND. (*Murmura.*)

Por algo ha guardado usted lo demás...

SANDSTAD.

Como usted guste...

BERNICK.

Y ahora quiero rendir el balance principal de mis actos con la sociedad. Se ha dicho que nos han abandonado esta noche elementos perturbadores. Puedo agregar algo que no se sabe: el hombre a quien se aludía no se ha marchado solo; con él iba, para ser su mujer...

SEÑORITA HESSEL. (*En voz alta.*)

¡Dina Dorf!

RORLUND.

¡Cómo!

SEÑORITA BERNICK.

¿Qué dices?

(*Honda emoción.*)

RORLUND.

¿Raptada? ¿Se ha fugado con él? ¡Increíble!

BERNICK.

Para ser su mujer, señor vicario, y agregó más. (*En voz baja.*) Betty, sé sensata y soporta lo que va a venir. (*En voz alta.*) ¡Señores! descúbranse ante el hombre que aceptó valientemente la responsabilidad de una culpa ajena. Queridos conciudadanos, deseo librarme de la mentira, y he estado a punto de envenenarme por interés. Vais a saberlo todo. ¡Yo fuí el culpable hace quince años!

SEÑORA BERNICK. (*En voz baja y temblorosa.*)

¡Ricardo!

SEÑORITA BERNICK. (*Igual.*)

¡Oh, Juan!

SEÑORITA HESSEL.

¡Por fin te has libertado de ti mismo!

(*Profunda sorpresa entre los presentes.*)

BERNICK.

Sí, queridos conciudadanos, yo era el culpable, y él se marchó. No hay poder humano que logre refutar los malvados y falsos rumores que se esparcieron después. Pero no puedo quejarme. Hace quince años prosperé, gracias a esos rumores, y si hoy debo hundirme a causa de ellos, medítelo cada cual por su parte.

RORLUND.

¡Qué rayo! ¡El primer hombre de la ciudad! (*En voz baja, a la SEÑORA BERNICK.*) ¡Cómo la compadezco, señora!

HILMAR TONNESEN.

Esa conversión... ¡Hay que ver!

BERNICK.

No tomemos ninguna decisión esta noche. Volved cada uno a vuestra casa, concentraos y examinad vuestra propia conciencia. Cuando haya retornado la tranquilidad a los espíritus, se verá si he perdido o he ganado con hablar. Adiós. Todavía tengo mucho de que arrepentirme; pero eso compete sólo a mí mismo. Buenas noches. Quitad esos adornos de fiesta. Ahora ya sabemos todos que están fuera de lugar.

RORLUND.

Por supuesto. (*En voz baja, a la SEÑORA BERNICK.*) ¡Se ha ido! Así, pues, era indigna de mí. (*A media voz, al comité de la manifestación.*) Señores míos: después de esto creo lo mejor que nos retiremos en silencio.

HILMAR TONNESEN.

¿Cómo sostener ya en alto el estandarte del ideal?... ¡Uf!

(*Mientras, la noticia ha pasado de boca en boca. Todos los participantes en la demostración se alejan por el jardín.*) RUMMEL, SANDSTAD y VIGELAND vanse disociando acaloradamente, pero en voz baja. HILMAR TONNESEN se desliza por la derecha. En el salón quedan en silencio el cónsul BERNICK, la SEÑORA BERNICK, la SEÑORITA BERNICK, la SEÑORITA HESSEL y el apoderado KRAP.)

BERNICK.

Betty, ¿me perdonas?

SEÑORA BERNICK. (*Le mira sonriente.*)

¿Sabes, Ricardo, que hoy me has abierto un horizonte más hermoso para el futuro?



BERNICK.  
¡Cómo!

SEÑORA BERNICK.

Durante muchos años he creído que te poseía, y que había vuelto a perderte. Hoy sé que no te he poseído nunca; pero te conquistaré.

BERNICK. *(Abrazándola.)*

¡Oh, Betty! Me has conquistado; gracias a Lona, he aprendido a conocerle. Pero di a Olaf que venga ya.

SEÑORA BERNICK.

Sí, ya puede venir, señor Krap... *(Habla con él por lo bajo al fondo de la habitación.)*

*(Durante la escena siguiente van apagándose todas las luces de las casas.)*

BERNICK. *(Aparte.)*

Gracias, Lona, me has salvado y has salvado lo mejor que había en mí.

SEÑORITA HESSEL.

¡Qué más desearía yo!...

BERNICK.

Estoy perplejo... No puedo darme exacta cuenta de cómo eres.

SEÑORITA HESSEL.

¡Hum!

BERNICK.

¿De modo que no es por odio? ¿Por venganza tampoco? Entonces, ¿por qué viniste?

SEÑORITA HESSEL.

No se olvida tan fácilmente un viejo afecto.

BERNICK.

¡Lona!

SEÑORITA HESSEL.

Quando me contó Juan tu mentira, me juré a mí misma que el hombre ideal de mi juventud había de volver a la sinceridad y a la libertad.

BERNICK.

¡Bien poco he merecido esto de ti yo, que soy un miserable!

SEÑORITA HESSEL.

Nosotras las mujeres pensamos en el porvenir, Ricardo...

*(Entra AUNE, con OLAF de la mano, por la puerta del jardín.)*

BERNICK. *(Yendo hacia él.)*

¡Olaf!

OLAF.

Te prometo que nunca más...

BERNICK.

...¿te fugarás?

OLAF.

Sí, te lo prometo, papá.

BERNICK.

Y yo te prometo que nunca tendrás razón para hacerlo. Desde ahora vas a vivir, no como el heredero de la misión a la cual he consagrado mi vida, sino como quien tiene una misión que escoger por sí mismo.

OLAF.

¿Y podré ser lo que quiera?

BERNICK.

Sí.

OLAF.

Gracias, papá; entonces no quiero ser columna de la sociedad.

BERNICK.

¿No? ¿Y por qué?

OLAF.

Me parece que debe de resultar muy aburrido.

BERNICK.

Tienes que ser *tú mismo*, Olaf, y el resto ya se arreglará como sea... En cuanto a usted, Aune...

AUNE.

Lo sé, señor cónsul: estoy despedido.

BERNICK.

No; se quedará conmigo, Aune, y perdóneme...

AUNE.

¡Cómo! El barco no sale esta noche.

BERNICK.

Ni mañana tampoco. Le di a usted un plazo demasiado corto. Hay que inspeccionarlo y repararlo mejor.

AUNE.

Así se hará, señor cónsul..., y además, con las máquinas nuevas.

BERNICK.

Eso es. Pero ha de hacerse cuidadosamente, con toda honradez, ¿eh? Hay aquí muchas cosas que necesitan una reparación radical y honrada. ¡Vaya! buenas noches, Aune.

AUNE.

Buenas noches, señor cónsul..., y gracias, ¡muchísimas gracias! *(Sale por la derecha.)*

SEÑORA BERNICK.

Ya se han marchado todos.

BERNICK.

Ya estamos solos. Mi nombre ya no resplandece en letras de fuego, y se han apagado todas las luces de las ventanas.

SEÑORITA HESSEL.

¿Las desearías encendidas otra vez?

BERNICK.

¡No, por nada del mundo! ¡Dónde he estado a punto de caer! ¡Vais a horrorizaros cuando lo sepáis! Se me antoja que acabo de salir de una efectiva intoxicación. Pero presiento que podré volver a ser joven y fuerte. ¡Oh, acercaos! Venid más cerca de mí. Ven, Betty; ven, Olaf, hijo mío; a ti, Marta, se me figura que no te he visto en todos estos años.

SEÑORITA HESSEL.

Lo creo: vuestra sociedad semeja una sociedad de solterones; no os fijáis en las mujeres.

BERNICK.

Es cierto, y justamente por eso... Bueno, Lona; tú te quedarás para siempre con Betty y conmigo.

SEÑORITA BERNICK.

Sí, Lona, con nosotros.

SEÑORITA HESSEL.

¿Cómo he de abandonaros, jóvenes, cuando vais a empezar a vivir vuestra vida? ¿No soy madre adoptiva? Tú y yo, Marta, somos dos buenas viejas... ¿Qué miras?

SEÑORITA BERNICK.

Veo cómo se despeja el cielo sobre el mar. El *Palmetraet* tiene suerte.

SEÑORITA HESSEL.

¡Y lleva felicidad a bordo!

BERNICK.

Nosotros, sobre todo yo, tenemos por delante una larga jornada de trabajo serio; pero dejadlo venir, pues no me

asusta. Y vosotras, mujeres fieles y sinceras, apiñaos fuertemente en torno mío. Estos días pasados me han descubiertos también una gran verdad: que las columnas de la sociedad sois vosotras las mujeres.

SEÑORITA HESSEL.

¿Dónde has aprendido una ciencia tan sutil, cuñado? (*Posa su mano sobre el hombro de BERNICK.*) No; las verdaderas columnas de la sociedad son la verdad y la libertad.

FIN DE  
"LAS COLUMNAS DE LA SOCIEDAD"

## CASA DE MUÑECAS

DRAMA EN TRES ACTOS

(1879)

### NOTA PRELIMINAR

Casa de muñecas se publicó por primera vez en Copenhague, el 4 de diciembre de 1879, apareciendo sucesivamente otras ediciones hasta llegar a la definitiva, donde no dejaría de incluirse, por supuesto. Fué traducida desde luego al inglés para Inglaterra y Norteamérica, al francés, al holandés, al italiano, al portugués, al ruso, al serbio, al español, al alemán, al sueco, al finlandés y al polaco, vertiéndose después a los demás idiomas.

Comienzan sus representaciones con el estreno oficial en el Teatro Real, de Copenhague, el 21 de diciembre de 1879; en el Teatro de Cristianía, el 20 de enero de 1880; en el Teatro Noruego, de Bergen, el 30 del mismo mes, y aquel año, de febrero a mayo, la divulgaron por toda la nación compañías danesas y noruegas; las de Rasmussen y Petersen hicieron otro tanto por toda Dinamarca; el 8 de enero de 1880 la estrenó el Teatro Real, de Estocolmo; el Teatro Finlandés, de Helsingfors, el 25 de enero, y el Teatro Sueco, de la misma capital y de Aabo, dentro del año,

difundiéndola más tarde por toda Suecia; el Teatro de Goteborg, el 13 de marzo. En Munich la dió a conocer el Residenztheater el 3 del citado mes, con asistencia de Ibsen, y tiempo adelante se pondría en los principales teatros de Alemania, Austria, Bohemia, Rusia, Italia, Polonia, Servia, Holanda, Inglaterra, España, Francia, Australia, Egipto y América del Norte y del Sur. Ha alcanzado millares y millares de representaciones, y la han interpretado las actrices mejores del mundo entonces, entre ellas la danesa Betty Hennings, la alemana Niemann-Raabe, la italiana Eleonora Duse, la francesa Réjane y la española Catalina Bárcena.

Ha suscitado innumerables críticas de Prensa a raíz de sus estrenos, y estudios en los libros consagrados a Ibsen. En distintos países, además de Noruega, se han hecho parodias de este drama.

Varios traductores han osado añadir un cuarto acto a la obra, y en Alemania se alteró alguna vez el desenlace, por exigencias de cierta artista, con permiso del autor, como ya se ha dicho.